
novela de los bajos fondos madrileños
LA NECESIDAD DE PECAR
FERNANDO MORA

Créditos

Titulo: **La necesidad de pecar: novela de los bajos fondos madrileños**
Autor: **Fernando Mora Martínez**
Año: **1925**
Versión electrónica gratuita y en el dominio público.
Edición de texto y diseño de cubierta: Artifacs.
Ebook publicado en marzo de 2022 en Artifacs Libros (artifacs.webcindario.com)

Licencia en el dominio público

Salvo por las modificaciones citadas abajo, el texto de esta versión es el mismo que el de la versión electrónica publicada en formato ePub de la página web de la Biblioteca Digital Hispánica, la cual fue digitalizada a partir de la edición impresa de 1926 que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Cambios en esta versión

- Se han corregido las erratas en el texto digital generadas durante el proceso de digitalización OCR (Reconocimiento Óptico de Caracteres).
- Se han actualizado la puntuación y los acentos gráficos (excepto en los diálogos) según las normas y recomendaciones vigentes de la R.A.E..
- Se ha añadido una breve reseña y biografía del autor (apartado de Extras).
- Se han añadido notas de glosario (apartado de Extras).

COMO SI FUERA PRÓLOGO

Apartándome de lo que suele decirse en las notas preliminares de los libros, yo no voy a hablar de *La necesidad de pecar*; entiéndase de esta novela, que de su significado presto desde luego mi conformidad, en la que coincidirán hasta los más beatos y fariseos, porque, como ellos dirán, si no se pecase, ¿para qué servirían y de qué iban a comer los pobrecitos curas? ¿De qué se iba a mantener el culto, y con cuáles chantajes de ultratumba iban a amenazar los frailes a los millonarios? Los pecados, para la gente que de ellos vive—y en esto se identifican las rameras con los que visten hábitos —, deben ser cultivados con fervor, y son una necesidad. De la misma manera que si no hubiese delincuentes y granujas, ¿de qué iba a mantenerse la curia? Para allegar recursos a esta y darle trabajo se persigue a los escritores. Cuando ha habido libertad de imprenta, la persecución ha versado contra los escritores políticos; pero como éstos callan ahora, por fuerza, se persigue a los literatos; que la cuestión es caer sobre la gente de pluma, que es la culpable de todo.

Por lo demás, yo no admito de muy buen grado el titulo este de *La necesidad de pecar*, si se refiere al fuero ineludible de la carne, porque en este no hay pecado, ni religioso ni social, y de él somos tributarios incondicionales cuantos gozamos de salud y potencia físicas.

Hablaré, pues, del autor, de Fernando Mora, hombre bueno, buen amigo y mejor escritor; el único que no creó chulos de Madrid, sino que se limitó a extraer del pueblo los personajes que pululan por sus obras, ya numerosas.

Cansinos Asséns, el gran escritor, decía de Fernando Mora que sorprende con sus cuadros llenos de natural existencia, añadiendo que no viene a la literatura desde ningún cenáculo, sino de los suburbios del buen sentido. Y al estampar la palabra suburbios, seguramente que el ilustre crítico recordaba que la literatura de Fernando Mora tiene algo de suburbio, en el sentido de que fue en los bajos fondos de Madrid de donde Mora copió sus tipos más

exactos.

Mora ni mixtificó el lenguaje ni la psicología del Madrid castizo. Es un realista, puesto que sus personajes son documentos humanos, que el autor oyó hablar, aunque su fantasía los complique en acciones o tramas imaginarias.

Fernando Mora no es un escritor al que preocupe la forma; para él no existe el atildamiento, la pulcritud meticulosa; a él le tienen sin cuidado los remilgos gramaticales, y a lo que atiende, sobre todo, es a que la obra se tenga en pie, y los personajes amen y odien vibrando, con calor de carne y llamaradas de espíritu, sin adulaciones, sin halagos. Y por eso todas las novelas de Mora tienen la posibilidad de haber ocurrido ya, o de acaecer cualquier día. No hay inverosimilitud en este escritor, aunque no puede prescindir de su radicalismo ideológico, galdosiano podríamos decir.

***

Fernando Mora cree que Madrid ha cambiado sólo en lo exterior, en la fachada, pero que en el fondo es el mismo que cuando Candelas y El Chico de la blusa eran Ídolos. Mora ama a Madrid sobre todas las cosas.

—¡Como Madrid no hay nada en el mundo!—me ha dicho muchas veces.

Sus guías literarios han sido Zola, Anatole France, Joaquín Dicenta. Y después sus admiraciones fueron hacia Pérez de Ayala, Blasco Ibáñez y Pío Baroja.

No es Mora, ya lo dije antes, un exquisito, ni se deleita descubriendo relajaciones enfermizas; sus heroínas y héroes, respondiendo a su temperamento y a la condición del pueblo que retrata, obran naturalmente en todo, hasta cuando pecan.

***

Entre las obras de Fernando Mora que pueden calificarse de aciertos figuran: *Muerte y sepelio de Fernando el Santo*, *El otro barrio*, *Los hombres de presa*, *Los hijos de nadie* y *Venus fue a galeras*.

Nos hallamos ante un escritor interesante, con personalidad propia, con nervio, con brío, aunque tal vez demasiado desgalichado en el ropaje, en el vestido literario. Pero es que Fernando Mora está tan identificado con el Madrid clásico de sus novelas que hasta cuanto escribe por su cuenta no puede olvidarlo. ¡Tan dentro de sí lo lleva!

***

De *La necesidad de pecar* sólo diré que, a mi juicio, constituirá su mayor éxito, de crítica y de público, aunque empleemos este cliché de frase una vez más. *La necesidad de pecar* es una novela honda, fuerte, que tuvo sus orígenes en un cuento, lo cual es otra garantía, si tenemos presente que los mayores éxitos suelen alcanzarse con estas ampliaciones. Quizá porque la levadura es tan fuerte en estos casos, que no dejan vivir al escritor, en fermentaciones incesantes, hasta que la concepción se realiza, y la obra surge así, en una gestación lenta, pero arrolladora al fin...

ARTEMIO PRECIOSO

La necesidad de pecar

novela de los bajos fondos madrileños

por

Fernando Mora

1. ZOOLOGÍA PINTORESCA

La tienda de las ocho puertas la decían, y era así porque tres, con el título "La Confianza", dedicábanse a la expendición de comestibles; una a vender carne bajo el pabellón de "La Honradez", y las restantes, con los letreros de "Vinos de Valdepeñas", "Comidas de encargo" y, entre ambas, el que pudiéramos calificar de blasón: "La Pureza", completaban el buen negocio del señor Tomás, comerciante el más poderoso y, quizá por eso, el más tiránico de cuantos hijos de Mercurio explotan, burlan y envenenan al vecindario del Portillo de Embajadores.

Dicen malas lenguas que si el amo del triple establecimiento tuvo o no tuvo que ver con la justicia, cuando esta perseguía a unos monederos falsos; que la riqueza de "el Cartero"—pues algunos así le llaman por haberlo sido en su juventud—provenía de un jicarazo administrado en sazón a una vieja chula que explotaba y soportaba; pero lo cierto es que nada de ello es verdad, aunque más honroso hubiérale resultado, toda vez que el dueño de "La Confianza", "La Honradez" y "La Pureza" amasó sus dineros como acaparador-contratista de hospitales, presidios y una casa cuna, lo que decir quiere que sin ser tan ladrón como Candelas[1], había sido más asesino que César Borgia.

Cierto que esa clase de delitos no "caen" dentro de los códigos, como tampoco los de su consocia Rita "la Usurera" o "la Condená", que tanto le cuadra uno como otro remoquete, pues fiadora es de las de a peseta por duro y, adúltera, tuvo que recluirse en la Galera varios años, donde, según malas lenguas, conoció al "proveedor".

De cincuenta y cinco años, bien corridos, era él, y como de veinte menos ella, que, alta y morena, de duras carnes y pelo negro, era aún codiciada por muchos y piropeada por bastantes, cosa que no le hizo perder el juicio o, por mejor decir, el negocio, que, gracias a Tomás, llevaba admirablemente y con sobra de numerario.

Pero ¿es que el comerciante y la fiadora...?

La voz pública lo daba por comido; pero la voz pública se

equivocaba totalmente.

¡Bueno era Tomás Atienza; leonés por parte de madre y dicen que por parte de padre, manchego, andaluz y guipuzcoano, pues teniendo varios, ninguno quiso reconocerle; para buscar más preocupaciones que las de su negocio...!

Cierto que en más de una ocasión sintió el espolazo del deseo hablando con "la Condená"; verdad también que pensaba en ella con más frecuencia de lo conveniente, pero así como los monjes espantan al enemigo a fuerza de disciplinazos, él espantaba al deseo sumando partidas de su libro de "Caja" o confrontando las salidas del "Mayor" con las del llamado de "Cuentas corrientes".

La lazada que unía a aquella mujer y a aquel hombre, hasta el instante que se historia, no era otra que el sucio interés.

En los sótanos de la Plaza de la Cebada, en los corredores de la Fábrica de Tabacos y también en los pasillos del escenario de Novedades, Latina y Pavón, podían dar cuenta de quién era la señá Rita, fiera hembra que, antes de abandonar a una mocosa, capaz hubiera sido de arrancarle el pelo, arañar su cara y desnudarla en plena rúa.

—¡Mire usté...—solía decir alguna, entre suplicadora y aterrada— que no tengo ni pan pa los chicos..!

—¡Y a mí qué con eso!—replicaba la prestamista—. Yo te di un duro a cuenta de coger hoy seis pesetas; conque búscalas o róbalas o invéntalas...

—¡Pero, si es imposible...!

—¿Imposible? Dentro de un rato vuelvo, y, como no las tengas, ya veremos cómo me cobro...

Y allá se iba corredor o calle adelante dando bufidos y lanzando interjecciones; pero, a veces, no considerando suficiente la amenaza, recurría a esta otra cosa apocalíptica:

—¡A mí la galera—gritaba, mostrando, como un galardón, su antecedente penal—, cataplín...! Por *cargarme* a una hija de... pura,

volvería a ella con mucho gusto.

Las pobres mujeres, caídas bajo su garra, temíanla más que al cólera.

No se crea por lo apuntado que Rita se hallaba dispuesta a hacer efectivos sus ofrecimientos de hembra valiente, nada de eso; era que, abusando de su *cartel* presidiario, imponíase a cuantos tiemblan; si quien cruza es un licenciado en leyes o un licenciado de presidio, pues aquel, por sus trampas, capaces de hacer del sol tinta, y este por maldades que se adivinan, torquemadescas, infunden tanto o más pánico que un guarda de ceño duro y bigote de alambre, y que a lo mejor es un buen Juan que hasta zurce los zancajos de su esposa.

De eso, del miedo a lo que se supone trágico, dependía el que la amiga del señor Tomás cobrara todas sus anotaciones; pero si las deudoras hubieran pensado un momento en que el presidio no es casa tan agradable como para "repetir" y que pájaro que huye de la jaula antes muere que volver a ella, es indudable que la Rita, en vez de cobrar monedas de buen cuño, hubiera cobrado chirlos, moquetes y puede que algún que otro estacazo, merecedor de árnica y hasta de bien cosidos puntos de sutura.

Gracias a cerbero de tan útiles antecedentes y tipo tan chulón, la bolsa de Tomás iba a mayores, pues entre lo que las tiendas rendían y el interés de las pesetas que manejaba su comanditaria, consiguió "el Cartero" fama de adinerado, ya que no de rumboso.

—¡Lo menos tié el muy ladrón—oyose decir al "Apóstol", viejo borracho, que a la industria de hacer molinos de papel se aplicaba —sus cien mil durazos!

"Doña Inclusa", tan vieja como él, pordiosera de las que lloran grandezas y alquilan chicos, para así ablandar los corazones callejeros, le contestó:

—Y puede que más, que en la doctrina me dijo ayer Anita "la Cómica" que ella había oído que pasaba del millón de "beatas".

—¡De tiros, se los daba yo en la cabeza!—terció en voz queda "el

Rentista", que acercose adonde los viejos se "embaulaban un piri de cinco gordas".

Levantaron los ojos los concurrentes, miraron con recelo hacia el mostrador, desde donde vigilaba "el Cartero", y limitáronse a sonreír.

A aquella hora, las doce, era la "tasca" de Tomás el punto de cita de albañiles, mozos de cuerda, trotadoras y gente, en fin, que, a base de poco dinero, buscaba un cocido regular, y como el "amo"—así le saludaban muchos—podía, sin salir de su casa, servirlo todo, numerosos eran los que, de paladar plebeyo, no advertían el gusto mohoso de la carne, la aspereza de los garbanzos, ni la fuerza alcohólica del vino, que prestaba a sus débiles estómagos un calor mentira, y a sus cerebros, engañosas y cobardes ideas.

—¿Qué, no aceptas un trago?—dijo "el Apóstol" al que de pie estaba y miraba al tendero con odio.

—¿Pa que se me haga más bilis? No; no quiero más que hablar con ese marrano, y si a mano viene tocarle en la "jeta".

Y Pepe "el Rentista", vago por herencia, ya que su abuelo fue sacristán y su genitor vigilante de consumos, dijo:

—¿Qué pensarán ustés que ha hecho el hijo de la mala uva ese?—carraspeó para continuar—. Ya saben que me da fiao pa mí y pa mi tropa, pues bueno, esta mañana, cuando mi costilla vino a por el avío, pues que le dijo: "No concedo más crédito, ni a ti ni a ninguno de la Alhóndiga, porque me ha dicho un concejal, ¡la madre del chivato!, que sus van a hacer rescoldo los palacios, y es, saben ustedes, que el tío este se piensa que nos los vamos a dejar convertir en ascuas por higienización, y que en cuanto tó sea pavesa, la del humo...

—¡Sí que está avisao el muy canelo!

—¿Y le deben ustés algo?—dijo la vieja.

—Cuasi na; catorce reales, y eso ahora que es invierno, que en cuanti venga la primavera, mis cinco hijos....

—Las cinco primeras letras de la cartilla, ¿no es así?

—Las mismas: Antonia, Emilio, Isidoro, Odulia y Ugenio, me ganan las pesetas, pero que en ristra.

—Al peque, que cada día está mejor, pa implorar—dijo "doña inclusa"—, se lo alquilo yo, ya lo sabe, en seis reales diarios.

—En cuanti que dé usted las dos pesetas, ya es.

—¡Tengo chicos hasta de a cero sesenta y cinco!—añadió la vieja en tren de regateo.

—¿Como mi Ugenio? Diga usté que no; mi chico tié dos años y paece, por lo esmirriao, que ni seis meses ha cumplido.

—¡Y lo bien que llora!—intervino "el Apóstol".

—Eso, sí; llora como pa hacer galopar a los morosos o sudar a los delicaos.

—Pues por eso le doy las quince gordas, ¡que si no...!

Cínico, rio Pepe:

—¡Sí que es usté agradecía!—dijo—. ¿Quién le da más trigo que él? ¿Quién fué, sino mi niño, accidentándose de pura anemia, el que consiguió que aquella marquesa de la Castellana la regalase dos trajes, una manta, cuatro bonos de pan y dos botellas de Jerez quina...?

—Que se bebió usté...

—¡Pa chasco![2] ¿Iba a dárselas al nene, que na más probarlo, se puso amodorrao hasta hacerme creer en eso de la letargis encefálica...?

—¡Bien que nos asustó!

—Como que ya me le vi cadáver.

—¡Sí es así, menuda desgracia!...

—Dígamelo usté, que él solo cotiza por los otros cuatro...

—El Isidro tampoco es pocho—intervino el viejo.

—Si, pero hay diferiencia... ¡Además, que lo de llorar por haber roto el botijo o la botella del aceite es ya muy conocío!...

—Y como él lo ha llorao en toas las calles y plazas, pues que le conocen y no reúne ni pa teas.

Cuando así comentaban, dos mozas, una pequeña y delgada, de ojos vivos y labios resquebrajados, y la otra, con más grasa en el cuerpo que decencia en el mirar, entraron en la tasca.

Los que ya habían comido, las sonrieron.

—¡Arenque con tocino!—dijo uno.

—¡El botijo y su pitorrón!—cuchicheó otro.

Como era fama que las mozas del trato llano, y aún puede que del "onduloso"—ya que en la cuesta de Toledo y en el sitio conocido por las Pirámides hacían su carrera yendo, de cuando en cuando, a la isla de Lesbos—, la frase fue reída bestialmente por los que la escucharon; pero las mozas, o nada oyeron, o nada quisieron oír, pues en un apartado velador tomaron asiento.

—Son "la Centimín" y "la Perra gorda"—dijo "doña Inclusa"—. Dos pobres chicas a las que yo quise elevar de condición; pero que no quisieron.

—¿Las iba usté a poner en las Ursulinas, por un por si acaso?

Por toda respuesta, preguntó la vieja por la hija mayor de quién de ella reía, y tal saña puso, que "el Rentista" gritó:

—¡Mi chica es de lo decente!

—¡Y tié solo quince años, ya lo sé; como es bonita y crecerá!...

Tuvo que intervenir "el Apóstol" para que el diálogo no degenerarse en bronca.

—¡Pero si es lo cierto!—continuó, al ver que Pepe se marchaba en busca de otros que le convidaron—. ¿Qué va a pregonar ese de decencias? Sus hijos y su mujer, que está to el día hecha una azacana pa que él alterne y beba, son los que "currelan", que si no.... Viento, tres triplicao.

—¿Y de la chica, qué?

—¿De la chica? Pues.... ya sabe sonreír y prometer cuando le mercan los periódicos en la calle de Sevilla y la Carrera de San Jerónimo.

—¡Pero decente, sí que lo es!

—¡Cualquiera aclara cosas de misterio!

—¡Sin embargo!...

—Mire usté, "Apóstol", yo que sé del mundo femenino más que nuestra primera madre, puedo decirle que la decencia con la carpanta no hacen migas, y que ser decente cuando se tié el baúl vacío o a lo más lleno de acelgas sin sal, es más heroico que echarse al fuego por salvar un gato, y más difícil que ser algo en España sin recomendaciones.

—¡Pero como la chica es muy guapa...!

—Eso sí, guapa lo es, y más lo será cuando coma lo que necesita la pobre.

En efecto, Tonica, la hija mayor de los cinco hijos de Pepe, era linda, un poco delgada, eso sí, pero muy agradable; con sus ojazos negros y el rostro de un moreno mate, llamaba la atención, prometiendo un fruto que algunos impacientes querían morder antes de madurar.

De noche, mientras su madre, en la Puerta del Sol; su hermano Emilio, que ya cumplió los diez años, en Carretas esquina de Atocha, y la pequeña Obdulia, de siete, en la calle de la Montera, vendían el papel, ella, con décimos y algún diario, paseaba entre los piropos y las palabras candentes de una jauría bien trajeada que, al parecer, solo nació para divertirse aun a costa de la pena de sus

semejantes.

—Yo no diré—continuó la obsesionada por el tema—que la mocita haya pecao entodavía, pero que tié que pecar... ¡vamos!... es preciso, más aún, es necesario...

Boca de a cuarta abrió el hombre de los molinillos.

—¿Necesario? ¿Ha dicho usté necesario?

—¡A ver qué existencia...! Los ricos, viejo que nada sabe, pecan, más que por nada, por aburrimiento; nosotros, los pobres, pecamos por podría necesidá; unas veces es el hambre, otra, como de la que hablamos, por necesidá, pero necesidá de emancipación... El día que tope con uno que en vez de palos, como los que la larga el padre, la diga que la quiere y la acaricie, y la mime, hasta darla escalofríos, peca, y hará pero que muy rebién.

Sonrió "el Apóstol", cortando en dos una piltrafa de carnero; bebió a seguido, y luego dijo:

—Según ese decir, todos y todas pecamos por necesidá.

—Claro...

Quien lanzó la palabra fue un hombre extraño, de largas melenas; ojos que, por lo brillantes, parecían de cristal; bigote de mosquetero, bajo el que se alargaba una pipa negra, siempre humeante. Por la modulación de la palabra dicha, y por el gesto que tras la palabra adoptó, más parecía huido del escaño de uno de los pocos Congresos que quedan en Europa, que de la bigotera de un coche, desde el que pregonaba las excelencias del sistema vegetariano y las virtudes de unas hierbas, que vendía, y curaban, según él, infinitos males.

Los viejos sonrieron corteses.

—¡Ah, pero si es don Paco!—dijo ella.

—El mismo que, al pasar por aquí y oírles, metió su baza...

—Con un ¡claro!—sonrió "el Apóstol"—que pa mí que es más negro

que el humo.

—¡Ahora se aclarará eso!

Y dando una palmada, hizo que el chico de la taberna, al que "Lirón" decían, se llegase a él, tomara de su mano unas monedas, que entregó a un cochero que aguardaba a la puerta, y le sirviese luego un vaso grande de vermut.

—Discutíamos—habló, ocupando una mesa cercana a la de los viejos—en que si es o no pecado el pecar...

—Justamente—atajole el anciano—; y yo decía, contra lo de aquí, que sostiene que es necesario, que vicio es...

—Pero ¿puede saberse a qué llama usted vicio?

—¡A tantas cosas! Yo, pongo por comparanza y sin querer decir de mujeres, que ya no puedo disfrutar por los años, pienso que, entre los que hemos nacío pa pobres, es vicio, por ejemplo, el gastar lujo, el escurrirse en la manducatoria, el mercar jamón, pongo por caso...

—¿De modo que el comer bien y el vestir bien son vicio?

—Sí.

—¿Está usté seguro?

—¡Claro!

—Pues entonces todas las marquesas, duques y reyes son muy pecadores.

—No—se apresuró a negar "el Apóstol"—; en ellos no es pecado porque lo tienen; en nosotros, que pa tenerlo habremos de pecar, sí lo es...

—¡Quiá!—dijo la vieja—. ¿Qué más tiene una empingorotá con corona que la chica del "Rentista"? ¡Vamos a ver!...

—¡Como es pobre!

—Como es pobre—gritó la sin dientes—tié que amolarse y vestir de trapos y comer de lo malo, y si se mira al espejo y dice "yo quiero sedas, yo quiero salmón u otra golosina", resulta una terrible pecadora...

—Si pa tenerlo se da, si...

—No, dice la hija de mi madre. El pecar, y me ratifico, es necesidá, y na más que necesidá; el comer bien, necesidá; el vestir bien, necesidá; y si por aquello y por esto se cae, necesidá, que pa eso el estómago de tos es igualito y la juventú necesita de lucir, y más si es guapa de veras.

—Es que yo no veo la necesidá de llevar sedas.

—¡Como que no es usté mujer y va pa los cien años!

—¿Y lo de mascar filetes?

—Cuando no padezca usté del estómago y vuelva a la dentición, hablaremos...

Sonreía don Paco "el Moro" oyendo a los dos partícipes del ya desaparecido cocido, y habló.

—Para aclarar—dijo—: Las teorías de la señora son tan valientes como cobardes las de usté, amigo "Apóstol"; al pecado de los de abajo lo llamaría usté devaneo si fuese en los de arriba, y así como dice, viendo a un amigo borracho, ¡va juma perdío el sinvergüenza!, tengo la seguridá de que, al encontrarse con un señor en iguales condiciones, pensará, piadoso, ¡se ha mareao el infeliz!

—¡Hombre!

—No hay hombre que valga; eso es injusticia, y la injusticia sí que es pecado. No en balde fue usté, en su tiempo, ayuda de cámara, mi amigo.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que se discute?

—Mucho. El mirar a los altos como cosas de altar es... mansedumbre.

Esperose a que replicara el viejo; pero como no lo hizo, continuó:

—Volviendo a lo dicho, seriamente sostengo que la que por elevarse se entrega, hace bien: satisface la necesidá de vivir, la necesidá de gozar, y la necesidá de alegrarse las horas...

—Pero ¿y el honor?

—Si llama usté honor a dormir en el suelo, a no estrenar ni una cinta, a no comer sino bazofia, maldito sea el honor...

—Y si para dejar todo eso—arremetió con energía "el Apóstol"—se deja el honor tirao, velay[3] que pecado se comete.

—¿Y qué?—replicó "el Moro", dispuesto a marcharse—. ¿Hay algo más bello que pecar? Pecar es bonito, y para mí, que miro la vida por su lado mejor, el pecado es miel, es aroma, es luz; el pecado es lo único que hace soportable la vida. ¡Qué inteligente y qué pícaro fue el que inventó el pecado!...

Riendo fuese hasta donde unos conocidos le llamaban; riendo quedó la vieja, y "el Apóstol", riendo, hizo ademán de barrenarse la sien derecha—¡chavetas perdío!—; terminó riendo con sonoridad, que hizo alborotarse a un canario colgado cerca del velador en que comieran.

Vino más gente.

La de paso, que, acercándose al mostrador, liba, paga y huye, y la otra, la "sedentaria"—calificativo del herbolario castelarino—, que iba llenando los veladores con pobretucas meriendas, traídas del mísero hogar en cacerolillas descascaradas.

De los primeros y más famosos era Roque "el Cegato": hampón que fue al Tercio, habiendo sido antes sacristán, cocherito, y ahora, en comandita con una su hermana de rostro acaballado y maneras hombrunas, vendedores de todo lo vendible: pescado en malas condiciones; verduras, casi siempre robadas por él en las márgenes del río, cerca ya de la China, y jabones con más sosa que sebo, y, por Reyes, juguetería de la más barata.

Otro; su compinche, ¿cómo no?; llamábase *ahora,* pues no siempre

se llamó así, Julio "el Húngaro", y se dedicaba a componer paraguas, sartenes y calderos.

De tal mozo, que a los treinta no llegaba, decía "el Cegato" que, haciéndose pasar por judío bohemio—una de sus martingalas—, se dejaba convertir al catolicismo, y por ello nueve eran las veces que *se* había bautizado, gracias al buen oficio de damas más o menos piadosas.

—Ahora—añadía—trae tarumba a toa una señora marquesa, que porque se deje regar la décima vez l'ha ofrecido, aparte cincuenta durazos y el ingreso en una Sociedad de jóvenes buenos, una plaza de emperador, él dice emperador, en la villa.

De los otros, de los *sentaos,* de aquellos que para beber una copa de vino meditan, o hacen que meditan, y a sorbos la matan poquito a poco, era *un* don Rafael, el más *fresco* de los nacidos.

De su padre, un viejo estafador, que luego de *vivir* en el penal de Figueras veinte años vino a la corte—se dice que tras hacerse pasar por héroe prisionero de los tagalos—, a la conquista fiera del duro, y dedicose a ello con tal maña que ocho o diez vivió de su cuento, y no malamente.

Pero el hijo, más sinvergüenza que el padre, hizo de la desaprensión su escudo, y de su dureza de cara, modelo.

De él se saben cosas que, de no existir verídicos historiadores que las garanticen, parecerían burdas patrañas.

—Fue él el que, haciéndose el agonizante, tomó, con ayes lastimeros, la unción, porque tras ella, unas pobres señoras daban cinco duros en plata. Y también el que en San Isidro vendió a dos paletos la estatua de la Cibeles, y a un cura de aldea una capilla de San Francisco el Grande.

—Y con la gracia del mundo—decían otros—rifó, con apoderamientos muy reservados, según él, nada menos que la posesión de la "Coquito", resultando que el agraciado, al ir a por el premio, por poco va al Depósito de cadáveres.

Otros muchos *socios,* tal que "el Pirulí", ladrón trapero, y "el Nene", testigo, a dos pesetas, de todos los matrimonios y juicios orales que había en la lista, sin faltar, ¿cómo faltar?, la representación del sexo contrario.

De él, por mérito de canallada, destacábase "la Roja", ama de cría seis veces, y que cuando dejaba de serlo, buscaba el modo de volver a... la Maternidad.

—¡Que se sepa, ya son cinco los crios que ha echao al torno!...

Otra de la zoología pintoresca era "la Pepona" que, en comandita con un mozo del Hospital, *trabajaba* el pelo de los muertos, para venderlo, con su tifus, avariosis o tisis correspondiente—hecho trenzas, o simplemente añadidos cortos—, en un puesto ambulante de una céntrica plaza.

Y, "como no hay dos sin tres, ni cara sin revés", Ramona "la Asturiana" era, dentro del gremio de monederas falsas, el *non,* ya que sabía distinguir un duro murciano de un duro castellonense, y *colocando* acuñamiento *ful* pasaba por la más hábil de la trinca.

De unos y de otras se llenaron las mesas.

En el mostrador, de luciente estaño, cantaron las copas dulces tintineos.

El agua, caída al lebrillo del caño dorado de una fuente, rimaba musical con los vidrios que alegre lavoteaba el medidor.

Y los viejos, de *sobremesa,* siguieron charlando gozosos.

Y él dijo:

—¿Hay pa postre?

—Yo tengo diez.

—Y yo otro tanto; pero ¿qué le parece que compremos?

—¡Si no fuera pecao y lo diesen de membrillo o de miel de la blanca!...

Levantose "el Apóstol" para ir a la de comestibles, y a la carnicería después.

La dependencia de estos departamentos, no teniendo cerca al tirano —los criados no amaban al "Cartero"—, reían y bromeaban sin medida.

Alguno, para resarcirse por anticipado de la mala comida que les sirvieran, mascaba algo mejor que las patatas con bacalao, el arroz con costillas de carnero o aquellos ya históricos potes de lentejas con morcilla y recortaduras de tocino.

No despacharon al viejo "Apóstol" lo que pidió, y, triste, volviose cerca de su compañera de "banquete".

—¡Despídase usté pa in sécula—dijo a la anciana, devolviéndole su dinero—de cosas superferolíticas!...

—¡To sea por Jesús, que tampoco las probó!

—¡Y qué de colgaduras tiene el Tomás por la tienda!

—¡De día del Corpus!

—Escuche: chorizos, salchichones, jamón, embuchaos...

Al nombrar los embuchados parose el viejo, cerró los ojos como para recordar un sabor y una fecha, y luego dijo:

—¡Embuchao! ¡Quién lo probara otra vez!

—¡Si ya no tiene usté dominó[4] pa mascarlo!...

—¡Más que solo sacase el gusto con las encías!...

Por junto a los viejos pasó otra vez el de los elixires para la boca; hierbas de Australia para el mal de estómago; aceite de ballena y sangre de lagarto para el dolor de reuma, y cien cosas más, que ni eran de Australia, ni de ballena, ni de lagarto, sino de una herboristería de la calle de Postas y de un pozo, por cierto poco limpio, que había en el patio de su vivienda de Los Mataderos, pasó, como se dice, camino de una mesa en la que "el Sentao", "el

Acomodador" y Carlitos "Marx", gente seria de la que hablaremos en sazón, jugaban al tute.

—¿Qué tal el negocio, señor que todo lo cura?

A la pregunta, un tantico impertinente, del "Sentao" contestó, risueño, el charlatán:

—Bien, mi amigo. El respetable me responde, y aun cuando me ha faltado Anita, y, claro, no he podido mostrar mi ciencia hipnótica, cosa que convenía al anuncio del específico de tanda, muy bien, admirablemente bien.

—Y, disimule si peco, ¿qué *tocaba* hoy?...

—¿Hoy?...—enfático silabeó—. Hoy tocaba la hiperestesia y la hipercloridia. ¡Cosas de la médula y el *esófago!*

Con la boca de a vara quedaron los hombres.

—¡Lo que sabe!...—dijo "el Acomodador", que era sepulturero de la sacramental.

—¡Como que ha estao en la Francia!...—añadió suficiente otro.

Verdad, mucha verdad, en Francia había estado, y, según decires, maquinando en partes del cuerpo femenino, prohibidas por todas las leyes, hasta por las de los Evangelios.

No se sabe quién, pero a conocimiento de no pocos llegó el que don Paco—probablemente no se llamaría así—habíase pasado muy buena parte de su juventud en Tolón, y más de quince años en la Guyana, que si exporta café muy rico, importa a sus penitenciarías muchos ciudadanos peligrosos.

¿Era verdad aquello? ¿Mintió quien lo dijo?

¿Quién lo sabe?

Pero lo que sí se sabe, y se debe decir, es que el tal sujeto, conocedor de tres o cuatro idiomas, vive al margen del código, y que, honrando a la raza, pues español no cabe duda de que lo es, se

acoge al discurseo para la venta de sus productos medicinales, que ya tienen defensores, y no se dedica a colonizador, tipo Hernán Cortés, porque nada podemos ya conquistar, ni a fenómeno tauromáquico, porque es gordo, y menos aún, a salteador de caminos, por la razón sencilla de que hay sobra de civiles por las carreteras.

Y es humilde, y hasta honrado, pues sabe que el serlo es negocio, que más vale hoy en día una hipócrita concesión que una insurgencia, aunque dentro lleve un sano ideal.

En el reloj de la taberna sonó la una.

Muchos abandonaron los veladores, rezumantes de vino y grasa.

"El Rentista" fue hasta donde Tomás vigilaba el negocio.

Anita "la Cómica", armazón de huesos cubiertos por morena piel, fracasada tiple, llorona en duelos, cantante transeúnte, cristiana perfecta, si el serlo le valía algo, y capaz de todo, menos de trabajar, entró en la tasca, y, sin detenerse, fue hasta donde los viejos comían.

—¿Cómo tú por aquí, si con don Paco no has estao en toa la mañana?

—Como que he servido de modelo dos horas, que es un duro, a un pintor de historia que me conoce.

—¿Pero desnudita?—preguntó el viejo con saña.

Lo que contestara la moza no pudo oírse; los chillidos de "doña Inclusa", riéndose, tuvieron la culpa.

—Lo que sí traigo—añadió—es la gran noticia; "La Condená" viene pa la tienda con un hombre guapo, moreno, de un total súper...

—¿Que viene?

—¡Y contentísima y reidora!...

Los tres se miraron.

—¿Quién será?—preguntó "el Apóstol".

—¿Será su marío, al que dicen puso adornos de cabeza va pa seis y pico de años?

—Es, según acaba de decirme el que vende periódicos al lado de la Veterinaria, y que estuvo en presidio por pisar a un gobernador el pescuezo, su...

En la puerta apareció Rita con el joven que Ana dijera.

Todos le miraron.

—¡Es guapo!—cuchicheó la viejales.

—¡Vaya gachó[5] con tipo!—dijo "la Perra gorda", y "la Centimín", pellizcándola, ordenó:

—¡Que no le mires, pendonazo! ¡Parece mentira que no te repugnen los hombres!...

La expectación fue a más.

Y "el Cartero", que escuchaba las quejas comerciales del "Rentista", al verles, púsose pálido.

Rita, presurosa, como quien tiene prisa por "soltar el paquete", presentó al que le acompañaba, diciendo en voz muy baja:

—¡Este, señor Tomás, es Paco!...

Recordando quedó, y antes de que pudiera preguntar "¿Y quién es Paco?", Rita dijo:

—¿No cae usté? ¡Paco es mi hombre, el del fregao.... el que me acompañó a presidio cuando lo de mi señor marido!...

Sacudida violenta hizo tremar el cuerpo del comerciante. Sus ojos agrandáronse, y una angustia ascendió hasta su garganta impidiéndole decir sílaba.

A tal tiempo, el padre de los cinco hijos, que tenía en el "buche" más

vino del conveniente, apremió a Tomás con gesto de amenaza, y ocurrió entonces que Paco Ruiz, o por otro nombre "el Linares", retuvo brusco al molestador.

—¿A mí?—dijo el borracho escarbando en su faja.

La bofetada fue tremenda.

"El Rentista" rodó a sus pies, y como alguno quisiera intervenir en su auxilio, dijo retador:

—¡Despejen, y pronto, si no quieren que haga más pencos pa el arrastre!

Y, sonriendo, puso una de sus manos sobre el hombro del dueño de las tres tiendas.

—Basta que sea usté pa Rita lo que es, pa que delante de mí no le tiente al pelo ni Dios...

Y, mirando a los concurrentes; muchos de los cuales, aprovechando el barullo, se fueron sin pagar; sonreía.

2. AMORES QUE NO RIMAN

La llegada de Paco agradó a Rita... la primera noche, que, dicho sea en confianza, fue algo así como un banquete en Lhardy después de una cuaresma a judías solas; pero cuando, aplacado el apetito, diose a pensar en las dificultades que aquella visita podía acarrearle, tembló.

—... Y no ha podio caer más a destiempo—se dijo—. Ahora que parecía atreverse el otro... ¡En fin, paciencia, conformidá!...

Aquello, que asemejábase a resignación cristiana y no pasaba de ser frase muy de presidio, diole algún consuelo.

—¡Está visto que mi sino es sufrir por los hombres!... ¿Qué puedo hacer entonces, si mi vida es así?...

Encogiose de hombros, y, sin querer, llevada por el vendaval de los recuerdos, vio, como cruzando un cielo negruzco, su vida pasada: aquel casamiento de su madre con un hombre tan fiera, que, besándola a título de papá, la fue prostituyendo poco a poco; los celos de la que se creía robada en el amor y la trató como a rival; las relaciones con quien había de casarla para ser enfermera más que esposa; el encuentro con Paco; la locura de aquel adulterio, que tuvo fin, tras una escena grotesca y en paños menores, en los folios de un proceso y en la cuadra de un presidio...

Verdaderamente no podía Rita dar gracias al Altísimo que, pudiendo guiarla por sendas floridas, la dejó abandonada en caminos llenos de zarzales; sin embargo, de todo aquel proceso de mala ventura, la estancia en la Galera de Alcalá no fue lo peor.

La esperanza de salir; el consuelo de gozar, tras la condena, lo que se gustó y por lo que se pecó; el ansia de encontrarse frente a frente con lo inesperado, resultole más bello que la realidad encontrada; y es que saborear con el recuerdo es mucho más dulce que hacerlo con los labios, pues de aquel modo se sublimiza, y de este se ve que la realidad es siempre poco agradable.

—El presidio, ¡oh!...

Al entrar, si; al entrar se sufre y se llora, advirtiendo que la vida se queda a la otra parte de sus muros, quién sabe si para siempre; pero el silencio, la ocupación constante, y más que nada el aislamiento y la igualdad, una igualdad piadosa que no permite tener envidia, ya que el traje es igual para todas, e igual el trato y la misma la forma de peinarse, y las cosas de comer, y el momento de trabajar, y !a hora de dormir, hicieron que Rita se acostumbrara al régimen y no advirtiera la falta de nada.

Hasta el sexo, sin excitaciones, pareció dormir un sueño de pureza.

El autor, que quiere ser menos psicólogo que su buen amigo Pedro Mata, hace observar a quienes le lean que ha escrito *pareció,* es decir, que no afirma, sino que supone; cosa esta bastante cómoda para los que apenas sabemos el abecé de la complicada y oscura—íbamos a escribir tenebrosa—ciencia de la psicología; más tenebrosa y complicada si se viste con sayas, usa justillo y reza por mandato.

Digresión aparte, volvamos a buscar la novela que de pedazos de vida miserable, amasados con lágrimas, vino, sangre y tal cual gota de bilis, ha de componerse; así, pues, y en tanto Paco duerme y "el Cartero" piensa en la escena de la tasca, Rita recorre, más despacio que de costumbre y con ceño menos agrio también, los alrededores de la Cebada, en papel de recaudadora.

La mañana era tibia y clara. Subían los pregones de las naranjeras al espacio, a tiempo mismo que el canturreo de unos picaros cuplés ofrecidos por una hembra sucia, el lloro de un niño, sucio también, y el repique de una bronca campana de iglesia.

Cobró la mujer, de esta y la otra miserables, unas monedas; disputó con otra, que aseguraba no deberla nada; hizo entrega a dos que, gimiendo y suplicando, extendían las manos, tres o cuatro duros, y ya se disponía a atravesar la calle de Toledo, con dirección a la Ribera de Curtidores, cuando, desde un coche de punto que rodaba, la llamaron:

—¡Rita!... ¡Rita!...

Volvió la cabeza, y al chocar sus ojos con los ojos de la gritadora—pues era mujer—, alegrose el rostro, y una sonrisa floreció en sus labios.

—¿Tú? Pero ¿eres tú?...

Un abrazo y muchos besos, acompañados de exclamaciones, dieron motivo al cochero para sonreír.

—Pero ¿cuándo has salido, nena?

—Ayer.

—Y ¿adonde ibas ahora?

—A tu casa. No quería marcharme sin verte.

—¿Que te marchas dices?

—Sí; en el correo de Bilbao; quiero estar mañana en casa; mi madre está enferma...

—¡Pobre! ¡La alegría que tendrá!

—¡Calcula! Ocho años...

—¿Ocho?

—Sí; cuando tú ingresaste ya llevaba cumplidos más de tres, y como la sentencia fue de doce, y el indulto ha sido de cuatro, calcula...

Era la llegada una mujer guapa, rubia, de brillantes ojos azules y dientes más brillantes aún que los ojos. Sara era su nombre, y por "la Estrangulados" respondía.

Alegremente, gorjeadoramente, discutieron a qué parte dirigirse. Rita indicó la conveniencia de ir a casa para que conociera a Paco; pero Sara negose.

—¿Pa conocerle dices? No me hace falta; si fuera para arañarle, ya sería otra cosa...

Sonrieron las dos.

—¡Anda, sube!

Resistiose algo la prestamista; pero tal mirada la dirigió la rubia, que, sumisa, no tuvo "otro remedio" que obedecer.

—¡Hoy eres mía!—la dijo—. ¡Y que dé gracias a que me marcho, que si no!...

Con suave decir, que sofocó a la consocia del "Cartero", continuó la hembra:

—¿Te acuerdas? Yo, como contigo, con nadie; ni con la monaga.

Sintiendo la mano de Sara, que quemaba como de fuego, oía "la Condená".

—¡Pobrecita!—dijo otra vez la recién cumplida—. Aún la recuerdo la tarde de la capilla.... como muerta se me quedó; pero luego... ¡vaya con la santa!

Cínica, reía aquella mujer, que en la Galera de Alcalá estuvo ocho años mortales por, siendo muy niña, haber ahogado, no se sabe si entre los brazos, a un viejo que la sostenía y era—esto la perjudicó grandemente—apoderado de dos o tres congregaciones religiosas.

—No sabes lo "chalá" que se me puso la gachí; pero la superiora, que se olió la cosa, una mañana, y sin que se lo sospechase nadie, la cambió de taller, de dormitorio y hasta de hora de pasear.

—Y eso que parecía de nieve...

—Ríete de eso. Pues ¿y tú? ¡Poco que me costaste!... ¿Te acuerdas?

De tener voluntad, aquella hembra, que imponía respeto hasta a las verduleras de la calle de la Ruda, hubiera mandado parar el coche, hubiera bajado de él, y con un escupitazo de desprecio hubiérase alejado de la bilbaína; pero no era posible; era dominada por quien con menos fuerza la retenía con duros grilletes invisibles, forjados, al parecer, con fascinación, con sugestión, quizá con algo más duro que el acero y que brillaba en sus pupilas al igual que un trozo de espejo en el que el sol se mirara.

La caricia que siguió al decir fue en el espíritu de Rita como algo viscoso que, recorriendo sus nervios, hizo parada en su boca, llenándola de un sabor acre, que se hizo mueca, pero que tasó Sara como melindre de niña viciosa.

Así pasó una hora, y creyendo la favorecida de Tomás que lo más prudente era conducir la charla por otros senderos menos sucios, preguntó, fingiendo interés:

—¿Y quién queda allí? ¿Cumple pronto alguna amiga?

—Quedar, quedan las *caenas,* y cumplir, pa finales de año, "la Roja", que por chivata se ganó un chirlo de "la Rosita"; también saldrá Manuela, la del "Hojalatero", y a "la Guapa", que, según dicen, tié una prima de ama de cría en casa de un ministro, la van a indultar del resto...

—Y de la Cecilia, ¿qué?

—Apagá del to; desde la fuga paece otra; no habla, no dice...; pero la quieren todas, es buena y no se duele al trabajo...

—¿Y Lucía?...

—Más colchón; si pudiera venderse la asaúra, ¡vaya volumen!, rica que se haría, más que Urquijo; pero está loca; a veces se pone a llorar sin ton ni son, y otras veces ríe rompiéndose los vestios. A la que se le murió el nene fue a la Josefina.

—¡Pobre!

—Y que lo digas; ni veinte cumplidos, y encerrá hasta los cincuenta, por un fregao que no hizo tan siquiera.

—¡Yo creí que a él le habían apiolao!...

—No; piró pa las Indias, dejándola una tripa, el asesinato de su señor y un robo con fractura.

—¡Vaya regalos!

—¡Digo, como que está la infeliz a la que toas quieren, porque ven

el error, chalá por completo. No hace más que rezar y reírse...

Después de aquella picara, sucia y repugnante enumeración, despedir al cochero y descender por el Parque del Oeste hasta la Bombi, donde refrescaron, hablose poco de la cárcel y mucho de los planes que para el futuro vivir acariciaba Sara, y Rita también habló de su negocio y de la ayuda que le prestaba el señor Tomás.

—¡Pero me temo—dijo triste—que Paco lo estropee todo!...

—Con despacharle...

—No puedo; él, por mí, pues cuando mi marido nos pescó, tuve la culpa, se ha tirao en Ocaña unos años; perdió su empleo de guardia; riñó con su gente, y, sobre to, que ¿adónde va a ir con el título de licenciao que le han extendió en Gracia y Justicia?...

—Yo que tú, apañaba cuanto pudiera, tomaba el tren y... a Bilbao conmigo... No nos iría mal, palabra, pues pondríamos una especie de colegio de niñas guapas en el que enseñáramos de todo...

—No me gusta ese vivir...

—Pues ese es mi plan; a dos chicas, que cumplen dentro de tres meses y son lindas, las tengo complicadas, y con ellas, una francesa, otra andaluza y, si la pesco, una negra, que me tienen en trato, a ganar duros, pero que en montón.

—¿Y con qué dinero?

—¿Te crees que no tengo lo mío? Solo con lo que he ganao en "chirona" haciendo encaje inglés y de bolillos, me llevo alrededor de seis mil reales; unas tierras que mi padre dejó, las venderé, y con eso y con que los amigos me ayuden...

—¿Que te ayuden? ¿Estás segura?

—Claro que sí; en mi tierra, para negocios, siempre se encuentran capitalistas.

—Pero ese negocio...

—¿Qué más da? Lo importante es sacarle interés; ya ves tú, la gente de Monises en vez de regalar a sus hijos, como en otras partes, juguetes y tonterías por el estilo, les regalan acciones de minas o navieras; somos un pueblo grande; la Inglaterra de España, como aquel que dice...

Muy entusiasmadas seguían charlando, cuando dos mozos, acercándose, las invitaron a bailar.

De momento sorprendiéronse las mujeres; pero Sara, que mirada fue por uno moreno, de ojos grandes y acariciador decir, púsose en pie, sin pensarlo, y se dejó caer en los brazos del galán.

Rita no quiso; la preocupación no le permitía divertirse, y, cosa rara, en contraste de aquello, que alegre era y goces permitía, aparecíósele la escena de la taberna, la conversación que poco después tuvo con Paco aconsejando explotar al tendero, el miedo a ser abandonada por quien la favoreció desde su vuelta al mundo de la gente libre y, sobre todo, la sospecha de que su amante, hastiado de ella, que no en balde pasan los años, buscase otra mujer que luciera lo que ella le ganase.

En tal laberinto, que solo de lágrimas, dinero y sangre estaba hecho, perdiose la mujer.

Sara, en tanto, con ojos de fiebre, fiebre de caminante que cruza el desierto sin hallar un remanso en que apagar la sed y al fin oye el rumorear de un arroyuelo y en él, espejo un momento de su ansia, se arroja y bebe, así la bilbaína, en los brazos del chulapo, casi boca con boca, danzaba sin oír al pianillo, sin ver los árboles y las mesas que bajo los árboles colocaron, entregada por entero al hombre que ofrecíase a satisfacer su sed de amar, sed mil veces peor que la del hidrópico, que la del calenturiento, que la del aspado arriero que cruza la llanura y mira al cielo, ya amenazando, ya suplicando unas gotas de agua que amortigüen su dolor.

Y la tocata cesó, y el hombre y la mujer se acariciaron.

—Si quieres—dijo él guiñándole un ojo y mirando luego a unas puertas casi ocultas por el follaje—, podíamos almorzar en un reservao de ésos...

—Bueno—contestó la hembra—; pero antes hay que darle la absoluta a mi compañera.

—Podía estarse; mi amigo la acompañará...

Negose Sara a lo propuesto.

—Pa mis cosas—dijo—no quiero testigos de cargo; así es que voy a ver si la echo...

Poco tuvo que esforzarse. Rita, pensando en sus cosas, creyó muy natural el que Sara se diese un buen rato, y, levantándose, marchó en busca de la salida.

—Oye, supongo—la dijo—que no te irás ya esta noche...

—¿Cómo que no? A las diez, que sale el correo.

—¿Y si hay muchos platos y os entretenéis mucho?

—No pases cuidao; no soy de las que pierden el sentío por na... Un rato, y al tren...

—¿Entonces...?

—Si puedo iré a decirte adiós, y si no, baja a decírmelo tú.

—¿A las diez te vas?

—Sí, a las diez.

—Pues, si antes no, hasta esa horita.

Y allí, dentro de un cuartito, con quejumbroso canapé forrado de gutapercha y un espejo, testigo de mil escenas de pecado, encerró Sara un deseo que aquel chulo de grandes ojos tendría que apagar, a cambio, es posible que pagara ella, de !a suma que mostrase un papel estrecho y largo, que un camarero, soportador, mostraría en el hueco de una bandeja de muy desgastado metal.

Rita, preocupada por la hora—ya eran las dos y cuarto—, tomó un taxi, que la vino a dejar a la entrada de su calle, en la ancha plaza

de Lavapiés, donde don Paco "el Moro" voceaba y manoteaba sobre las cabezas de un sin fin de hombres y mujeres.

Rita parose a escucharle, pues desde lo ocurrido, poniéndose al lado de Tomás y de Paco cuando algunos trataron de disculpar al "Rentista", le era más simpático.

—Solo la Naturaleza y el reino vegetal sobre todos los reinos, es la sabia, la inefable, la curadora... Las hierbas tienen veneno, pero también atesoran virtudes; ¿que tenéis ataques de histerismo, epilepsia y aun ictericia? Recurrid a la saponaria, que ya los doctores egipcios la emplearon. ¿Que tenéis tos húmeda, catarro crónico, o al exterior molestos edemas o repugnantes fangosidades en las encías? Pedid a la salvia, que fue hierba sagrada, su ayuda. El torongil quita la melancolía...

La gente oíale embobada, y él, haciéndose cargo de la bobera de la gente, continuó:

—Dice Hipócrates, que ha sido el mejor médico del mundo, antes y después de Jesucristo, que si la cabeza, las manos y los pies se pusiesen fríos, estando el vientre y los lados calientes, es malo, y yo os digo que, si eso pasa, meteros en el lecho, tomad apresuradamente un cocimiento de estas hierbas que os ofrezco y han sido traídas de la Arabia, del Canadá y de las montañas de Reinosa, y poseen la virtud de la violeta, que es sudorífica; de la fumaria, que es depurativa; de la buglosa o lengua de buey, buena para el corazón, y de la Celedonia, vulgo hierba de la golondrina, que arrastra las nefritis...

La gente oía con ansia y fe.

A un viejo, que dijo sufrir inflamaciones al vientre, por mor de una hidropesía añeja, aconsejole el uso del lúpulo y la hierba de conejito, que también se la dice espuela de caballero. A una vieja que, gangueando, aseguró tener languidez nerviosa y síncopes frecuentes, hierba de los gatos y hierba de Santa María, que, como la de San Juan, que en Castilla llaman del corazoncillo, es casi milagrosa.

—Y es—continuó el declamador—que la Naturaleza, como antes

tuve el honor de decir al auditorio que me honra oyendo, es la gran doctora. Yo, que estudié en sus hojas, en las de sus plantas por mejor decir, os juro que para el flato nada hay como el hinojo, y para la hipocondría, la ruda, y el berberís para las irritaciones de la vía urinaria.

Machacón, queriendo persuadir a fuerza de hablar, dijo el herbolario-curandero que el helecho macho, como *enemigo* de la tenia, "era" insustituible; que la genciana, como estimulante del apetito, no tenia rival; y, en secreto, casi al oído, aconsejó a una jovencita que se quejaba de vómitos y retardos, un producto que iba a permitirla cruzar ante la gente con la misma unción beatífica que una monja en estado de merecer la gloria.

Oyendo al famoso don Paco, corrido como pocos, aunque al correr lo hiciera delante de los civiles, olvidose Rita de que pronto sonarían las tres de la tarde, y de que su compañero, si estaba en casa, la recibiría con cara dura y quién sabe si con mano dura también.

Pero no fue así. Paco, que por haber dormido mal aquella noche, durmió bien toda la mañana, acababa de volver de la peluquería, cuando ella, excesivamente locuaz, contole el encuentro con Sara, cuidando de callar, casi huelga decirlo, lo pecaminoso del diálogo.

Y no pasó más sino que comieron unas chuletitas fritas al galope, una lata de calamares en su tinta y hasta media docena de plátanos, que sirvieron de motivo al chulón para hacer comparaciones muy del gusto de Rita, y que acabaron, claro es, con arreglo a su gusto.

No iba a ser ella menos que Sara, a quien, ¡oh casualidad!, también dieron fruta del trópico en un reservado muy reservado de la Bombilla.

3. LA LUJURIA Y LA PARTIDA DOBLE

Poco después de recibir las bofetadas que "el Linares" tuvo a bien darle, salió "el Rentista" camino de su choza, donde encontró a su mujer y sus cinco hijos mascando un pan negruzco que momentos antes, y con una peseta que trajo Antonia, mercaron en una tienda de junto al Puente.

La llegada del castigado, rugiente de ira y lleno de mosto, hizo temblar a los que, sin decir palabra, apelotonáronse en un rincón.

Sabedores de que, a semejanza de esos gallos que "pagan" con las indefensas gallinas su falta de valor con los rivales, habría de desahogarse bien blasfemando, bien amenazando colérico, y puede que con manotadas despiadadas también, mirábanse y entristecidos; pero la hija mayor, siempre buena y siempre dulce, oyéndole, acercose para consolarle.

—¡Largo de aquí, pamplinosa!—dijo, pegándola un manotón que la hizo ir hasta el extremo de la pieza.

—Pero ¿qué t’hecho yo? ¿A qué me pegas así? ¡Encima de irte con mimos y consuelos!

La lengua del hombre fue sucio albañal insultando a la mocita, que ya exasperada, mirole frente a frente.

Intervenir quiso la madre; pero Antonia, adelantándose, dijo, dolorida, que un padre que insultaba a su hija de aquel modo, no era merecedor de que la hija se sacrificara por él, amenazándole con levantar el vuelo cualquier día.

Y no se mordió la lengua para echarle en cara su poco apego a la faena, mientras todos: su madre, ella y sus hermanitos, eran unos mártires del mal comer, para que él pudiese *alternar*...

Una salvaje violencia encendiose en los ojos de quien liberal, y

sindicalista, y comunista, y anarquista se llamaba, y así, golpeó a la joven y a la madre, que quiso interponerse, y a los pequeños, que, aterrados, lloraban, sujetando sus piernas o prendiéndose de la saya de quien les parió.

—¡Perra! ¡Golfa! ¡Vete!...—decía el energúmeno, señalando la puerta de la covacha.

Junto al muro, construcción de árboles, tablas viejas y latas roñosas, pegose la moza, lleno el corazón de pena, y de agua los ojos.

—¡Que te vayas!—siguió diciendo Pepe—. ¡Vete y vive como te salga del moño, que nada te diré!... ¡No te reconozco como hija! ¡Largo! ¡¡Largo!!...

Solo cuando advirtió que el mal padre se apoderaba de una estaca que para atrancar la puerta servía, escapó al escampío.

Los vecinos, gente miserable, que desde la puerta de sus chozas escucharon la trapatiesta, aconsejáronle que no volviese hasta pasadas dos o tres horas, las precisas a que, tras dormir la mona, estuviera de mejor genio.

Fingiendo cariño, que ella sabía interesado, acariciróla "doña Inclusa"; pero Antonia, con !a turbación del armiño huyendo del cieno, y la sospecha de mal de la sensitiva cerrando su corola, apartose.

Su espíritu, sin saber por qué, delicado, fino; su inclinación al bien, no obstante convivir con el mal, hacían de Tonica una de esas criaturas salvajes que tanto enconan a los buenos burgueses, quienes, dejando en su hogar esposas e hijos, se lanzan a la conquista del amor, dando a las pobres que del amor tienen que vivir un poco de lo mucho que les sobra en casa.

Antonia, ya lo sabían los viejos ricachos del Casino de Madrid, que no obstante el ofrecimiento de no "hacerla daño", sufrieron su insulto y su desprecio, no era de esas; los jóvenes "bien", esos jóvenes que a cuenta del presupuesto familiar se permiten ciertas escapadas placenteras, también lo sabían, pues no a uno, sino a varios, tuvo que repeler, y no con mano suave.

"Lucrecia la de las Cuatro Calles" díjole un escritor ya machucho, de esos que igual colaboran en "K. D. T." que en la biblioteca "Patria", y por Lucrecia la conocían no pocos.

Ella, no acertando a comprender lo que aquello podía decir, preguntóselo a un señorito de los formales, que era parroquiano, y cuando el señorito la dijo, recordando a la ultrajada por el hijo de Tarquino el Soberbio, que el nombre de Lucrecia simbolizaba virtud, contentose de saberlo y de ser llamada de aquel modo.

No se crea por tal cosa que Antonia era una negación como mujer; su ansia de amar era distinta a la de alguna de sus compañeras que con cualquiera se iban de bureo. Ella, no; ella, virgen aún, añoraba el ser querida, muy querida, pero por un hombre solo, por uno que la considerase y tratase con el cariño que su padre trataba a su madre antes de darse a la política y al vino.

¿Sería amada así? ¿Qué hombre, viéndola en plena calle, se atrevería a elevarla hasta su corazón?

Dudaba Tonica de que el ansiado apareciese, y era injusta dudando, pues Lucio "el Chepa", limpiabotas el más pícaro de la corte y al mismo tiempo el creyente más fiero de su bondad, la adoraba con respeto tan limpio, que de no ser de hombre, debiera decirse de santo.

Y lo admirable era que Lucio, hablador como pocos, ocurrente como ninguno, estimado por los pollos del Alkázar y Maxim's, gracias a su gracia en dar "coba" y contar "guarradas", mostrábase sumiso con la joven, y tan pacato, que alguno de su oficio, al verle, dijo burlón:

—¡Gachó, no eres primo ni na; parece así como si te hubiera embrujao la gachí!...

—Embrujar es poco—contestaba sonriente—; me trae sin vida. Y mira tú, a mí que nunca se me dio de na, ni tan siquiera de esta joroba que me carga, quisiera ser, pa que se contentara y me quisiese, más buen mozo que Pepe "el Largo", pero como tengo esta falta, es decir—atajose riendo—, esta sobra, me da reparo el decirla na de mis sentires, temiéndome el que con un no, o con una carcajá, me dé el pinchazo de muerte en to lo alto...

Así pasaron meses, muchos meses, y aunque Lucio, que vivía en el Paseo de las Acacias, volvió bastantes noches en su compañía y en la de sus hermanos, jamás atreviose a mostrarla su sentir.

Ella le estimaba, pues adivinando en él un fondo sano, que era reverencia para su persona y caricia para los pequeños, nunca sospechó lo que por respeto no decía.

Pero una noche, cierta morena que a poner flores en los ojales se aplicaba y a tolerar sobeos se avenía, díjola medio en guasa, medio en serio:

—"El Chepa" está por ti que se derrite de colao; ayer, y a un pollo que dijo cuando le limpiaba los zapatos no sé qué de tu tipo, le ensució de Servus los calcetines, que eran blancos, y le dejó a medio lustre el izquierdo...

Rio cruel la habladora.

Antonia, callada, apartose agradeciendo aquel tributo, pero no dándole la importancia que tenia.

—¡Es muy bueno!—se dijo—. ¡Me estima mucho!...

Y así pasó más tiempo, mucho más tiempo, hasta que aquella tarde...

—¿Adónde vas, Tonica?—la dijo, al paso, cerca ya de la cuesta de Embajadores.

No contestó la muchacha.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

De nuevo los ojos azules se empañaron, en tanto que los de él brillaban como de acero fundido.

—¿Lloras? ¿Quién te ha hecho llorar? Dilo, dilo, y...

Vio ella que las manos de Lucio se apretaban, y que, ronco, seguía preguntando.

—A ti, mientras yo viva, nadie tié que hacerte de llorar.... ¿sabes? Y al que lo haga, le parto el corazón...

Y, alocado, con la vista en el suelo, siguió su decir.

—Tú eres la Virgen pa mí, Antonia; la luz, el aire, to... Ya era razonable de que lo supieras. Sin ti, ¿pa qué ser na, ni servir pa na? Yo, atiende, pero sin reírte, te... adoro; más, más que adorar entodavía... ¿Que no me quieres? Pues adiós pa siempre. ¿Que me quieres? El cielo es poco pa que yo lo arañe y haga con él una alfombra pa que tú la pises.... y si quieres pisarme a mí, también pondré besos en tus pisadas, manque sea sobre el corazón y salte la sangre a ríos... te daría.

Más, mucho más dijo el buen enamorado. Y ella, piadosa, sonriole contándole el motivo de su tristeza.

—Es tu padre...—dijo "el Chepa", conteniendo la ira—, y nada le digo; pero sí te quiero decir que no hay derecho pa lo que me cuentas... ¡Si tú me quisieras!

Antes de que ella abriese la boca, él, temeroso, dijo:

—No; no digas nada aún; piénsalo; calcula cómo te quiere mi corazón, y luego... Eso sí...—añadía, temblando—, que mientras lo piensas, y me comparas, y te decides a... lo que sea, deja que te diga siempre que estemos al lao que te quiero, que te quiero, que te quiero...

Caminaron más; quiso convidarla en un tupi de la famosa calle, pero ella no quiso. Invitola a entrar en el cinema de La Latina, y aunque también se negó, al fin, los ruegos de un enamorado pueden mucho, avínose al convite.

Y allá, en lo oscuro de la sala, mientras por el lienzo galopaba el amor, el odio, la avaricia y la miseria, en la ancha butaca de junto a Antonia, que miraba con fijeza al lienzo iluminado, el pobre Lucio, con los dedos prietos, como en oración, alegrábase o entristecíase con la tristeza o el contento que en la faz de Antonia iba reflejándose, ya que ni un segundo separó sus ojos del cutis rosado de la moza.

***

Mientras esto ocurría, allá, en la hondonada, formaron consejo los vecinos, en torno de "el Rentista", que, tras haber dormido, sintiose más hablador, más revolucionario y más intransigente.

—Nosotros—dijo a los que en torno suyo se agrupaban—semos el pueblo explotao; la industria es el viejo "Apóstol", que pa eso hace molinos de papel; mis chicos, la Prensa, y el tendero, el capital que nos aprieta y nos estruja como si fuéramos, pongo por caso, limones.

Al concurso no le pareció mal lo que Pepe decía, y, atento, siguió escuchándole.

—Yo, representando a la clase trabajadora, parlamenté con el explotador, y ya habéis visto el resultao: que como dispone de la fuerza, la fuerza se vino sobre mí ¿Y pa qué?

Un murmullo de aprobación interrumpió el discurso, y también un dolor que sintiera José en la barbilla, que sujetada por un pañuelo atado a lo alto, hizo decir a "la Centimín", con sorna:

—¡Eso es llevar la cabeza en columpio!...

Pasado el murmullo y los dolores, dijo así el herido:

—La bofetá que el valiente me pegó, ¿me la pegó a mí, o se la pegó al pueblo? Mirao por el sitio material, yo he sío la víctima; pero analizao por el colectivo, a vosotros se la pegó, y... ¿puede seguir de esta conformidá el problema?

Nuevo murmullo acogió las palabras del padre de la Prensa.

—Y no es eso sólo, que la ciencia y la oratoria, símbolizás en don Paco, me costa que están con él, y lo que es peor aún, el torniquete de la Hacienda, que es la fiadora, le sirve y ayuda con toa su mala sangre.

—¡Muera el acaparaor!—voceó, llena de ira, "doña Inclusa", recordando la miel que no probaría jamás y que desde un frasco de

vidrio la insultaba a cada paso.

—¡Guerra al tendero!—dijo a continuación "el Apóstol", quizá acordándose del embutido de grasiento lomo.

—¡Calma!—gritó más que todos "el Rentista"—. Lo que hay que hacer es obrar al unísono y darle la batalla.

Atropelladamente se expusieron varios proyectos.

—Nosotras—habló "la Centimín"—le armaremos mañana bronca por cualquier cosa.... por lo malo del cocido, si sus parece.

—Se compra vino—propuso "el Apóstol"—, y lo llevo yo al laboratorio para que lo analicen.

—¿Y si no llega?—preguntó alguien riendo.

Otros hablaron de denunciar la tienda por las faltas dominicales; los productos, por mal pesados, y los sótanos, por antihigiénicos.

—Eso está bien, y debe hacerse; pero lo mejor es saquearle la casa.

—¡Eso! ¡Si! ¡Vamos!...

En pie se pusieron todos, y "el Rentista" se vio "negro" para contenerles.

—¿Ahora?—preguntó—. Ahora, no; ahora sería una burra de a folio, porque iríamos a la cárcel derechos. Cuando hay que hacerlo es el día en que, como el de los tahoneros, nos dejen los guardias en liberta de acción...

No contentó a todos la demora; pero, como era tarde, la reunión era a campo libre, y comenzó a llover, acordose que "doña Inclusa", en representación del fenimismo, "el Rentista", como ponente, y un pordiosero, al que llamaban "Murillo" por lo bien que sabía pintar llagas, formasen un Comité secreto y reivindicador, que a su tiempo daría la voz sagrada de adelante...

Y véase cómo a espaldas de los depósitos llamados de "la Alhóndiga", un grupo de vagos "irredentos", habitantes de chozas

construidas con latas viejas, tablas de derribo y esteras usadas, tomaron acuerdos que quizá un día recogerá la Historia, pues muchas veces del mal sale el bien, y entre el negro carbón se esconde lo que más brilla y mejor se tasa, y, sobre todo, que las revoluciones no las han hecho nunca los "dandyes", sino los "sansculotte".

***

A igual hora que los habitantes del mísero campamento se retiraban, unos, los menos, a sus viviendas, y otros a sitios donde la vigilancia les permitiera "trabajar", el rico comerciante pasaba por una violenta crisis, en la que su carne, por un lado, y su egoísmo por otro, luchaban y se repelían con saña.

—Pero... ¿qué m'ha dao a mí esa mujer pa andarme tan tarumba como me ando? To lo dejo por ella; ni echo agua al vino, ni harina al azúcar, ni nievelina a la carne ¿La quiero? ¿Me conviene? ¿Siento por ese chulo que s'ha colao aquí como en su casa, odio o miedo? Si la hablo, ¿le dejará por mí? Y si le deja, ¿qué pasará?

Un momento titubeó, y después, retirando a un lado, desplicentemente, una fórmula para hacer vinagre artificial, escribió en un pliego, que luego metió en un sobre:

"Rita: Es preciso que venga usted a oírme una cosa que no es negocio, pero es urgente. No me gustaría que se enterase él. Suyísimo, *Tomás."*

Con lo escrito en el bolso bajó a la tienda—su habitación era el entresuelo—, y ordenó el cierre; pero antes, a Ana "la Cómica", que había entrado a tomarse una de triple, la dijo:

—¿Quieres hacerme un favor a cambio del coci[6] de mañana?

Sonrió la mujer.

—¡Pa chasco!

—Pero en secreto...

—Tal que un pozo. ¿De qué se trata?

—La señora Rita.... ¿la conoces?

—¡Por desgracia!

—¿Cómo por desgracia?

—¡Digo! ¡Como que la debo nueve pesetas de cinco que me emprestó hace unos ocho meses!

—¡Yo le hablaré de ti!...

—¿Pa lo de borrón y cuenta nueva?

—Si me sirves, por de contao.

—Pues dígaselo, que por no pagar, es la hija de mi madre de las que hacen títeres, y capaz soy, si usté me apadrina, de ofrecerme hasta pa sucursal de la casa banca de su negocio...

La chulada hizo gracia al tendero, tasquero y carnicero, quien, conteniendo la risa, añadió:

—Se trata de que la busques pa darle esta carta.

—¡Olé!

—Y con prudencia, haciéndote la remolona, haz por traerte la contestación.

—Por traída; pero hay un pero...

—¿Cuál?

—El saber adonde tiene ahora su negociao de Caja.

—Pues en Novedades, que pa eso es santa nómina.

—¡Ni sílaba más!...

—¡Que no tardes!

—¡Un vuelo planeo, ya verá usté!

Desapareció la recadera, a la que siguió la mirada sádica de dos borrachos que en la tienda había.

—¡A cerrar!—gritó el amo.

Y los cierres fueron echados, y la dependencia se retiró a sus dormitorios, en tanto el dueño contaba la venta.

De la calle llegaba, confuso y roto, el diálogo de los beodos.

Un cantar vino a suspender el recuento.

"Las cadenas de tus brazos
me están pidiendo, morena,
el vivir encadenado."

Y pensó en ella, y con la carga de lo vendido ascendió a sus habitaciones.

—¿Qué pensará de mi escrito? Ya no puedo más—exclamó—. Mi vida s'ha pasao guardando, y ahora quiero querer con to derroche.

Montones de plata, montones de cobre llenaron la mesa; y, cosa rara, aquel hombre tan seguro en hacer "correr" al peso, como en contar monedas, se equivocó muchas veces, teniendo que recontar lo contado.

Sonó una hora, y la impaciencia, que es más exigente que una primera tiple, llevó al leonés hasta el balcón.

Por la calle negra, negras figuras caminaban, que los árboles iban ocultando bajo sus doseles de luto.

A lo lejos, pitidos de locomotora; largas filas de faroles urbanos: penitentes que parecían aguardar el paso de un lúgubre y siniestro cortejo, y como únicas y alegres notas, el martilleo de una pianola y la marcha lenta de una pareja, hombre y mujer, que, besándose, buscaban un remanso más negro, más oculto, más prudente, en el que gozar la alegría de, pecando, ser más dichosos.

Con envidia los miró Tomás; su lengua reseca, tal que llama era en la cavidad de su boca; gusto a sangre notó, y los dedos sujetaron, febriles, el barandal del balconaje.

Un suave cosquillear, tibio como un huevo recién puesto, fue recorriendo sus músculos hasta posarse como una caricia en su frente.

Otra campanada, no se sabe de qué reloj perdido en la negrura, fue gemido, graznido, delatador chirriar de una llave ganzúa.

—¡Si no la encontrara!....—dijo el hombre.

Y en seguida pensó en la recadera, temeroso de que no fuese, como aseguró, la reserva misma; y, al temerlo, la figura del chulo púsose ante sus ojos, y el eco de su decir entró en sus oídos, y unas manos ásperas y grandes rozaron su garganta...

Una conversación de dos mujeres que iban acercándose borró la pesadilla.

—¿Será ella?

Ella era, acompañada de "la Cómica".

—¡Rita!—dijo, temblón—. ¡Espera, que bajo a abrirte!

Y bajó al portal.

Alegre, generoso, entregó a "la Cómica" un duro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?—preguntó, con recelo, la hembra.

Contestar quiso él, pero no pudo; tembláronle las piernas, las manos, y la sangre, en galope bestial, subió hasta sus ojos.

—¿Qué?—tornó a decir Rita.

Y ásperamente oyó un "te quiero", y salvajemente la fuerza de unos brazos y el mordisco de una boca...

—¡Te quiero! ¡Te quiero!—atropellado decía el rijoso comerciante,

y sobre la dura tarima rodaron.

Sobre la mesa, junto a las monedas, rayados y pletóricos de sumandos, abríanse dos libros de contabilidad. En el suelo, sudorosa y asmática, revolcábase la lujuria.

4. LO SERIO DE LA CASA

El que Rita fuese a vivir con Tomás, después de haber convencido a "el Linares"—con... quinientas pesetas—de que nublar la dicha ajena es un crimen, ni alarmó al vecindario, pues que casi todo él vivía así, ni quitó prestigio al tendero.

La que indudablemente perdió en el cambio fue ella.

—Poco a poco—halló el hombre—liquidaremos lo prestao, y de ese modo te ocuparás solo de la casa, que bien lo necesita.

No gustó a Rita el programa, que la privaría de lo más agradable para ella: el callejeo.

¡Oh, eso de salir y entrar, lucir y ser vista, tomar café en San Isidro.

Claro es que aquel "poco a poco" era tan elástico que, aunque disgustó a la hembra, no consiguió alarmarla. ¡Ya se arreglaría para hacer su gusto!, que no en balde la astucia es arma femenina, y el disimulo su compañero, y, por otra parte, ¿qué enamorado o lujurioso deja de claudicar si unos ojos brindadores arden, una boca ofrece y un cuerpo trema con carnales invitaciones?

Algo más difícil que convencer al "Cartero" resultole convencer al otro.

—¡Que no—dijo aquel—, que lo que ese quiere es acapararte para su uso, y que yo, en el entretanto, me parta la nuez solo! ¡Que no, que no, ea!...

Y entre recuerdos de sacrificio y amenazas fieras, fue "clareándose" el chulapón, que vino a ceder cuando ella puso las cartas "boca arriba".

—Pues... tú verás lo que se hace—dijo—. Si le doy de lao, el negocio quiebra; si no me avengo a ir a "cuidarle", de seguro que la vida se nos hará difícil, y lo peor es que ni tú trabajas, porque no ties oficio, y por eso te hiciste guardia, y yo no sé na de na, porque

na me enseñaron, como no fuese a cazar el marido... que espantamos entre los dos.

Nada repuso Paco a tan cimentadas razones, limitose, nervioso, a morder el puro que estaba fumando.

—Y hay que resolver...—le dijo Rita, atosigadora—. Y hay que pensarlo mucho, no sea que luego no nos alcancemos a la oreja zocata, y sea aquello de desesperarse, y de que tú ties la culpa, y vengan los disgustos, y los golpes y los lloriqueos...

Mudo siguió el mozo ante esta nueva acometida, y por ella, al igual que todas las mujeres, que sin duda por instinto atacan con saña mayor a aquel que ven más abatido, agregó, mintiendo:

—En celos no debes de pensar; yo seré allí como una especie de ama de llaves... y no otra cosa.

Con tal firmeza soltó la mentira, que él, mirándola fríamente, fingió creerlo, resultando de las dos falsedades un principio de acuerdo bastante beneficioso para los intereses, la paz y la dicha de ambos.

—Ahora, y para despistar—tornó a decir la fiadora—, dejas de pasearte unos días por el barrio; yo digo que te has largao con una hermana que ties en un pueblo, y de aquí a dos semanitas o tres, que to estará encajao como nos hace falta, vuelta a quererse con fatigas.

—Eso está bien, negra; pero...

—¿Qué?

—¿Con qué vivo en el entretanto?

—De mi cuenta corre. Desde luego le sacaré unos cuantos duros de indemnización.

—Mira que necesito ropa...

—Ya lo sé.

—Y calzado, y calcetines, y sombrero, y...

Sonriente, no sabremos decir si en tono de burla o de un poco tardía maternidad, le atajó, cariñosa:

—Sí, hijito, sí; para todo habrá en el bolso del viejo. ¡Yo te lo aseguro!...

Con la afirmación y con cincuenta durazos para el equipo, y otros cincuenta para comida, quedó, lo que amenazaba ser muy grave, reducido a una simple operación de contabilidad que "el Cartero" sentó en su "Diario", de este sencillísimo modo:

DIA 13 JUNIO 1925

Pérdidas y ganancias a Caja.

Salida por los conceptos siguientes....500

400 Merma en la carne entrada anteanoche.

100 Coste de la facturación, mozos y propinas de un torete mandado a la dehesa.

Y todo fue paz y alegría y buen ceño: el joven, feliz por verse suelto, y así alternar con lo más florido de la Dancing-Costanilla; el viejo, satisfecho de quien llevó al hogar vacío una miaja de alegría, de limpieza y cantares; y ella, "la Condená", disfrutando al verse de ama; que todo nada es, si va a compararse con el gozo que presta el mandar, y así ella gozaba doble, mandando, no ya en las viviendas y establecimientos, sino, y este era su Orgullo, en el ánimo de dos hombres sometidos a su voluntad por fuero de sexo y de picardía.

En las tiendas, barcos difíciles de dirigir, no tanto por su complicada contextura como por el descontento de sus tripulaciones, hizo Rita muy buenas faenas; la ropa de los criados, mal cuidada y peor presentada, ganó al llegar a sus manos grandemente; los condumios vulgares que "la Mondejana", cocinera de la parroquia, a la vez que de la dependencia, hacia, hubo que variarlos y aun enriquecerlos con algo más que carnero y alubias, bacalao y patatas viejas.

Los dependientes, que la recibieron recelosos, tratábanla ya con respetuoso afecto, y los parroquianos, al notar las jarras del vino

más limpias y los "cocis" con más sustancia, miráronla con agradable complacencia.

—Y es que vosotros los hombres—díjole un día a Paco—sois muy abandonaos; si no os dan una camisa limpia, lo mismo os da ocho que ochenta para mudaros...

—Eso sí, los hombres no nos cuidamos más que de trabajar y de ganar...

—¿Y las mujeres no trajinamos? Ya te quisiera yo ver delante de los montones de ropa pa el repaso y plancha...

No más de quince días transcurrieron y la casa era otra; las tiendas, muy diferentes, y el gesto de los criados, más agradable; hasta el público se acostumbró pronto a verla ir y venir por tras los mostradores, atendiendo quejas y ordenando, en la cocina sobre todo, variaciones de importancia.

Paco, descansando en su colaboradora, a la que llamaba cariñosamente la "revolucionaria", se permitió, empujado por ella, hasta a alternar, jugando a los naipes, con alguno de sus parroquianos más decentes.

—¡Hay que distraerse!—le indicó un día que se quejaba de dolor de cabeza por haber trabajado más de lo debido, y desde entonces alternó bien al mus, bien al julepe, con "Marx", "el Acomodador" y Roque "el Sentao"; pero como su espíritu no era de jugador, esto es, capaz de aventurar nada, limitose su juego a la disputa de una gaseosa o un porroncito de morapio.

Y de aquel tratar con los parroquianos mejores conoció Atienza algo de lo que debe ser la vida de relación, y su ceño, duro de continuo, desarrugose, y su genio perdió grados de acritud, y hasta pudo permitirse el placer de discutir y disputar con los de la partida.

Rita iba consiguiendo sus propósitos, que eran, primero, el alejarle de su persona, ya que durante la quincena pasada no pudo quitársele de encima, y segundo, el distraerle para que el negocio, ya en sus manos, marchara con arreglo a su conveniencia.

Las disputas entre los jugadores, tan chilladas como poco sustanciosas, resultaban entretenidas.

Carlitos "Marx", como le denominó una tarde de disputa "el Moro", joven relojero sin relojes que componer e hijo único de una vendedora de mondongos en la Torrecilla, era el más exaltado de la reunión y quien de ordinario daba pie para el torneo de palabras.

"El Sentao", Roque San Juan, ex civil, excitable hasta dar voces si se hablaba de derribar lo estatuido, ya que, de venir los "sovietes", como quería "Marx", dejaría de percibir su retirito de sargento, era lo que pudiera decirse las derechas del grupo.

Jenaro Planas, alias "el Acomodador", daba la nota de la indiferencia. De oficio sepulturero, como ya se dijo, tanto le importaba este como aquel, si aquel y este, al "faltar"—lo de faltar lo pronunciaba con voz fúnebre—, habían de ir a su "negociao", pagando, claro es, los derechos correspondientes.

Una tarde, digna por el griterío de ser considerada como de Cortes, habló el "amo":

—No le deis vueltas a la cosa—dijo—, la vida está bien como está ¿Que el flaco no puede consentir que exista el gordo? Pues el gordo existe, quiera que no el flaco, porque pa eso come y pa eso su sangre le deja tomar peso sin que le importe ni se fije en si el del otro lao pierde chichas por bilioso o envidioso o ayunador.

—Esa es la teoría de los gordos—repuso Carlitos, creyendo haber dicho "algo"—; usté, como tendero, no pué querer el que le quiten sus pellejos, sus jamones, ni sus garbanzos.

—¡Como que son muy remíos!

—Según y cómo, Atienza.

—¿Cómo que según? Yo los tengo pagaos, y de mi caja salió el dinero y en mi caja tengo el comprobante.

—¡Su caja! ¡Su caja!—exclamó con burla el entendido en horarios —. La caja es de hierro; el hierro es de la tierra; la tierra es de todos; luego la caja no es suya, como no es suyo el aire...

—Pero ¿qué dices tú ahí?

—La verdad; usté dice ¡mía!, y yo digo... ¿quién la sacó de la tierra? ¿Quién la fundió? ¿Quién la llevó hasta el tren para traerla a Madrí? ¿Quién la puso la pintura? ¿Quién la colocó donde está? El obrero sufrió y trabajó pa to eso; el que estuvo a punto de morir en la mina, bajo las ruedas del tren, envenenao por las pinturas que luce o achicharrao en la fundición que le dió forma; esos son los amos, los que dejaron momentos de su vivir en ca milímetro de caja, no usté, que na hizo sino sacar unos cuartos que le dieron antes.

Bilioso, revolviose Paco.

—¿Y mis trabajos? ¿Y mis desvelos?

—Hay que pagarlos, naturalmente que hay que pagarlos.

—¡Ah!

—Pero ¿con la parte mayor de la ganancia? ¡No! También trabajan sus dependientes y apenas cobran.

Nervioso, tiró las cartas que sujetaba con dedos ásperos y fuertes, y preguntó:

—¿Qué quieres decirme? A ver.... aclara eso...

—Con mucho gusto. Usté pone en el negocio energía, dinero...

—Justo..

—Pone, además de eso, un crédito y un local bien montao.

—Sigue.

—Pero ¿qué haría el dueño de un barco, el accionista de un ferrocarril, el gerente de una casa, el amo de un taller, el dueño de una fundición, si teniendo todo lo dicho no tiene quien se lo haga crecer? El dinero, vamos a dar por conforme que sea de usté y de usté el barco en que navega, pero eso nada vale sin el brazo que lo haga funcionar. La peseta de usté, con usté será una peseta.

—Claro.

—Pero la peseta de usté, manejá por los dependientes, la cocinera, su socia y hasta por el chico que barre, pasa a valer dos pesetas.

—¿Y qué? ¿No es natural eso?

—Lo natural es que de esa ganancia usté se lleve algo por tener la parte, pero de ahí a llevárselo casi tó, dejando unos céntimos pa los que, gracias a ellos, parió otras, es, y no pué ser otra cosa, que una usurpación, un latrocinio, que la idea social arreglará en lo porvenir.

Claro y muy claro veía Atienza la razón de aquella teoría, pero como no le conviniese verla con tal claridad, forzó un reír, y dijo luego, con desdén no exento de temblores:

—Palabras y paparruchas, niño; veneno que metéis a la gente en la cabeza...

—Ideas.

—Que no puen ser y no serán.

—¿No?

—No. La propiedá es sagrada.

—Eso lo dice usté, que es propietario.

—Y también este, ¿verdá, tú?

La pregunta dirigida a "el Sentao" tuvo contestación afirmativa.

—Yo también, sí, señor; la propiedad es una cosa moral que debe respetarse, pa eso está si no la Guardia Civil.

—¿Y eso lo dice usté por agradecimiento al jornalito que le dan en Clases pasivas?

La frase molestó grandemente al uniformado, quien, con un movimiento rápido se la quitó de encima, cual si fuera un bichejo.

—¿Yo? ¿Jornalero yo?

—Sí, jornalero, y no de los mejor pagaos...

—¡Protesto! Una autoridad no es, no puede ser lo mismo que un peón de albañil, pongo por caso.

—¡Claro que no, como que un albañil levanta casas y usté...!

—¿Qué? ¿Qué, dilo?

—Nada.

—Pues algo será cuando con esa saña que t'han inyectao las malas lecturas, decías...

—Decía, y creo que no peco, que mientras el albañil trabaja, los otros, los que han nacido pa ver la manera de que no se desmande, no hacen lo que él...

—Y pasa—terció un intruso—que si el albañil protesta o grita se le sienta la mano...

El sepulturero, que nada había dicho hasta entonces, terció oportuno y lúgubre, como era "su natural":

—Eso es cierto, que yo fui albañil y me ataron por dos veces.

—Razón habría.

—Razón no, necesidá; pedíamos dos realejos y nos dieron una descarga; un compañero de tajo cayó en la trapatiesta; por cierto que al enterrarle enterramos con él a un poli, que también cayó, y juntos en la misma sepultura pudriéndose a la vez, vi a los que sin patronos y sin jefes ya eran iguales.

—¡Como que solo la muerte nos iguala!—dijo Tomás, apoderándose de la idea puesta a su alcance por el enterrador.

Tras de aquello, y sin que a cuento viniese, culpa en parte de don Paco "el Moro", que atizó la llama, hablose más y con mayor brío.

—Tiene razón el joven socialero—gritó el llegado—, la propiedad ha de transformarse, y quien a ello no se avenga fenecerá.

—¡Pero de aquí a que eso llegue!—exclamó con burla el comerciante.

Carlítos, que creía al herbolario de sus mismas opiniones, díjole:

—Poco tardará, ¿verdá usté, don Paco?

Y don Paco, mirando a unos y a otros, aclaró su opinión.

—Ni lo uno ni lo otro; ni dentro de un siglo, ni tampoco pasado mañana; ustedes, los amos, cuentan con la fuerza, y vosotros, los sometidos, contáis con la razón, pero con una razón sin fuerza bastante a imponerse.

—«¿Cómo?

—No estáis educaos, y solo educaos seréis vencedores; hoy no vais a ninguna parte.

—Culpa de la clase capitalista será; si no hay cultura es porque no hay escuelas, porque no conviene que haya escuelas...

Rio agresivo "el Moro", poniendo terrores en Tomás y Carlitos, ya que por estar en el fiel no sabían hacia qué parte iba a inclinarse su fuerza.

—Lo que no hay es ganas de aprender—dijo.

Respiró el tendero.

—La escuela—continuó—, puedes verlo en este mismo barrio, es para los chicos como un suplicio, porque se la hacen odiar, y para los padres, como una solución, pero no te creas que solución con idea de que los crios aprendan y se ilustren; la idea es de que se les tenga encerraos en ella, dejando en paz a los de casa...; al papá, que va a alternar con los amigos, o a la mamá, que tié que cotillear con las vecindonas.

—¡Justamente!—dijo el ex civil.

—Y en cuanto los chicos o las chicas, que esto es igual, han cumplido apenas los once años, ¿qué pasa? Pues pasa que sin saber leer siquiera, o si saben leer, sin estar enseñaos a pensar, se les retira de la escuela y se les encierra en la fábrica, o el obrador, o el taller...

—¡Es que la necesidá...!

—¿Qué necesidá ni qué monsergas? ¿Qué ganancia, dime, puede traer un crio a esos años?...

—Nada—dijo el relojero, y continuó "el Moro":

—Lo que hay, y es cosa de decirlo aunque escueza, y a mí como a todos, porque siendo de los humildes quiero la elevación a cosa mejor y más justa, es que el instinto de explotación hasta en los padres vive, y más todavía en esos padres que se creen amos de los hijos, como si estos fueran pucheros de barro.

—¡Qué herejía dice este!

—¡No! El papá que lleva a una fábrica a sus niños de once o doce años, edad del peón y de la toña, es más miserable que el patrono que lo admite y explota... Pues qué, ¿no conoces tú y yo y estos vagos que solo han hecho hijos pa vivir de lo que currelen? Nada digo de ese Pepe, al que tos despreciamos, porque ese, al fin y a la postre, es un sinvergüenza, pero, ¿y qué me cuentas del "Cacharrero", que entre sus dos hijas, el chico y una sobrina que se trajo del pueblo porque sabia de planchadora, vive mirando al sol? ¿Y de Paca "la Viuda", que tiene cuatro "pedazos de su alma" que trabajan como bestias pa que ella beba lo mejor de Cazalla? ¿Y...?

Intervino Rita, conciliadora, y don Paco, que juró ser "exacto" en sus apreciaciones, dijo para terminar:

—La liberación del obrero está, no en matar al patrono, no en suprimir la máquina, ni en ganar más o menos, está solo en asesinar a la incultura, dedicando las segundas ocho horas de la jornada a ilustrarse y principalmente a tirar por la borda a los que solo se dedican a mostraros el odio, escamoteándoos el cariño ¡Por amor ha de conseguirse el bien, y no por chulerías, anótalo!

Con mofa replicó entonces Carlitos:

—¡Eso parece un sermón cuaresmal!

Tomás protestó airado:

—¡Eso es lo que es, es una verdá pura como la luz!

—¡Y lo único que tié razón de existir!—añadió el jubilao.

Don Paco sonreía, y el hijo de la mondonguera, sonriendo como don Paco, dijo:

—¡Las pamplinas pa los canarios! Esta vieja sociedá, diga lo que usté diga, se muere, y lo piadoso es acortarle su hora!

—¿Y cómo?

—¡Con dinamita!

—Quien siembra dinamita—declamó el hombre de las hierbas—cosecha escombros...

—¿Y qué?

Un estremecimiento general y unos adarmes de rencor en todos y cada uno, fue el resultado de la charla.

Carlitos marchose odiando, aunque sonriente, por no tener razones que oponer al decir de don Paco; este se quedó, herido por lo que, sin expresar, creía desprecio a su persona; Tomás, exaltado y temeroso de que lo anunciado por el relojero llegara, y el ex civil, inquieto, a cuenta de lo que en clases pasivas recogía todos los meses.

El sepulturero, con la misma indiferencia que cuando al borde de una fosa hacía un pitillo, ni se inmutó siquiera.

A una pregunta que Rita le dirigió, relacionada con lo discutido, respondiole:

—Yo nada digo más que esto: que todo es igual, que todo será igual,

y que el gusano comerá al hombre y al gusano otro gusano... El sol pudre y hace que las cosas nazcan... Quizás éstas desaparezcan también, pero el sepulturero no desaparecerá en jamás de los jamases.

La simple filosofía de "el Asentador", que sin darle un átomo de nada iba bebiendo del contenido de un vaso grande que poco antes pidiera, hizo que "el Moro", molesto, le preguntara:

—Pero ¿es que a usté no le importan ni interesan las luchas sociales?

—Ni tanto así—respondió, mordiéndose la uña.

—Entonces de cuanto hemos hablado ¿nada opina?...

—Opino—dijo, socarrón—que mis muertos molestan mucho menos que ustedes, ¡no pronuncian discursos!

No era cosa de pegarle; por eso rompieron a reír todos, menos "la Condená", que oyendo nombrar a la "intrusa" descomponíase toda.

—Verdaderamente—comentó el civil—que eres un rato de lúgubre, Jenaro.

—¿No soy, o, por mejor decir, no somos la gente seria del distrito, según los alegres?

—Natural; pero de eso a que nos desayunemos con huesos de santo, suspiros le alma en pena y sangre de martirologio, va una longitú... ¡Oyéndote, paece así como si se saliera de un funeral!...

—Y qué, ¿esta vida no es eso?

—¡Bien mirao...!—asintió suspirando "el Cartero".

El de los hierbajos dijo luego una cosa entre triste y sangrante, que espantó a Rita hasta llevarla a la tienda de comestibles, en una de cuyas puertas cantaba un mendigo:

"Solterica que habla alegre,
casá que hace contrabando

y viuda que se consuela,
son tres patas para un banco."

Rieron los que escuchaban, entregáronle unas pocas monedas, y siguió así:

"Como trompo de muchacho
me resultó mi mañica,
no me servía pa na
como no soltase guita."

Y sin casi respirar, cantó esta otra:

"Hay quien dice, y es mentira,
que el vivir es cosa amarga,
nos cantan cuando nacemos
y al morir también nos cantan."

Al ruido acudieron los hombres serios, que como serios que eran no se dignaron ni sonreír.

En tanto, el pobre, que era ciego y anciano, reía al son de su guitarra, vieja como él.

5. LOS SUCESOS DE LA SEMANA

Otros ocho días se pasaron sin que nube alguna empañara la felicidad de Atienza; ella, como de ordinario, fue en busca de las morosas y en busca también de Paco, que, corrido como joven y conocedor, como ex guardia, de los rincones que el amor tiene en todo Madrid, había encontrado en la calle que dicen de Valverde una casa tan de honrado aspecto, tan de "suyo" discreta, que de no estar en antecedentes, más se la hubiera creído refectorio cristiano que, por su aspecto de restaurant, casa de citas.

Allí se veían y regodeaban los amantes; ella entregábase al mozo con ardimientos que la hacían ante el otro ser dengosa y aparecer cansada; y no se crea por lo dicho que Atienza se ofendía por ello, que muchas veces se felicitaba de los remilgos permitidores de quedar bien con solo ofrecimientos, pues sus años no eran ya bastantes a poder domar yeguas bravas y, como los viejos generales que tienen un caballo borreguil para las paradas, así gustaba, sin demostrar que le complacía, de aquella mujer poco exigente, poco coqueta, y menos que muy poco ardorosa.

Vestida y alimentada por uno, y divertida y desnutrida por otro, pasó "la Condená" muy buenos ratos; pero sea porque el pecado llama al pecado o porque cosa que se rasca, más pica, es lo cierto que él la propuso cambiar de horario y que los encuentros no fuesen antes de comer, sino después de cenar.

—Imposible—dijo ella—. ¿Cómo quieres que salga a deshora? Para eso—era su amenaza—habría que romper con todo, y como sabes, no nos conviene.

Barrera infranqueable resultaba aquella barrera; sin embargo, "el Linares", que se veía imposibilitado de alternar en juergas y bureos, buscó un medio, uno, que por pequeño que fuese salvase la situación.

—Oye—la dijo una mañana, que de haber sido vistos por alguien

hubieran podido contestar que de la iglesia del Sacramento salían —. ¿No sigues dando fiado como hace poco?

—Sí—respondió ella.

—¿A las cómicas también?

—También.

—Entonces es fácil que salgas, ya que las cómicas trabajan de noche...

—Es que las recaudo por la tarde en los ensayos.

—¿Y no puedes pretextar el que ahora cobran durante la función?

—Es difícil.

—¿Y decirle que te falta alguna, y darme, por lo menos, un par de sesiones por semana?...

Así quedó convenido; ella iniciaría el ataque, poniendo el pretexto.

En la avaricia de Tomás confiaba, pero Tomás dijo que no.

Insistió ella; quiso incomodarse él, y cejijunta negose incluso a la más insignificante labor amorosa.

Pero la batalla había de darse, y se dio. Una noche, so pretexto de cobrar unas pesetas en Apolo, quiso salir.

—No salgas... ¿Qué dirían los vecinos, que te consideran ya como mi esposa?

Ni razonamientos monetarios, ni amenazas de pérdidas pudieron convencerle, y entonces ella, sabia en picardías y regodeos, consiguió convencerle y marchar.

Y él la vio ir sin tener fuerza para oponerse.

Y así, una vez más, Dalila tomó el pelo a Sansón; Circe convirtió en bestia a un hombre y el cerebro humano descendió al más bajo nivel.

A partir de aquello, por lo menos un par de días a la semana, fue la luz eléctrica y no la del sol entrando por un ventano de turbios cristales, testigo de espasmos más o menos deleitosos y de decires no muy honestos.

Ella, siempre tuvo ella salidas falsas, no solo fue con su protector y mantenedor amable y cariñosa, sino que tomando dinero de donde lo había tornaba de noche con un poco menos del sacado, pero diciendo siempre que era del cobro.

—¡Pa que veas si yo tengo vista pa hacer sudar a esas golfantas! ¡Y tú que no querías que fuese!...

Ante las caricias, razonamientos y, sobre todo, las monedas, reconocía Tomás que Rita valía mucho, y aun dejándola sola, capaz sería de dirigir el más difícil negocio.

Y el amor y la fortuna hizo más amable a la pareja, y las gentes se hacían lenguas del cambio sufrido por aquel hombre antes violento como el huracán y áspero como la lija, gracias a aquella mujer que muchos miraban a la boca temiendo ser presa de sus dentelladas.

—... Como que el Tomás necesitaba una gachí que le desbravase—dijo "la Centimín", con gachona suficiencia.

—¿Pues, y ella, que debía volver del presidio tal que un perro muertecito de sé...?

¡Menudo beneficio!...

Ese cambio, y más que nada la ausencia de "el Linares", hizo que la mugre de la barriada volviera a intentar, y al fin conseguir, nuevos créditos.

—¡Si parece otro!—exclamó la "doña Inclusa", que pudo cenar de *fiao* una semana.

—¡Como que pa mí que l'ha tocao Dios en el izquierdo!—dijo el fabricante de molinos de papel.

—¡Yo puedo disponer de compra hasta un duro!

—¡Y yo hasta cuatro pesetas!

Aquella generosidad de Atienza hizo que los acuerdos adoptados de asalto y saqueo, quedasen extramuros.

—¡Sois menos que unos cerdos!—gritó "el Rentista", al verse solo y sin *fiao*—. ¡Con las piltrafas sus ha convencío el ladrón! Y de la justicia proletaria, ¿qué?... Sois irreflexivos y estomacales; me dais lástima.

Y con desdén añadía:

—¿Qué pué esperarse de un pueblo como este, que en cuanto suenan las doce se deja los ideales justicieros para fraternizar con el cocido?

Todos le escuchaban, y muchos, pues los convocó y reunió para tomar determinaciones, sonreían.

—¡El ladrón debe fenecer!—gritó en silencio—. ¡Su riqueza debe cambiar de amo! Y pa que eso sea hay que arrasar lo que tiene... la tienda, pues, ciudadanos, por lo nuestro! ¡Y viva la igualdad!...

Pero ninguno moviose del sitio en que estaba.

"Doña Inclusa", dándose cuenta de la situación, intervino apaciguadora.

—Cálmate, hombre—dijo—, que el Tomás no es tan malo como te lo figuras, y yo le pediré que te fíe.

—Y servidora también—añadió "la Cómica"—, que tengo influencia con el matrimonio, y de seguro que se conseguirá.

"El Apóstol" y "Perra Gorda", que escuchaban, asintieron con un gesto amable; pero "Centimín" lo estropeó.

—¿Ustedes creen—dijo maligna—que por eso va a dejar el señor Pepe de predicar lo otro? ¡No! Que las ideas de nuestro vecino son de las "fetén", y despreciará la limosna.

Callar sería consentir, y "el Rentista" habló.

La moza decía verdad; él era partidario de las revoluciones.

—Eso sí—dijo—, el día que los míos tengan carpanta y no me ganen lo que comemos, que voy a casa de ese acaparaor y me jamo lo que necesite y que no abono lo que sea, es más seguro que un cronómetro bien nivelao.

—¿Y si por no pagar cobras?—preguntó con mala sangre el representante de la Industria.

—Pa eso era menester que yo me dejase.

—Es que a lo mejor... sin querer suena el tortazo y...

Hubo una pausa.

—Si s'ha pasao su reverencia, viejo chulo, al campo burgués—declamó el padre de sus hijos—bueno; pero rizarme el flequillo sabiendo, como sabe, que respeto a la ancianidá, es más dañino que una ensalá de tomates sobre un plato de arroz con leche.

Quiso responder el viejo, pero el joven no le dejó.

—Pa concluir y confirmarlo, yo os digo, vecinos, que cuando haya hambre en casa, comeré en la que ustedes dicen del "amo", y comeré pase lo que pase, ocurra lo que ocurra, y.... ¡ah!, tendrán ustedes sorpresa pa el postre.

Colérico, él decía que asqueado, metiose en su covacha, puso a toda la corte celestial con más motas que pastel en verano, pegó a los chicos, amenazó a su compañera, y en poco estuvo que a Antonia, menos sufrida desde la tarde que "el Chepa" le dijo sus amores, no la pusiera las manos en los carrillos.

—¡A mí no me pega usté más!—dijo la muchacha.

Levantó el brazo Pepe, pero tan fuerte fue la mirada y tan firme el gesto de su hija, que sin saber por qué contúvose el encolerizado, tornando a lanzar un rosario de brutalidades dignas de un ronzal de los recios.

Aquello fue el principio de una liberación.

Lucio aquella noche la dijo:

—Si te pega, no te diré yo que te vuelvas a él, pero sí que te vengas a mi vera, porque te adoro más que hace un minuto.

Sonrió satisfecha.

—¡Que no te rías! ¡Que cá momento que pasa te quiero más y que me parece, si Dios no pone remedio a esto, que me hago santo de tu santísima hornacina!

Decir que el corazón de Antonia gustaba de tales floreos es decir que el sol alumbra y el fuego quema, pero lo difícil de asegurar es que llegaran aquellos sentires a dejar satisfecha la vanidad de la moza.

—Yo—decíase preocupada—, le quiero de verdá; pero, ¡ay!, que ir a su vera me azara... ¡Todos nos miran! ¡Todos se ríen! Alguno me ha dicho bajito, pa que él no lo sepa: "Pero ¿adónde va mi reina con esa miaja de bufón?" O aquello de: "¿Puen saberse las razones de que crezcan los cominos a la vera de las rosas?" "¿Vuelan ya los mosquitos al lao de las golondrinas?" "¿Va usté de viaje y él lleva el baúl?" ¡Y el caso es que como amigo es un angelote, ahora que como amante...!

Paciente sufría Lucio lo que no oyendo adivinaba, y por tal razón llenábase su boca de hieles.

—¡No se decide!—pensaba algunos ratos—. Pero la constancia de mi amor la vencerá... ¿Que soy giboso? Defecto es que se ve; otros tien más giba y de peor clase... y la tapan...

Así estaban los peones de aquel tablero en el que el amor y simpatía luchaban jugando.

—¡Que te quiero, Antonia!—exclamaba él fogosamente, cuando de nada hablaban.

—Y yo a ti.... ¡pa chasco!

Aguardaba "el Chepa" a que continuara, pero ella, o cerraba la boca, o si decía algo era aquello de:

—¡Eres tan bondadoso, tan bueno con nosotras, que ni el mejor amigo!...

Agradecimiento merecían tales decires; pero como no era aquello lo que él ansiaba, sentíase cada vez más amargado y dolorido.

—No es así como quiero que me quieras, Tonica; yo quiero que me quieras de otro modo; menos.... ¿cómo te diré yo?, menos agradecío, menos pensao...

—¿Menos?

—Sí; con más corazón, ¿entiendes? Quiero ser para ti... lo que tú sabes.... lo que no sea nadie más que yo...

Callaba ella; triste, callaba él, para en seguida sonreír y animarla con su parloteo.

—Pero no me hagas caso, que si lo que quiero tié que ser, ya será...;!o que digo es que estoy que rabio por que te pase algo serio, pa que veas de lo que soy capaz por ti.

—Si, que me deseas conflictos.

—¡Si solo es pa probarte mi amor!

La cara pícara del limpiabotas, aquel gesto de truhán que ante los señoritos del café mostraba cínico y altanero, se convertía casi en seráfico cuando de amores le hablaba.

—No te creas que lo que digo es "bulla"—juraba sonriente—; mi decir es más verdá que la luz... Ponte, Dios no lo quiera, en que un día, no lo permita Dios, te encontrases entre llamas, ¿eh?, pues te aseguro que a las llamas iba a por ti... pa salvarte.

—¿Y si te hacías un tostón?

—¿Y qué?

—¿Y si te morías?

—¿Y qué? Si tus ojos me miraban al morir y tu boca me decía,

pongo por caso, ¡Cuánto te quiero!, pues que el tomar el petate pa el otro mundo era el mejor de los viajes de recreo que he hecho en toa mi existencia.

Si, como dicen los chulos, "el querer estremece la entraña", Antonia debía sentir muy hondo estremecimiento. Nunca la hablaron de aquel modo; jamás entró por sus orejas un decir tan amable y dulce, y sobre todo que, a diferencia de los señoritos, que al pagarle el periódico apretaban su mano, o al cruzar le rozaban el cuerpo; aquel muchacho, según los amigos, un "frescales", ni acercose a su ropa, ni tuvo en su lengua ni en sus ojos frases o miradas de lujuria.

Días pasaron, y un disgusto grave, seguido de otro mayor, vino a truncar la placidez de aquellos extraños amores. El hermano pequeño de la mocita, aquella notabilidad pedigüeña que, alquilada a viejas mendigas, sacaba más jornal que un bombero, muriose de frío, una noche de función regia, a la puerta del Real.

La desesperación apoderose de "el Rentista", que lloró la pérdida con tanta o más amargura que si hubiese extraviado una cartera con dinero.

—¡La joya de la casa se ha ido pa no volver—decía—; y tantos como viven y no producen!... ¡Qué ciego es Dios!...

La desgracia trajo de cabeza al *desconsolado* padre, y del Juzgado al Depósito y del Depósito al Juzgado, estuvo tres larguísimos días, durantes los cuales tuvo que oír de jueces, escribanos y celadores, conceptos molestos y calificativos tan hirientes como apropiados; pero no fue eso sólo, hubo más y más grande cosa.

A la salida de la casa de Canónigos, sitio donde un rasguear de pluma, semejante en todo al zumbido de un moscardón, puede ser hasta una pena de muerte, encontrose "el Rentista" con don Paco "el Moro", que subido en el pescante de un coche pregonaba las excelencias de la hierba de los "pordioseros", como curadora de la tiña; la del "soldado" que corta la calentura aún cuando esta sea cuartana; la que dicen de la "doncella", buena para el hígado.

Entusiasmado proclamaba el hombre aquel la bondad de los vegetales sobre todos los demás productos del globo y mostraba una

ramita de arbusto que era la hierba "tora" insustituible en los cólicos, cuando Pepe, violentamente, agresivamente, gritó:

—¡Eso es mentira! ¡Usté es un farsante!

El concurso miró con rabia al díscolo que venía, no solo a quitar una fe, sino un entretenimiento, y quiso arrojarle del grupo.

Negose "el Rentista" a marchar, y no se sabe si por ofensas pasadas o si en virtud de la propiedad de la inercia, ya que tos jueces fueron dique de su palabra arrolladora, y también de los escribanos, que no le permitieron decir más de lo que escribían, es lo cierto que el padre de los cuatro hijos, vivos aún, puso a don Paco a la altura de los poceros.

—¡Es un envenenador—gritaba—lo que vende es malvas y paja de trigo y lo que dice, camelos y mentiras...! ¡Es un enemigo del pueblo! ¡Hace política de diarrea! ¡Hay que matarle!

Una pareja de guardias intervino; pidió el comerciante callejero que detuviesen al escandalizador bajo su responsabilidad, y ¡allí fue Troya! Pepe, que seguía despotricando como si se le hubiese soltado la cuerda, hizo frente a los del uniforme; se pegó con ellos; a uno, atacole con tal brío, que al suelo fué, y al otro, le quiso morder en una mano que sostenía un sable.

La presencia de dos artilleros y un municipal puso fin a la trapatiesta, y amarrado, con un ojo negro, la nariz morada y la chaqueta rota, fue hasta la "comi", donde le sentaron las costuras.

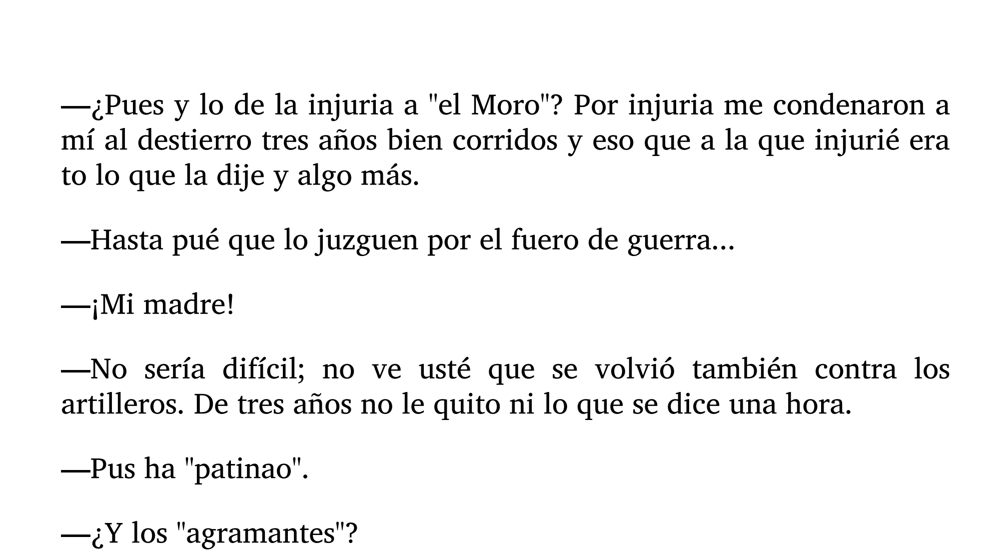
La noticia no tardó en ser pasto de la gente de la Alhóndiga y el Portillo, que la comentaron de muy diverso modo.

Unos, los vecinos como "el Apóstol" y "doña Inclusa", lo sintieron por aquello de pertenecer a la misma comunidad.

—¡Encima de la quiebra del hijo!—decía con gesto triste la vieja.

—Y lo malo es que como no tié simpatías.... cuando llamen gente a declarar, lo tumban.

—Peor es lo otro, lo del desacato...



—¿Pues y lo de la injuria a "el Moro"? Por injuria me condenaron a mí al destierro tres años bien corridos y eso que a la que injurié era to lo que la dije y algo más.

—Hasta pué que lo juzguen por el fuero de guerra...

—¡Mi madre!

—No sería difícil; no ve usté que se volvió también contra los artilleros. De tres años no le quito ni lo que se dice una hora.

—Pus ha "patinao".

—¿Y los "agramantes"?

—¿Y lo de "sin oficio".

—¿Pues y las costas?

En las tiendas de "el Cartero" era otro el cantar.

—¡Si no podía ser de otro modo!—dijo el amo—. La vagancia da ese resultao...

—Lo menos que se "jama", por impulso, son seis añazos.

—Eso sin contar con que don Paco pué pedirle indeznización por descrédito en su negocio y condena por la calurnia levantá.

El ex civil aseguró que de querer, podían los del orden hasta "regalarle" los doce años y un día.

—Con decir—continuó sañudo—que quiso asesinarles y con quedarse cualquiera de los de la pareja treinta días en cama diciendo que ni mover un deo puede, arreglao pa Santoña que es pueblo fresco.

La familia, desconocedora de la gravedad del suceso, puso cara triste ante los vecinos y corazón alegre dentro de casa.

—¿Cómo cuánto me lo tendrán encerrao?—interrogaba en voz alta la esposa.

—Por poco que sea ya será un par de meses—contestole la hija.

—Entonces—dijo la madre—podremos ahorrar y comprarnos ropa; más de una peseta se gastaba en vino.

—¿Y de tabaco?

—Eso no lo cuento, tendremos que llevárselo...

Los pequeños no expresaban con palabras su satisfacción, pero libres de amenazas y de golpes, corrieron por los campos en busca de grillos, de espigas, de amapolas...

Desde el primer momento, Lucio se puso a disposición de la familia; quiso averiguar y averiguó al fin, que lo que la gente tasó como gravísimo no llegaría ni a regular, pues los guardias, uno conocido antiguo del golpeado, aun cuando en la refriega no le conociese, declararon que si bien había opuesto resistencia no les había "desacatao" ni cosa análoga.

—Entonces—interrogó Antonia—, ¿le soltarán de seguida?

—Pa mí que lo más, lo más, una quincena o dos...

Triste miró la moza a su madre, y sin poder contenerse, exclamó:

—¡Pues, si es así, m’ha chafao el "veraneo"!...

Del entierro del niño, que ya iba a ser llevado en el furgón de caridad, encargose "el Chepa"; un su amigo, mozo de funeraria, cargó con la cajita y arregló lo de la sepultura, y así tuvo el explotado infante, en vez de la fosa común, unos palmos de tierra que, durante cinco años serían de su propiedad.

Aquel gallardo gesto del contrahecho limpiabotas, fue para Antonia una prueba más de cariño que hizo olvidar, durante algunos ratos, lo deforme de su figura.

Pasaron días, y Pepe, en prisión, tuvo tiempo de reflexionar y arrepentirse de lo hecho en un "pronto".

—Hay que ser hipócrita—se dijo—, si lo que hice lo hago

empujando a otros, no me pasa ná... Es cosa de ir pensando en eso...

Y recordó a varios políticos de su "cuerda" que, tras mitinear, empujar y convencer a la gente, que loca iba a estrellarse contra los guardias, desaparecían como por encanto sin que fuesen a la cárcel, ni a la Casa de Socorro tan siquiera. Eso haría él, actuar de "cabestro"—así se dice en el "argot" de la politiquería—, dejando en la arena al inocente y bravo torete para que lo picasen policías, lo banderillearan escribanos y lo mecharan a pinchazos, carceleros y celadores.

En tanto, su gente vivía bien y a gusto; hasta por influencia de Anita "la Cómica", que se dedicaba por las tardes a cantar cuplés con uno que se fingía ciego y tocaba la bandurria, y otro que lo era de verdad y sacaba lamentos a un viejo violín, les abrió crédito Tomás.

No conocía Rita a la pequeña Antonia, y cuando la vio tan modosa y guapa, lamentose de que tuviera que taconear por las calles, vendiendo décimos y papeles, siendo su tipo digno de más alto empleo.

—¿Sabes de letra?—preguntola un atardecer que acudió en busca de género a la tienda de comestibles.

—Ya lo creo; lo que pasa es que como hay que vivir como vivimos, una no lo usa y anda torpona...

—¿Y de números, sabes también?

—Sí, señora; en el colegio de las hermanitas era la primera de clase, y ya iban a ponerme a bordar cuando me sacó mi padre y me puso a *eso.*

—¿Y te gusta *eso?*

—¡No!—repuso—. Una es decente, y como cá vez hay más tíos...; pero ¿qué voy a hacer? Me mandan, obedezco y saco, aunque la mitá que otras, bastante pa ayudar a los gastos de casa...

—Y no te gustaría otro oficio; otra ocupación más limpia, vamos, menos arrastrá que la que haces...

—¡Ya lo creo que sí!

A la faz de la moza asomose un contento que puso rosas en su cara.

—¡Cuántas veces lo he pensao!—dijo parlera—. Ser modista, o bordar, o, mejor aún, como esas que detrás de un mostrador venden...

—O doncellita de casa grande...

Negó con un vigoroso movimiento de cabeza la joven.

Bueno trabajar; bueno también afanarse y vivir aperreada todo el día; pero quedar sujeta, como si esclava fuese, a un amo, de ningún modo.

La libertad un poco salvaje de la hembra nacida en Madrid, del que dijo un joven pensador—Antonio Espina—: "que es una capital europea *cesante,* que perdió su empleo por no mancharse las manos de aceite", sacudió su fuero y mostrose irreductible.

—Criada, no...; con amo, no...

—Igual lo hay en un oficio.

—Sí, es verdad; pero del oficio se sale y la noche es de una, y si no quiere o no puede trabajar, no trabaja, que pa eso no cobra; pero estarse a los caprichos de quien paga y obedecer al ¡descálzame! o al ¡desnúdame! o al ¡espérame que vuelva del teatro!, ¡quiá! Las hijas de Madrí no servimos pa eso; no sé la razón, pero me gusta mandar en mi persona, ¿usté me ha entendido?

Gustaba a Rita el empaque, agudeza y gracia de la muchachita, y así se lo dijo a Tomás, con quién luchaba hacía días, y, al fin, convenció para emprender un negocio: compra-venta a base del Monte de Piedad, y como uno solo no podía atender a todo, bueno era el ir pensando de quién servirse como ayudante.

Algunos reparos puso el hombre a los planes de la mujer, entre otros, el ser Antonia hija del sinvergüenza de Pepe, pero "la Condená" los desvirtuó a bien poca costa.

—Nada tié que ver lo uno con lo otro—dijo—; pero aunque lo tuviera, ¿qué? El padre no sale de chirona tan pronto como se piensa, y si sale y no conviene la chica, bien por ella misma, bien por el que la manda, quiere decirse que liquidamos...

Cuando a la tarde siguiente, y en presencia de la madre hizo la proposición, aceptada fue con alegría; quien no la tuvo fue Pepe al saberlo el día de comunicación.

—Lo que esa pretende es explotarte—dijo.

—No, padre; no quiere eso...

—Pues yo digo que sí, y que no se acepta, ¡ea!

—Mire usté—argumentó de nuevo la moza—que yo no quiero seguir en la calle...

—¡Qué remedio tienes sino seguir!

—Mire usté que me vestirá; que comeré de lo que ellos coman y que, además, la soldada es de cinco duros...

No era negocio aquel negocio; vendiendo en la calle de Sevilla se sacaba más; bien que ni vestía ni comía lo que era de razón, dados sus años y tipo, pero ¿y qué le importaba a él eso? Lo importante eran las dos pesetas, las tres, los catorce reales de diario que le daban, ante los vagos de su círculo, fama de buen organizador de familias.

Por mucho que le razonó Tonica, no pudo convencerle; iba, irritada ya, a replicarle con un "haré lo que me dé la gana", cuando la pobre madre, guiñándole un ojo, dijo:

—¡Bien; bueno; basta... no se aceptará; haremos lo que dices!

A la salida, ya en la calle, continuó la sufrida mujer con dulce ceño:

—Le he dicho eso pa que callara, pero desde mañana mismito vas con ella.

—Pero... ¿y cuando salga?...

—Cuando salga ya veré de convencerle, y si no se convence ya lo arreglaremos a su gusto. ¡Un minuto de vida es vida, y como ahora nos deja vivir!...

Aquella misma noche, al volver de la Puerta del Sol, comunicaron a Lucio la buena nueva, y Lucio se puso muy triste, pero nada dijo.

Su disconformidad no tuvo palabras, solo gesto tuvo; la disconformidad de "el Chepa" era muy distinta de la del padre; aquel solo ambicionaba dinero, este tranquilidad y bondades.

Rita, convencida de haber hecho una buena obra, sonrió.

Aquella noche escribía a "la Estranguladora", que desde Bilbao la daba cuenta de su negocio, diciendo de su amor por Paco, de su táctica con Tomás y también de la llegada en su ayuda de la linda y prudente Tonica.

6. EN EL MONTE DE PIEDAD

Cuando "el Rentista" creía más cercana la hora de su libertad, el auto de procesamiento vino a echar por tierra sus esperanzas; uno de los guardias, el que rodó sobre los adoquines, quejose de un dolorcillo en la cabeza, de fuertes mareos después, y en cama estaba con algo que amenazó ser grave; esto, la declaración de don Paco y la de los artilleros que hubieron de terciar en la lucha, puso al padre de Antonia en situación de aceptar los oficios de un abogadete recién salido del cascarón universitario, y los de un procurador tan redicho como brutote.

La angustia del preso, temeroso de la muerte del uniformado, fue grande; ya no era, como al entrar en la Modelo, el rebelde y altanero hombre de acción; sus terrores le quitaron el sueño.

Una mañana que el letrado joven fue a verle para urdir la mentira, que casi siempre engaña a los jurados y se asienta en aquello de "no querer causar un mal tan grave", preguntó por el estado del herido.

—¡Mal está!—respondió el pollo con título—. Según el forense, hay probabilidades de que liquide...!

De hielo quedose el delincuente.

Aquella noche, como nadie le oyera, dijo, contrito y temblón, retazos de oraciones olvidadas allá, en su memoria, como olvidados quedan en los desvanes, llenos de polvo, los restos de juguetes muy amados.

La angustia duró más de un mes, pero felizmente el lesionado comenzaba a mejorar, y aunque la condena sería grande por acumular al homicidio frustado el desacato a la autoridad en funciones, comparando sentencia con sentencia, la probable era insignificante con la que de haber muerto se le venía encima.

—Yo creo—dijo don Paco que, ante las súplicas de Antonia y los lamentos de su mujer, retiró la querella presentada—que así y todo, y yendo a gusto la cosa, para un par de años si tié hospedaje

pagao...

Carlitos "Marx", que no estaba de acuerdo con la apreciación, terció en el diálogo:

—Si es caso—dijo—tié pa un año, y como al verse el juicio, casi estará cumplido, pues a la calle.

—Lo del desacato le perjudica grandemente.

—Que no; que hasta pué ser atenuante... ¡No saben ustés lo que se alegra uno, aunque sea jurao, de que casquen a los "guindillas"!

—Eso, si; pero ¿y la resistencia que hizo?

—Con dos párrafos diciendo que la ofuscación ciega, los nervios son como potrillos salvajes, y aquello otro de poner a cada uno del jurao en igual caso y en el banquillo, arreglaos del tó.

—¡Ojalá sea así!—clamó la esposa de Pepe.

—Será, ¿que duda cabe? El jurao, en el noventa de los casos, se pone en contra de los jueces por aquello del odio del de abajo al de arriba.

—Eso es verdá.

—Poco gustito que siente uno al decir: yo sin birrete y sin toga, soy más que tú porque te chafo lo malo que piensas y hago de tu código, no un grillete, sino una pajarita pa los chicos...

Con la esperanza que el revolucionario y zumbón relojero dioles, quedaron convencidas las mujeres de que al año, lo más, saldría el apresado.

Y la vida siguió casi igual; la madre y Emilín, que era el segundo, dedicáronse mañana y noche a la venta de papeles; Isidro y Obdulia, fueron, con ayuda de Rita, a las escuelas Pías, donde les enseñaban y daban el cocido, y Antonia, vestida y calzada pulcramente, con la amiga del tendero, a la que ayudaba en la operación de compra, reparto de lo vendido y cobro de algunas parroquianas.

Aquel vivir deslumbró a la muchacha, ¡qué de sortijas y de pulseras y de pendientes!; ¡qué de ropa blanca y de color y de mantones de seda, y de invierno, y hasta uno bordado, que fue a poder de una tiple del Reina Victoria.

Si mucho admiró Tonica las cosas de lujo y precio, no tuvo menos admiración para la existencia de los comediantes—alegres y cantarines por los pasillos de los escenarios—, vestidos de sedas y oros.

Aquella era vida y no la existencia de los suyos, metidos como puercos en una choza miserable; hasta, sin darse cuenta, se comparó la joven con las cómicas más festejadas y viose más gentil, más joven y saludable que ellas; en los pasillos, cuando con pañolones de ropa iba siguiendo a su ama, oyó de los comediantes piropos nunca oídos, pero la alusión duró poco; globo de lindos colores que de pronto se incendia y al suelo cae, así cayeron al suelo las ofuscaciones de los oros y de las sedas.

Aquella gente fingía; aquella gente, como toda la gente del mundo, lloraba; una noche vio cómo una corista disfrazada de soldadito, perdió el sentido, según oyó, "por debilidad y comer poco"; otra, a un cómico, con traje de caballero, pegar a una cómica, a quien antes puso como un trapo, y vio, también, la angustia de los fingidores cuando "la Condená" y otras fiadoras llegaban, reclamando a gritos y en ocasiones, con sangrientas amenazas, sus pesetas.

A una tiple cómica, alegre como un cascabel, la vio llorar suplicadora y angustiada, angustia y súplica que se tornaron en risa cuando vino a su alcance un señor viejo, según cuchicheos, su querido.

¿Qué más daba aquella gente que vendía fingimiento que la otra que, en la plaza, los lavaderos o los talleres, iba pasando la existencia aguantando a dueños, jefes o compradores?

Dueños tenían también los cómicos, y el más tirano de todos, el público, para el que tenían que mostrar lo contrario de su sentir.

De aquellas escenas, del contraste de aquel mundo tan

deslumbrador, con su oscuro mundo, sacó Tonica varias consecuencias: la de que ella era mucho más feliz, ya que no tenía que engañar; la de que si sedas tenían, buenos aprietos y concesiones tenían que hacer; la de que su pureza, su ingénita pureza, se asqueaba mirando al viejo que paga, al cómico que pega y a la comedianta que a veces, con grandes dolores y preocupaciones grandes, ha de ganarse el jornalito entreteniendo a ociosos que solo como carne la tasan.

—Ca vez estoy más contenta de ser como soy—dijo a Lucio que la salía al paso muchas veces.

—Y yo de que lo estés...—contestaba él.

—Diferencia de mi conciencia a esas conciencias que veo a diario... ¡chico!...

Quedábase un momento pensativa y luego, con casta ingenuidad, preguntaba:

—Pero... ¿cómo podrán fingir a toas las horas..?

Mucho le impresionó aquella existencia de disfraces, pelucas y coloretes; pero la primera vez que fue con Rita a la sala de Ventas del Monte de Piedad, la impresión fue de otra clase, eso sí, pero grande también.

El contraste era completo.

En el teatro: risas, decoraciones, cantares, luz; allí, en aquella sala grande, llena de bancos, alumbrada por un sol que al pasar la alta lucera parecía gris, pero no un gris brillante de platino, sino el gris de los atardeceres lluviosos, un gris de sayal, de ceniza.

De no verse junto a fiadoras que esperaban, como los cuervos en el aire, la carroña que devorar, hubiérase creído en la iglesia.

Tras el mostrador, con un púlpito al que se encaramaba el hombre de las pujas, otro mostrador más pequeño soportaba un crucifijo de talla, y junto a él, sentado, altanero y de mirar duro, el cura que dirigía la subasta.

Antonia, extrañada de aquel ambiente tan raro como absurdo, creyó que el sacerdote estaba allí para recomendar caridad y amor a quienes, por sus negocios ni lo uno ni lo otro suelen tener, pero al advertir que el ensotanado no era ni más ni menos que el director de orquesta de sus bajos instintos, sintió gran pesar, una amargura...

La operación era rápida, fría, tajante.

El "voceador" tomaba un objeto y lo mostraba al público.

En manada iban hasta él los prestamistas, prenderas y fiadoras que, a pesar de haberlo examinado durante los tres días que se exponen, buscaban la seguridad de no haberse engañado.

Vista la cosa, todos tornaban a sus asientos, el "voceador" tendía en la barandilla de su púlpito la prenda, o mostraba con su mano la joya, según fuese pujas de ropas o de alhajas, y gritaba así:

—¡Número tanto; mantón de seda, bordado, con seis chinos de marfil y flecos de doble torzal, tasado en mil quinientas pesetas...!

Tras el anuncio se hacía un corto silencio; mirábanse los negociantes con ojos de codicia y rabia, y una voz de mujer temblona de emoción decía:

—¡Cien pesetas!

Y el hombre anunciaba:

—¡Dan cien pesetas más de la tasa!

—¡Cincuenta!—gritaba otra voz.

—¡Cincuenta!—se oía decir por otra parte, y más gritos y más cantidades!...

La lucha se hacía violentísima; brillaban los ojos; movíanse los cuerpos impacientes; las bocas, sin cesar de gritar, se iban secando, y el hombre que desde el púlpito mostraba el mantón, frío, impasible, casi indiferente, pregonaba en tono seco:

—¡Dan cuatrocientas cincuenta más de la tasa! ¿No hay quién dé

más?

El cansancio de unos y de otros se advertía patente.

Un zafio mercachifle ensortijado y enfatuado decía, calmoso:

—¡Hasta las dos mil!

—¡Dan por el mantón dos mil pesetas! ¿Hay quién dé más?

El silencio era hermético, ni respirar se oía, más que congreso de vivos, era aquello conjunto de muertos.

Más silencio; más pausa en el silencio, y de pronto, un alegre chillido de metal. El cura, juez supremo del acto, había dado un timbrazo que significaba el final de la subasta de la prenda.

El "voceador", entregándola a otro hombre, que la condujo hasta la caja, dijo en igual tono de voz, con indiferencia glacial:

—¡Vendido en quinientas pesetas más de la tasa...!

Luego tomaba otra prenda, luego otra y otra, y el ejército de prestamistas, fiadoras y prenderas, luchaba a golpe de dinero en la conquista de lo que luego venderían a triple de su coste.

No sabía Antonia por qué, pero el Monte de Piedad, institución benéfica, según dicen, le repugnaba, le hacía una impresión muy semejante a la de esas clínicas de pobres donde los médicos son duros de manos y prietos de boca.

Todo era en el Monte serio, excesivamente serio: el tono de sus mamparas, el uniforme de los criados, el gesto de los tasadores y oficinistas, señores de humos aristocráticos, ya que no torquemadescos, y que no pasando de la categoría de dependientes, pues pendientes viven de otros, gracias a los que sus dientes pueden mascar, y...

No seguimos desmoronando la palabra porque, piadosos, hallamos disculpa hasta para quién se olvida de las miserias de sus semejantes.

—Yo me creo—dijo un día la moza, a la que siendo ama, la tuvo como compañera—que todo esto de piedá es mentira, que cosa que trae uno a esta casa la pierde...

—Eso no; se puede sacar...

—Ya sé; pero se me ocurre pensar que aquí miran a uno cuando viene como si le insultaran, sin pena de corazón ni sentir ninguno... Parece que son como sepultureros en el camposanto.... que ni la muerte les importa...

Razones tenía la joven para hablar así; que una vez llorando vio como una pobre mujer empeñó su anillo de boda, y otra, el ajuar de su matrimonio, y el traje nuevo, y los pendientes de su hija...; pero el más grande de los dolores lo tuvo una mañana en la sala de ventas, donde un cristo de talla y un cura serio regían el negocio.

La escena fue muda.

Una joven, con los ojos encuadrados en profundas y moradas ojeras, de labios pálidos y traje bien cortado, aunque desastradísimo, seguía con angustia las peripecias de la subasta; de pronto, el "voceador", desatando un pañuelo, dijo:

—¡Seis camisas de mujer, dos enaguas, tres calzoncillos de hombre, ocho jubones de niño, seis tohallas, una capita de cristianar de seda y dos sábanas de algodón, todo usado, sesenta y cinco pesetas...!

Mucho lloró la joven del traje raído, pero al escuchar lo de "una capita de cristianar", mordió su pañuelo con fuerza, logrando así contener su duelo.

Solo dos mujeres, fiadoras de muy bajo trato, levantáronse a ver lo anunciado, pero con un gesto de desdén volviéronse a su sitio.

El hombre repitió:

—¡Sesenta y cinco pesetas es la tasa! ¿Quién puja...?

Nadie pujó; dijo otra vez el hombre la sacramental pregunta e igual silencio; por vez tercera sonaron las palabras...

—¿Quién puja?

Y como no tuvieran eco, anudó el pañuelo contenedor de la pobre ropa a tiempo que el timbre sonaba.

Entre el guirigay de las conversaciones, oyose decir al del púlpito;

—¡Retirado por no haber comprador!

Y la joven de los labios pálidos y los ojos tristes salió, ahogándose en sollozos, en busca de la calle.

Una, al verla, dijo indiferente:

—Eso es que venía a por lo que pasara de la tasa, pero ha perdió el viaje...

Cuando de noche contó a su madre la escena vista, dijo con firmeza:

—¡Yo no sirvo pa eso...! ¡Me parece que no me haré vieja en el oficio!

—De to tié que haber en la viña del Señor.

—Sí, y de todo hay, pero a mí los laceros y los guardas y los inspectores del tranvía me son tan odiosos como los escarabajos, las ratas y esas cosas negras y blandas que llaman lombrices.

En la amenaza de "dejar el oficio", vio la madre una catástrofe, y así la instó a tener paciencia y a amoldarse a las circunstancias, ya que ¿adónde podía ir que más valiera?

Nada repuso Antonia al decir materno, y callando, acudía uno y otro día, bien sola, bien acompañando a Rita a los teatros, a las plazas, a las miserables viviendas de las parroquianas pobres.

Adonde no la mandó nunca, lugares de un lucido negocio fue a los prostíbulos, ni aun a aquellas casas donde vivía "la del fulano", que unas veces era juez, otras bolsista, y no pocas, canónigo o senador.

—No quiero que trates a esa gente—la dijo—, dan a ganar más que otras, porque, claro, las cuesta tan poco sacarlo...

Con extrañeza la miró la jovenzuela.

—Sí, hija, sí; ver el lujo que tienen, y las cosas que lucen por no hacer casi ná, parece así como si invitasen a seguir por donde... ellas.

—¡Qué asco!—limitose a decir Tonica.

—¡Y que lo digas!—contestó la mujer.

Agradeció muy de veras aquella delicadeza de "la Condená", pero cuando supo que la mayor parte de las veces que de su lado se iba no era para cosas del negocio, sino para avistarse con su querido, torció el gesto.

—¡Nos ha amolao esa! ¿De modo que, sin saberlo, soy su "carabina". Y el otro, en cuanto se entere, quizá que piense en mi complicidá... ¡Claro que será así...; es lo lógico...! Pues no, eso no...; soy yo muy niña pa que me carguen con bultos de esa clase, y muy chula pa llevar gorro...

Después de aquello decidió, sin contar con su madre, dejar el destino.

—¿Y si lo que me dijo "la Roja" no es verdá...?

"La Roja era una prestamista de la calle del Almendro, "visita" constante de la sala de ventas.

En la duda, aplicose a observar con cuidado.

De sus observaciones hizo cómplice a Lucio, quien deseando hallar un motivo que sirviese para separarla de aquella mujer, no descansó en sus pesquisas.

A las pocas noches, en voz baja y unos pasos delante de su familia, la dijo:

—Lo del pecao de la tendera es fetén. Esta mañana los he visto.

—¿A qué hora?—preguntó ella con recelo.

—Serían, cuando entraron al café, las once o cosa así... y cuando salieron, cerca de la una...

Calculó Antonia y vio tras calcular, que aquellas dos horas, una de las cuales se la "tiró" esperándola en la trasera del café de San Isidro, que unos dicen la "vicaria", otros "el apartadero", y no pocos, "la antesala", coincidían con los informes de "el Chepa"; pero sabedora de que el interés de él era apartarla de aquel negocio, aún preguntó para convencerse:

—Y cómo iba de ropa... ¿Te fijaste?

—¿Cuál de los dos?

—Mi ama.

—Llevaba...; espera que me acuerde; llevaba un traje, me parece que azul, un mantón alfombrao, y creo, si no vi mal, que un bolso grande de plata...

No había duda, lo del bolso la díó seguridades, pues el bolso fue prenda de un préstamo hecho el día anterior.

Decididamente, aquello no era de su gusto.

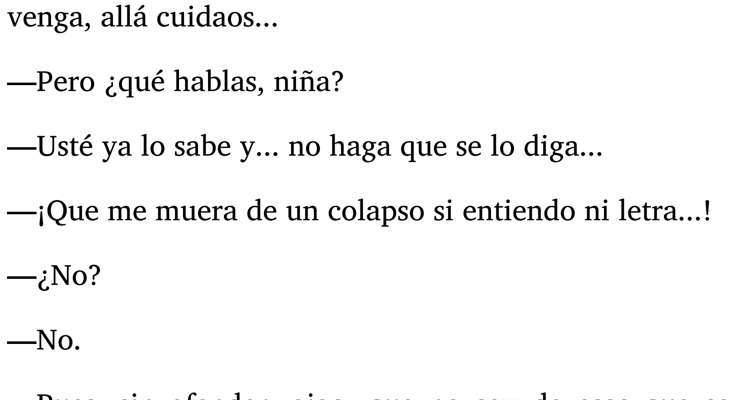
—¿Qué s’habrá figurao esa... buena mujer? ¡Una que quié ser honrá por tó y sobre tó y que la traigan de "tabique"...!, ¡que no; que pa eso voy antes a fregar escaleras! ¡Vaya papelito de lucimiento, ni el de Doña Brígida la del Tenorio...!

Pensando en lo que había de decirle a la mañana siguiente, cuando la encontrase, estuvo buena parte de la noche; por eso, cuando salidas del Portillo caminaban calle de Embajadores arriba, habló con respeto, pero con firmeza:

—Mire usté, señá Rita; yo y mi gente somos lo que se dice de agradecidos más que un perro de casa grande, pero de ahí a ganarnos los curruscos de mala manera, va un mundo.

No entendió Rita el preámbulo, y Antonia continuó firme:

—El que usté haga de su capa un sayo o saya, o lo que mejor le



venga, allá cuidaos...

—Pero ¿qué hablas, niña?

—Usté ya lo sabe y... no haga que se lo diga...

—¡Que me muera de un colapso si entiendo ni letra...!

—¿No?

—No.

—Pues, sin ofender, oiga, que no soy de esas que se muerden la "muí" y van por detrás y clavan las uñas a los descuidaos... Yo que creo que si besara al señor Tomás, con el que usté vive, tendría que tomarme una botella de Loeches y darme en los labios con asperón, creo también que engañarle...

Pálida, un poco por la ira, y más que un poco por la sorpresa, quedó la mujer.

—Pero... ¿qué dices...?

—Digo, y no lo tome a mal, que si pa el quite me tomó usté, no hizo bien, del tó; pa eso, señora, se busca una viejales complaciente que las hay, y muy baratas, por cierto... Necesidá tenemos, y mucha; desde que, gracias a usté, como bien, y mis hermanos tienen el refugio de la escuela, no vamos mal; ha sido su obra lo que se dice una santa obra, pero... ¡por Dios! ¿cómo s'ha pensao usté, ni por un momento, en que yo iba a servirla de biombo chino...?

—¡Habla bajo!—pidió Rita, mientras miraba con recelo a los que caminaban cerca de las dos.

—El que quiera usté a un buen mozo, me parece de perlas, y el que la repugne el viejales ¿a qué decirlo? Bien sabe usté, por haber oído mi parecer, que ni engarzao en brillantes, ni con más billetes de a mil que gramos pesa, le querría, ni pa lo que es menos que pecar, pa en sueños tenerle a mi vera...

—¿Entonces...?

—¡Si eso que hace usté me parece natural; si lo creo hasta justo, ya que usté no peina canas, pero yo, con franqueza, no puedo servirla pa esa comisión...

—Oye, niña...—la voz de Rita fue dulce y suave—. ¿A ti qué te va con eso? ¿Te llevo yo por mala parte? ¿Te coloco en candelero por un por si acaso...?

—¡Eso faltaba!

—Pues si no pasa eso, y lo que pasa no te importa, ¿a qué me dices lo de dejarme? ¿No piensas que él, el otro se me escamará, y...?

—¿Y si se entera y sabe que mientras yo trabajo, usté... peca?

—No se enterará...

—¿Y si se entera?

—Siempre tendrías en mí una defensora...

Titubeó la muchacha.

—Mira—dijo la mayor, ganando terreno—, entre mujeres debe decirse todo... Yo no puedo ni ver a Tomás como hombre, pero como protector debo besar por donde pisa; gracias a él tengo un vivir honrao; con su dinero tengo un negocio, pero...

—Pero ¿qué?

—Al otro le quiero, le adoro, ¿sabes?, y por el otro hago lo que hago; con este soy una falsa, y con el otro, soy dichosísima; sé que peco, pero no tengo otro remedio que pecar...

La cara de asombro que puso "el Apóstol" al oír las teorías del don Paco "el Moro", puso también Tonica al escuchar aquello.

—¿Ha dicho usté que no tiene otro remedio que pecar, y...?

—Más aún, tengo necesidá de pecar.... escucha.

Iban ya por la plaza de Salmerón, Rita delante, Antonia detrás;

coláronse en el café de Embajadores, frente a frente y servidas por un camarero que, prudente, hizo mutis, siguió hablando la amada de "el Cartero":

—El que me dejes o no me dejes, como he dicho, puede ser para ti malo y para mí peor; piénsalo bien, ya sé que eres buena, que eres honrá; que teniendo hambre has despreciao a todos los que te han ofrecido, no solo pan sino billetes...

—Es verdá, pero no me vanaglorio de ello...

—¡Pues bien que podías vanagloriarte!

—No... ¿qué virtú tiene el no fumar si el que no fuma lo hace porque le repugna el tabaco? Yo soy así, me repugnan los hombres...

—¿Y Lucio, también?

—He dicho los hombres, no el hombre...

—¡Ah...!

Después de aquello que la hizo ver toda la firmeza, bondad y talento de la moza, dijo Rita:

—Eso que dices y eso que piensas me parece bien y te aplaudo, yo soy como tú, yo odio a los hombres... No te sonrías; como tú, he dicho los hombres; Paco es solo uno.

—Pero el señor Tomás...

—A eso iba, y de paso a lo de antes, a la necesidá de pecar, que te hizo poner cara de susto... Yo no quiero al viejo, yo a quien quiero es al joven, y como para poder vivir, a lo menos una temporada, mientras ahorro, el viejo me es de necesidá, mira porque, pecando con él y pecando contra él, preciso fingir.

—¿Es que el joven no trabaja?

—No encuentra trabajo—mintió seria la fiadora.

Una bandada de gente entró al café dando voces y lanzando risas. Era una boda de barrio.

—¡Vivan los novios!—gritaron dos muchachas con flores en el pelo.

El coro contestó, y en la calle una murga, tocando algo que quería ser un pasodoble, hizo dúo a la gritería de los convidados.

—¡Mi madre!—dijo Antonia mirando a la recién bendecida—. ¡Qué joven es la novia y qué viejo él…!

—¡Digo; la biblia, con botas de charol…!

—A ella la conozco.

—Y él, ¿no es el aguardentero de la Cava Baja?

—Sí, el mismo... ¡Pobre novia!

—Eso no, ¿pa qué s'ha casao?

Con reconvención dolorosa la miró Rita.

—¡Son tres hermanos pequeños, la madre vieja, y tienen... el cielo por abrigo! ¿Qué dices a eso?

—¡Pobres!

—La necesidá de que hablábamos antes... ¿No la ves?

Salieron.

Unos guardias, y también unos muchachos corrían tras un harapiento que acababa de apoderarse, en un puesto de verduras, de tres o cuatro patatas.

—¡A ese! A ese!—rugían, más que gritaban, los perseguidores.

Y la gente se paró a ver la caza del hombre por los hombres, y Rita que los miraba, acercose cuanto pudo a la moza, y extendiendo la mano y señalando al perseguido, dijo reconcentradamente, altaneramente:

—¡Otro que peca por necesidá…!

7. UN CAPÍTULO INNECESARIO

En toda obra representable, y quién sabe si esta se representará algún día, hay, si es comedia o drama, personajes que aun siendo insignificantes, son necesarios, y un coro de "caballeros" y "señoritas", inclusero completamente, si se trata de una zarzuela al uso.

Pues bien, en este drama, que para no serlo se viste de sainete, sienten y piensan, hacen comentarios, y en ocasiones, sirven de base a sucesos, "caballeros" y "señoritas" del coro general que en el *reparto* se olvidó presentarles.

¿Son necesarios o no lo son?

A la pregunta no puedo contestar sin hacerme previamente otras preguntas.

Supongamos, bajo un techo lujoso, una lujosa mesa; brillan los cristales y la plata de modo cegador, los manjares son exquisitos y caros: faisanes, langostas, trufas...; los vinos, no desmerecen de los platos: Borgoña, Jerez, Champaña...; hay, además, loza de Versalles, manteles de Holanda, y adornando, lo que podemos decir "el trono de Heliogábalo", se amustian violetas de Parma, claveles de Sevilla, rosas de té africanas... ¿Son necesarias en tal lugar las flores?

Cruza a nuestro lado uno de esos hombres, buenos a carta cabal, que pierden su fe de bautismo al llamarse "guardias"; el uniforme es severo, dice de mando; un sable, que de continuo azota su pierna, chilla; un revólver, en ataúd de oscuro charol, amenaza, y no obstante, ese hombre camina muy seriote, muy fosco, muy tieso y con ademán terrible.

¿Es, pues, necesario, su empaque para imponer lo que han impuesto?

Por último; una bella mujer luce un bello traje. Para que todo rime con su cuerpo de diosa, calza con primor, luce en sus acaracoladas orejitas costosos y hermosos pendientes, tentadoras sortijas en sus

manos, y sobre su pelo, un sombrero parisién; va elegante, es bellísima y, sin embargo, ha pintado, en su cara seda y nieve, un llamativo y negro lunar, y yo digo:

¿Necesita tal elegancia y gentileza poner lunares donde ni el más exigente los pondría?

Después de haber observado al guardia pulcro, a la bella dama, todo galanura, y huir de la mesa insultadora, tengo, sin haberme podido dar contestación, que volver a lo hondo del Portillo de Embajadores, escenario donde gritan, ríen, juran o claman los personajes de esta "función" que mucho tiene de vivida.

Así, pues, olvida lector que lees este capítulo completamente innecesario, las incitadoras viandas, el hombre serio, la mujer hermosa, y torna de mi mano al círculo de un infierno peor mil veces—porque existe—que el imaginado, por el amador ideal de la hija de Folco Portnari.

La tienda de "el Cartero" huele de modo distinto que la mesa adornada; Rita no es tan bella como la joven de los lunares, y los guardias del bajo barrio son castizos y alternan en las tascas como cualquiera ciudadano que tenga sed.

Sígueme y escucha.

La golfería que camina del Canal y al otro lado del Manzanares vive, así como la que por el paseo de los Ocho Hilos y Acacias se esconde, ha de cruzar por las tiendas de Tomás al subir para sus negocios.

Uno de los primeros en dar que hacer a la dependencia taberneril; compuesta por el chico, al que ya hemos dicho nombran "Lirón" y Felipe, que es el que mide, y de cuando en cuando se oculta en la cocina para enamorar a "la Mondejana", recia y cuarentona hembra, que le da cuanto quiere, lo mismo si es de ella que de lo que para el amo guisa; se llama "Manolón".

"Manolón" es todo un hombre; jamás tuvo amo, siempre fue rey de sí mismo; como al niño muerto de "el Rentista" lo dedicaron a pedir, creció y siguió pidiendo, y ahora que es viejo, pide. A la puerta de

un templo va; ducho en artificios, es ciego, o cojo, o manco. Según le conviene y según quien le escucha, lamenta su desgracia:

—¡Trabajando en las minas de Almadén, un barreno me privó de la luz...! ¿Hay algo más triste que el haber visto y no ver...?

A unos dice que la cojera, cuando se hace el cojo, la "cobró" luchando con los moros, y a otros, que es manco por culpa de un torete que en una capea de Getafe le dejó para la sepultura.

Todos los del barrio le conocen; todos le saludan alegres, pues admiran su ingenio que le permite tener allá, en la hondonada de junto a la calle del Ferrocarril, una choza con gallinas, un puerco y una plaga de conejos, que su mujer, rifadora en el barrio, ofrece a su parroquia en complicidad con la suerte.

Su encuentro con la hembra y aun sus vidas merecen novelarse, pero como hoy no tengo tiempo ni espacio para ello, voy, muy a la ligera, a contar cómo y en qué circunstancias se conocieron.

Prófugo, pues no quiso embarcar para Cuba, escondiose; primero en casas amigas, luego en posadas baratas, y al fin, ya que en la capital se vigilaba mucho: en las cien cuevas que Madrid tiene en sus aledaños.

Durmió sin miedo en las viejas excavaciones del cerro de San Blas, Montaña del Príncipe Pío y altos del Hipódromo, y también en las poco conocidas de los tejares de Sixto y "Frascuelo", pero supo, y luego confirmó temblando, que los civiles eran unos hurones bastante molestos, y así, cierta noche negra y fría, tuvo que escapar de los del tricornio carretera de Vicálvaro adelante.

Aterrado, no tanto por ser detenido como por ser llevado a pelear en una tierra que no era la suya, pisó terrenos del cementerio del Este, llegó a poco hasta los nichos que se construían y pronto tendrían inquilino, y en uno de ellos, muy par de un camarote, se metió; es decir, intentó meterse, y se hubiera metido a no ser porque un lloro, un amago de lloro lo impidió.

¿Qué era aquello? El terror hizo sudar a "Manolón", y sin atreverse a insistir, en la boca del mortuorio "casillero" quedó plantado.

La luna, mostrando la nieve de lápidas y cruces, permitió al hombre mirar el fondo del boquete, y vio, lleno de angustia y pena, a una pobre mujer que apretaba entre sus brazos a un niño.

La mujer, que era joven, dormía y soñaba.

El pequeñuelo, agarrado a un pecho blanco, mal cubierto por una vieja toquilla, miró a "Manolón", que enterneciose hasta casi llorar.

¿Quién era aquella miserable, que careciendo de todo iba a dormir al cementerio? ¿Quién aquella rosada criatura?

Al amanecer lo supo.

No tenía a nadie; uno la engañó, del engaño vino la criatura, y creyendo más santo el deber de la Patria que el de Padre, alistose para luchar contra los filipinos bajo los pliegues de la bandera española.

Lo demás se lo fue relatando camino de las Ventas, en cuyo sitio la hizo beber una taza de café caliente.

Por aquellos días, los norteamericanos, que suavemente y con los trajes de etiqueta en los baúles entraron en Cuba, acabaron la guerra, y ya, sin miedo a ser buscado, llevose "Manolón" al hijo y a la madre a la choza que hoy tiene un puerco, varias gallinas y una plaga de conejos que ella rifa por toda la barriada.

¿Verdad, lector, que hay aquí una novela por hacer?

Seguramente "Manolón" hubiera trabajado, pero ¿para qué, si aún hay gentes tontas que dan, creo que sin que el alma tome parte en la dádiva, perras al por mayor?

La caridad es cada día menos frecuente; la mecánica, que está adelantadísima, la ha reemplazado.

Pero deja que deje filosofías vulgares para presentarte a otras gentes; son pintorescas, y aun puede que absurdas, pero son vida, palpitante vida que en los bajos fondos crece como los sapos en el agua que el sol va pudriendo.

No en la taberna, sí en la tienda de comestibles, "llevada" por Pablo, un santanderino apacible e indiferente, era conocida y respetada, como en la joyería de Marabini puede serlo la marquesa de La Laguna, Andrea "la Valenciana".

Aquella gorda mujer de carnes tan blancas que permitían ver el galope de su sangre por venas tal que añil, era limpia, comedida y buena pagadora.

No alternó íntimamente con la mugre de la vecindad, sin embargo, sonreía a todos, y en ocasiones, hasta los favoreció.

¡Que había un enfermo grave! Allá iba Andrea dispuesta a todo. ¡Que un cadáver había! Con unción santa ofrecíase como amortajadora. ¡Que un percance de justicia era motivo de duelo! Pues no faltaba su peseta para el tabaco del apresado.

—¡Es una santa!—decía la gente.

Pero no era eso, era una mujer pública; era carne de pecado, carne que está a disposición de quien la tasa.

¿Y cómo siéndolo, todos la respetaban y querían?

Muy sencillo, para el comercio era buena parroquiana; para los vecinos, buena y formal vecina, y para los demás, una mujer que a todos respetó y a todos quiso.

Su pasión eran las criaturas; viéndose rosal estéril, amaba a las rosas, y así como los curas dan estampas a quienes les besan la mano, ella daba caramelos a los niños que la besaban.

Como observarás, amigo que me lees, no te defraudo; dije que este era un capítulo innecesario y cumplo lo que dije; los personajes que ahora tratas nada tienen que ver con la novela, y, sin embargo, merecen conocerse, ¿verdad que sí?

Muchos compañeros de letras me han reñido como se riñe a un pródigo, por mi derroche de asuntos.

—¡Con tu novela... tal, podías haber *construido* un sainete de *dinero*...—me dijo uno que solo piensa en el dinero cuando escribe,

y seguramente por eso no gana dinero.

—¡De la acción que presentas en tu libro... cual, pueden hacerse lo menos tres libros...!—me aseguró otro, que de un átomo de asunto hace quinientas páginas.

Más cosas me han dicho, pero yo sigo tan pródigo; la tacañería me ha repugnado siempre.

Esto me recuerda, y para decirlo no pienso en mí, a cierto hijo de banquero, que yendo de excursión en mi compañía por la Sierra, quedose mirando a un manantial claro como la luz y frío como la nieve, y dijo:

—¡Lástima que se pierda agua tan rica!—y sin fijarse en mi reír añadió—: ¡En Madrid, vendiéndola a cinco el vaso, nos haríamos ricos...!

Claro es que desde aquello, el hijo de su padre, que tiene millones, no ha merecido mi saludo ni yo el suyo, y se explica, como que quise meterle de cabeza en el manantial para que se lo bebiera todo.

Y... vamos a lo que íbamos.

De pasada, cual si fuéramos en el tren contando las casillas de los guardabarreras, o los palos del telégrafo, he hablado de los dependientes de la taberna y tienda de comestibles; pero de quien nada he dicho ha sido de los servidores de la sustanciosa carnicería. Samuel, fracaso taurino, que en venganza de no saber matar toros vivos, los descuartiza y vende "cadáveres"; es, con "Espadaña", largo y seco andaluz que vende la carne de carnero, y como picador fracasó también, las dos cabezas visibles del negocio. "El Riojano", que solo a la matanza del cerdo viene, y Nicanor, que al mercado va y de "garrotero" hace, forman el cuarteto, por decirlo así, del más saneado negocio de Tomás Atienza.

Como detalle que acredita el olfato de Tomás debe apuntarse, aunque no importe, que a los de la taberna no les gusta el vino, los de la tienda detestan las conservas y el queso, y cuanto sea embutido o carne curada tienen la enemiga de Samuel, "Espadaña",

y su gente.

¿Virtud? No. Precauciones. Todo comerciante sabe cómo se fabrica, conserva o prepara lo que vende, y, claro, ni lo prueba...

Los intoxicados no son nunca tenderos; fíjate, lector.

Gregorio, otro personaje del coro general, al que "Gori-gori" decían, es digno, como Manolón y "la Valenciana", de ser conocido. Este personaje no vive de limosnas; este personaje no amasa su pan con pecados; vive del comercio; es vendedor ambulante.

Lo que vende va con sus ideas; es carlista y vocea cangrejos.

Dicen que en la última guerra civil fue corneta.

El recuerdo de sus "señores", por los que dió dinero y sangre, le enternece, y, sin embargo, pone como un trapo sucio a la pobre mujer que se aventura a regatear su mercadería.

De los hombres antiguos adora a Zumalacárregui; no tiene sobre qué caerse muerto, y defiende al partido conservador, y si jura, dice: ¡Moño! ¡Cascajo! Gasta boina; venera a Vázquez Mella, y gusta de la salchicha encarnada.

Los del barrio le toman el pelo sin piedad; solo el cura de las Injurias, de quien es cofrade, le defiende y auxilia.

—¿Qué hay, "Gori-gori"?—le dicen—. ¿Cuándo viene Carlos Chapa?

—¡Respetad a los muertos!—ruega, entre piadoso e irritado, a tiempo que descubre su cabeza.

Un día le dijeron que, con motivo de una intentona carlista que preparaban en Navarra, era necesario su concurso; y con tal fe lo creyó que; para sacar una escopeta que tenía empeñada y un billete hasta Pamplona, de donde era; pidió a Rita veinte duros.

Cogidos que fueron, tomó el tren, y hasta nunca...

En Pamplona ha montado, de creer a quien de Pamplona ha venido, una pequeña timba, con las licencias correspondientes y la ayuda de

un general de los ejércitos de su señor, que presta con mucho interés.

Hay más tipos, muchos más tipos interesantes y pintorescos, tal que "Casiveo", por nombre Casimiro, corredor de garbanzos y de menores; Rodríguez, guardia municipal, que en los ratos francos hace peones para los chicos y huevos de madera para las mujeres que sepan zurcir.

¿Quedan más?

¡Ah, sí! Queda la Matea, manchega de cuidado, que acomoda nodrizas y doncellas, bien en casas grandes, bien en otras casas, que "doña Inclusa" proporciona, a cambio de duros, que son billetes si la pupila es guapa y sirve para la faena.

Con tanto hablar de unos y de otros, se nos olvidaba decir que Anita "la Cómica", aquella flaca moza, que igual sirvió a un pintor de modelo que al señor Tomás en la busca y captura de Rita, está en el cuarto mes de embarazo...

¿Que quién es el autor?

Ni ella misma lo sabe; solo sabe que la noche del duro, tan amablemente la trataron dos desconocidos transeúntes, que teme, a nuestro ver, con razón, que la propina de Tomás no fue la única propina de aquella noche.

Don Paco le ha ofrecido repetidas veces la hierba sabina que provoca el aborto; pero Ana se ha negado a tomarla.

—No, no. ¿Que doy a luz? Bien: dejaré al crío en el torno, y quiere decirse que de ama de cría ganaré duros y carnes...

Los amigos, mirándola, cuchichean y piensan tan distintas cosas...

—¡Si yo tuviera un hijo!—calcula con emoción "la Condenada".

—¡Con un hijo, esto prosperaría!—piensa "el Cartero", mirando sus tiendas.

—¡Qué gloria un hijo!—dice la de Valencia.

Solo Carlitos "Marx" disiente de sus convecinos.

—¡El que hace un hijo—declama como si estuviera en el mitin—hace un crimen!... ¿Hijos? No. Hacer hijos es dar carne al cañón; carne al prostíbulo; carne al presidio y a la fábrica...

Como algunos le refutasen, él, recordando lecturas, arrecia en sus voces.

—Crear familia sin poder alimentarla es cobardía; procrear para, sin pan, conducirla a la miseria, es canallada. ¡El que ama la vida y la libertad no procrea en la esclavitud! Yo tengo recetas para no procrear. ¡Viva la "Huelga de vientres"!...

Las mujeres y los hombres se escandalizaron; pero al siguiente día preguntan los unos y las otras al joven socialista qué hacía falta para plantear aquella huelga, y Carlitos Marx, con una satisfacción comparable a la del pobre Wilson firmando en Versalles, explicó lo que era un irrigador y su funcionamiento, y en un papel pone varias fórmulas...

Aquella semana, el droguero de la calle de Miguel Servet acabó sus existencias de ácidos.

8. UN DÚO QUE PARECE DE AMOR

Medio convencida siguió Antonia a las órdenes de "la Condenada", que, más cariñosa, la regaló una blusilla que en un lote de ropas salió, y dijo la muchacha que era de su gusto; diligente, pues su carácter así lo exigía, fue buena recaudadora, y diestra ya en las *cosas* del Monte, pujó con igual tino que hubiese pujado su ama.

—Al número noventa, una pieza de hilo, le sueltas guita hasta unos cinco duros más de la tasa, y al ciento seis, que es una mantilla de seda, no pases de las quince pesetas.

—Bien—decía la moza, dueña de unos billetes y con autoridad para manejarlos.

—Yo volveré pronto, antes de una hora; voy aquí cerca, a casa de una parroquiana... ¿sabes?

Ya lo creo que lo sabía; sabía que la parroquiana era de otro sexo, que la hora se convertiría en dos, y que, al volver, roja y un poco despeluchada, iba a decir, poco más o menos, lo mismo que otras veces, "que las tías tramposas solo dan disgustos", o "que era cosa de amarrarlas", o, haciendo aspavientos, "que había visto una riña, o un atropello.... o que hacía mucho calor".

Tonica, sin mirarla, encogíase de hombros, dábale cuenta de las operaciones y marchaba a su lado camino de casa, donde Tomás, viendo dinero, o cosa que dinero valiese, sonreía gozoso.

En un mes que disfrutó de la confianza de la fiadora prestamista enterose la joven de lo que se hace en la casa que fundó el Marqués Viudo de Pontejos.

Enterose de los errores a que se presta la tasa de objetos; supo las combinas con las papeletas reempeñadas, y también el final de algunas importantes liquidaciones. Pero lo que más llamó su atención, y no era para menos, fue la martingala de un joyero...

Era operación digna de llamarse "el timo de los aderezos", y que a Antonia le pareció merecer una temporada en presidio.

Se desarrollaba así:

El joyero, artífice de mucha "pupila", construía, a base de oro, restos de diamantes y algún brillantito con jardín, unos aderezos muy bonitos y muy baratos; colocados en sendas y vistosas cajas de peluche, los llevaba al Monte, cosa que a nadie extrañaba, porque son cientos los comerciantes que para pagar una letra han de dejar en empeños su mejor mercancía. Pues bien, el joyero de los aderezos iba a la mesa de tasa, pedía unos cientos de pesetas más del valor; el que había de darlo, pesaba las alhajas que eran *de oro macizo,* se llevaba el artífice las pesetas, y al semestre justo, la subasta.

Antes—esto era lo que puede llamarse el "aripé"—, acudía el hombre a la "vista" que se celebra días antes de que el cura dé el timbrazo, y allí, ante la gente que miraba otras joyas, pedía él las suyas.

—¡Oh!...—exclamaba cuando eran varios los mirones—¡qué ganga! ¡Qué ocasión! ¡Qué preciosidad!

Y como esto lo repetía tres o cuatro veces, y a gente diversa, resultaba que la gente tenía a la fuerza que enterarse.

Con los preliminares dichos, llegaba la hora de la puja, y allí vio Tonica al desaprensivo; a los que, engolosinados, acudían, y entre él, ofreciendo, y una moza, que en el lado opuesto ofrecía también, por su mandato y guiño, subía y subía la tasa.

Cuando una de las víctimas llegaba a la cantidad para él conveniente, enmudecía, y también la complicada, y así, el cándido llevábase el "regalito", que vuelto a empeñar no "daba" ni la quinta parte de lo que por él se había dado.

Hasta que se descubrió que la "pesadez" del oro dependía del metal dorado embutido en una ligera capa de rico metal, el negocio fue floreciente, tanto o más que el de las arras, viejas peluconas en heráldico estuche, que, tras un examen, resultaron pedazos de

plomo con envolturas de oro.

Posiblemente, Caco, que es un pícaro atiborrado de ingenio y gracia, puso camino del Monte a sus mejores discípulos para así reírse del piadoso remoquete.

Eso, y las colas de la Caja de Ahorros, distraían a Antonia, que, sin saberlo, era una agudísima observadora.

En la gente que iba con dinero para guardar, acertó a ver misterio hasta en los menores movimientos, hasta en las más sencillas miradas...

—Fíjese usted—dijo a su ama—y qué cara de malos tienen casi todos...

Con curiosidad, reída, miró "la Condenada".

—Aquella gorda—y señalaba a una mujerona de recio cuerpo—es cocinera, y lo que trae es la sisa; ese—era un hombre flaco y rasurado—, de seguro que guarda a su nombre las perras que limpia al limpiar la ropa de su señor, y el que va detrás roba en una tienda, y la que le sigue, que parece doncella de casa grande, lo que saca de cosas que quita y que empeña a nombre de Fulano Sánchez, o Pérez, o Fernández...

—Según eso—repuso la adúltera de repetición—, todos los que tienen cartilla son ladrones.

—¡Todos no lo diré; pero la mayor parte...! Hoy no se gana, no ya pa ahorrar, ni tampoco pa mercarse lo necesario.

—Así piensas tú que, como madrileña, no tienes la virtud del ahorro.

—Puede ser.

—Claro que lo es. ¿Sabes los paisanos tuyos que tienen cartilla?

—No; pero de seguro que muy pocos.

—Pues yo lo sé porque lo oí la otra mañana, dos o tres por cada

ciento.

—Y aún me parece exagerada la cosa; los de Madrí no somos tacaños, mientras que otros se comen la paja pa guardar aquí el trigo...

Después de aquel diálogo cuidose Rita de no subir al piso primero, que es el reservado a los ahorradores, cuando su ayudante la mirase, pues ocasión es de decir ya, que la amante de Atienza y de Paco tenía su cartilla correspondiente, cosa que ni al uno ni al otro había dicho.

—¡Cualquiera lo cuenta!—pensó—. Aquel se pensaría que era de lo suyo y me lo tomaría pa guardarlo, y el otro, como suyo, lo querría también, pero pa darle suelta...

Nada importaba aquello a la hija de Pepe, y se ocupaba solo de seguir al ama en los cobros, ventas y acarreo de paquetes; pero un día...

—Vete a la calle de la Paloma—la dijo—, sube a casa de la rubia, que ya sabes que se llama Pepa, y que te pague el duro de la semana pasá y el de ésta... también.

Iba ya a marchar en dirección de la popularísima calle, cuando tuvo que oír esta reconvención de Rita:

—¡Que no vengas si no es con los cuartos! ¡No te ablandes! ¡Dila que, si no "suda", iré yo y me cobraré de su pellejo!...

Claro que no pensaba decir nada de lo recomendado, y mucho menos lo de la forma del cobro; pero como la tocaba obedecer, por la calle de Toledo se encaminó en busca de la que dicen de Calatrava.

No había hecho más que entrar en la chulona rúa, cuando Lucio apareció de improviso, como un gnomo brotando de entre los adoquines.

—¡Ay qué susto!—dijo ella al verle, gorra en mano—. ¿De dónde sales, chico?

—¡Del infierno; pero ahora que estoy en la gloria no me cambio ni por...! ¿Y tú, adónde vas?

Contó la moza la razón del paseo y los detalles del encarguito, y él ofreciose a acompañarla.

No tuvo fuerza Antonia para decirle que no, y "el Chepa" entrose en una taberna amiga, dejó la caja de sus betunes y salió aprisa, pero no tan aprisa que pudiera impedir el que un gitano, con tanta cara de ladrón como de sinvergüenza, la dijese:

—¡Comare y qué tacaña que ha sío usté; miá que comprarse sinco de regalí, meresiendo mil duros de crema!

Al ver a Lucio separose el gitano.

—¿Qué te decía ése?—preguntó.

—Na.

—¿Na? No pué ser; ese es un pamplinero, al que llaman "e! Niño azúcar", y de seguro que te hablaba en dulce.

Dijo que no la muchacha; pero acordándose de lo del "regalí", rió alegre.

Después de aquel encuentro, y aun cuando ella no quería mirar, veía, con el rabillo del ojo, pupilas clavadas en su cuerpo y sonrisas en el del pobre muchacho.

Aquello la desconsolaba y... ¿por qué no decirlo?, la producía vergüenza.

En la última batalla de sentimientos notó que; aun amando a Lucio, que todo amor se merecía; pesaba más en su ánimo la opinión de las gentes que su sentir.

De que la amaba estaba cierta, y así como él deseó una catástrofe para mostrar lo intenso y fuerte de su amor, ella sentíase capaz de todos los sacrificios por él, pero... a solas, sin que la gente los mirase.

—¡Quizá haga mal y no le pague todo lo que me quiere!—pensó—. Pero si cayera enfermo, aunque la enfermedá fuese de las que se pegan, le cuidaba. ¡Qué duda cabe de que le curaría!

Pensó bien: ese era su sentir; pero una de las noches quejose el mozo de un fuerte dolor en el pecho, y, preocupada por lo que de aquello resultaría, durmió mal, y a la mañana siguiente, antes de ir a casa de Rita, pasó y preguntó por él en la casa donde era huésped.

Aquel celo, que supo y agradeció conmovido, y otros detalles mostradores del buen fondo de Tonica, le hacían concebir más esperanzas.

Verdad que ella nada le dijo de amor de novios; verdad también que en su parla no dejó escapar nada que con noviazgo se relacionase; pero él, viéndola, era feliz, y en la feliz dicha de ser suya soñaba solamente. Por otra parte, como sus ojos no tenían otra misión que la de mirarla, y para ello tenía que levantarlos "hasta el cielo", según su *dicir*, no se enteró nunca de las sonrisas de la gente, que, notándole embelesado, sonreía más...

Pasaba Tonica, luego de algunos detalles relacionados con la posible libertad de su padre y un escándalo habido en las "chozas" entre "la Centimín" y su compañera, por celos con otra de su oficio, a contar las opiniones de Rita acerca de los pecados de los hombres, cuando entraban en la calle de la Paloma.

—¿Me vas a esperar?—le preguntó.

—¡Pa chasco! Aunque me salgan canas y eche raíces...

—Pues entonces bajo en un vuelo.

Allá, por un largo y estrecho portal, boca de túnel que permitía ver, al fondo, un patio de vecinos con ropa colgada, niños gritando y comadres de tertulia, fue la joven.

En tanto él, fijo en la puerta de la iglesia de la Paloma, sonreía viendo entrar y salir a mujeres, siempre dos, una de ellas más pálida que la otra, con un niño de mantillas en brazo, una vela rizada y un gesto de gozo.

Era aquella iglesia la más visitada de la corte, cuando las paridas, en la misa de purificación, ofrecen a la divinidad el fruto de su entraña, cera al culto y dinero a los curas.

Uno de ellos, guapo y joven, con más traza de banderillero que de bendecidor, asomóse, oteó la calle de abajo arriba y, garboso, con su capa terciada, cruzó la acera y camino de la Fuentecilla fue.

Una pordiosera, que reñía con otra y tan pronto asomaban los fieles endulzaba el gesto y la voz para ofrecer estampas de la Virgen, evangelios bordados o medallas de recuerdo, soltó un taco más redondo que un duro.

—¡Nos ha amolao usté con haberse apropiao lo mejorcito de la puerta!...

—Pa eso he venío de madrugá...

—¡Pero como no es su sitio!...

La presencia de un sacerdote grueso, de ojos dormilones y boca tan pequeña como roja, puso pausa en los decires.

—¡Que Dios le acompañe, don Basilio!—rezó una.

—¡Vaya con Dios!—dijo la otra.

Y luego, al verle traspasar la mampara, continuó la disputa.

—Ya sé que no es mi sitio—refunfuñó la mendiga—; pero como "la Llorona" está que se las guilla en el hospital, pues que me lo hago de mi pertenencia, le guste o no le guste a usté.

—Eso será si el párroco la deja apropiárselo.

—Claro que sí; como que pa eso una sobrina de mi hombre está con él de ama.

—¿De las secas o de las húmedas?

A tal pregunta replicó la otra con sorna:

—¡Eso se lo interroga usté a su hija cuando salga de la Maternidad!

—¡Es que mi hija no ha sido nunca ama!...—dijo la de los evangelios, mordiéndose de ira.

—¡Pero lo será ahora, y de cría... que es más nutritivo!

De no cruzar un guardia y salir varios fieles, la puerta de la iglesia de la Virgen más madrileña hubiérase convertido en algo más gracioso que un mitin maurista.

Pasó un vendedor de ajos; luego una rifadora, complicando a un rey con un melón y una liebre, y, tras "ellos", un grupo de chicos alborotadores y desarrapados.

—¿Desde cuándo andan las arañas por el suelo?—preguntó uno, mirando al jorobeta.

—¡Desde que tu madre mueve el culo mirando al cielo!...—contestó aquel.

Los granujillas riéronse y burláronse del mozo, y alguno hasta le llegó a tirar una cáscara de sandía.

Mejor hubiera hecho Lucio callando; que de otro modo puso pólvora sobre pólvora.

—¡Pero si no es jorobao!—indicó el que antes hablara—. ¡Si es que l'han puesto una mochila!

—¿Verdá usté que no es eso, que es un adorno?

Y un tercero, pequeño como una mona y más sucio que si lo fuese, dijo mordaz:

—Dejar al hombre. ¿Qué culpa tiene él de haber nació pa camello?

Y corrieron al observar que el burlado cogía una piedra, y que el guardia, evitador de la bronca piadosa, les amenazaba.

Entonces fue cuando salió Antonia.

Lo oyó todo, lo vio todo, y no supo si, avergonzada o dolorida, ocultarse de nuevo en el portal.

Pasado el incidente, apareció sonriendo; él sonrió también, pero su cara, nunca le había visto así, era verdosa y la comisura de los labios seca y marcada por una línea que, descendiendo hasta la barbilla, hacíase óvalo.

—¿Qué? ¿Cobraste?

Tan oportuna fue la pregunta, dando ocasión a que cesara el fingimiento, que la faz de la moza se tiñó de pesadumbre.

—¡Pobre gente! No puedes ni pensar la miseria con que vive: peor que nosotros, mucho peor...

Sombrío miró "el Chepa".

—Calcúlate que son cuatro hijos que puen meterse en un canasto; que el marido está enfermo y tirao sobre un jergón con poca paja; que ella tié los ojos malos, y por si esto fuera poco, los crios lloran pidiendo pan...

—¡Vaya cuadro! Parece cosa de novela.

—Pues es de verdá... Yo lo he visto, y he visto desde que estoy en el oficio, algunos, si no tan tristes, muy amargos también.

—¡Claro que tú no les habrás hablao de dinero!...

—Ni palabra... ¡Pobres! Lo que he hecho es dejarles perras pa tres libretas...

—¡Tienes un corazón de oro!

—Pues ya verás cómo Rita me lo rebaja a calderilla por ir sin cuartos...

Subían por la calle; pero Tonica, viendo que los granujas, apostados en la esquina, aguardaban su paso, parose y dijo:

—¿Quieres que vayamos por la Ronda? Así paseamos...

Tanta alegría tuvo Lucio al escuchar la proposición, que, torpe, creyó amor lo que era caridad.

Tras ir a una calle que en sentido oblicuo se cruzaba, y pasar después a otra paralela, viéronse ante la puerta de Toledo, que si en tiempos pasados vio cruzar militares gloriosos bajo sus arcos, ahora veía a los trajinantes de Carabanchel y Parla; a los tristes acompañamientos que de las sacramentales ascendían; a soldados de Leganés, y a borrachos de los Mataderos, sin contar la gitanalla de las Cambroneras y carretera de Andalucía.

—Si quieres y no tienes prisa, mi reina, vamos hasta un poco más abajo del puente y te convido...

Dijo que sí Antonia, y cuesta abajo marchó lo que un chulapo que supiera de letra hubiera llamado la *i* y su punto.

De pronto ella, creyendo haber resuelto el problema planteado la mañana del café de Embajadores, cuando la boda del joven con el anciano y la persecución del menesteroso por la autoridad, dijo:

—¿Sabes, Lucio, que he pensao presentar hoy mismo la dimisión de señorita de compañía?

—¿Al fin?

—Sí; al fin. Me canso de llevar el cesto de esa pobre mujer que se cree amada por un golfo que solo la tiene como cajera.

—No te quería decir na de eso; pero ya va por dos o tres veces que le veo con socias de postín...

—El otro día le guipé yo en el Monte empeñando un reloj de señora.

—¿Sí?

—Y esta mañana, dentro de un coche que subía de la Bombi.

—¡Los hay carámbanos!...

—¡Digo, como que ese va al Polo y tienen que abrigarse las focas!...

Rio el muchacho la frigorífica salida.

—Pero eso—continuó—me importaría a mí menos que lo que sube y baja en la Bolsa. ¡Si no hubiera asuntos peores!...

—¿Qué pasa?...

—Lo primero, que yo no sirvo pa tornillo de tormento gritando y amenazando a quien, como esos de la calle de la Paloma, no tienen ni pa agua, y lo otro, que el señor Tomás me parece que no ve claras las cuentas de Rita.

—¿Te ha preguntado?...

—Verás: va pa dos días que no está ella, y cuidando de que nadie le oiga me dice que cuánto ha costao esto o lo otro, y si se ha cobrao bien; yo, claro, le dije la verdá, y él me dijo, sin poder disimularlo: "¡Pues Rita me ha dicho que ha cobrao menos y gastao el doble!..."

—Natural. ¿De qué iba el otro a lucir y alternar de lo grande?

—Lo mismo me digo yo, y como no es la hija de mi madre buena pa to eso, esta misma noche, y con el pretexto de no haber recaudado, por no atreverme a decir na a esos desventuraos, le digo que busque otra...

—¡Ole!—dijo, alegre, Lucio—. ¿Y volverás a tu acera de lo que fue el Suizo?

—¡Qué remedio!

—¡Paece que lo dices como con pena!

—No me da alegría.

—Pues a mí muchísima; que te veré más tiempo, y te hablaré más veces, y te diré que, si sigo amando con el calor que te amo, un día yo, y mi caja, y mis betunes y cepillos... ceniza...

No subía gente, y Antonia rio de buena gana.

Llegados a un merendero del camino bajo de San Isidro, entraron;

bajo un arbolillo tomaron asiento, y él mandó que les sirviesen cerveza, longaniza y mostachones, ya que no había pasteles.

Allí estuvieron hasta que anochecía; él, amante, pero respetuoso; ella, más amable que enamorada.

—¡Pobrecito!—pensó—. ¡Si le engañase se moriría!

Y él:

—¡Qué hermosa! ¡Con su cariño soy más feliz!...

Exaltada; caritativa; con fuego en el decir, y dulzura en el contestar, cruzó la pareja el puente toledano; fue luego por el paseo de las Acacias, y al entrar en el Portillo separáronse.

—¡Antoñita, mi virgen, di que me quieres!—clamó Lucio, que besaba una de sus manos.

Dulzura nunca sentida galopó por la sangre de la muchacha; un estremecimiento suave, que del corazón fue a su vientre, hizo que le mirara con afable quietud.

—¡Oh, mi Antonia, di que soy tuyo, que me amas.... dilo!

Sonrió, acarició luego la frente del exaltado, y dijo, blanda, maternal:

—¡Sí, te amo!

Y en su mano, templada por los besos, cayeron unas lágrimas.

Al separarse él, gozoso, decía:

—¡No me cambio ni por Dios!

Y ella, un poco inquieta, se preguntaba:

—¿Habré hecho mal mintiéndole?

9. TODO A UNA SOTA

Cuando Antonia llegó, y eran muy cerca de las nueve, Rita no había aparecido aún.

—¿Vienes sola?

A la pregunta de Atienza no supo qué responder la muchacha; por eso el tendero, un poco intrigado y otro poco mordaz, la dijo:

—¡No lo pienses y habla lo que sea!...

La mirada de Tonica, franca y dura, desconcertó al hablador.

—Yo, señor Tomás, no tengo que pensar nada; las mentiras se piensan, y yo no miento nunca... ¿Que no ha vuelto? Allá ella y usté; yo he ido a cobrar donde me mandó; ella me dijo que iba por otra parte; de manera que a ella le pide cuentas, que yo no tengo por qué darlas.

En distinta ocasión puede que aquella salida del viejo la hubiera desazonado; pero como pensaba despedirse, alegrose del sucedido. Por otra parte, ¿qué la importaba la sospecha de aquel "primo alumbrao", que cuidaba una viña para que otro comiera los racimos?

Guarda no era ella, y si guardián quería, que lo buscase en otra parte. Su casi nómado vivir, las rebeldías que desde el momento de nacer había oído en su casa, y el odio a cuanto espionaje pudiera significar, le apartaban de tan bajo oficio ¿Quién mandó al vejete hacer *montón* con quien, por juventud y ansia de gozar, le robaría el grano?

Unas campanadas dieron en el reloj de los Escolapios; Rita no acababa de venir, y "el Cartero", sin abrir la boca, paseó a largos pasos la pieza que a comer destinaban. De pronto, mirando a Tonica, parose, sonrió amable y dijo:

—Lo de antes no te lo dije por ofensa; así es que disimula; ya sé que

si tú supieras algo me lo hubieras dicho, ¿verdá?

No quiso desengañarle y asintió con un movimiento de los labios.

—Yo, ¿sabes, pequeña?, no es que recele; no, recelar, no, pero me extraña... ¡Como es esta la primera vez que llega tarde!... ¿Estás? Disimula, como te digo, el exabruto que te he lanzado y hazme el favor de no decirla nada de lo que t'he dicho. ¿Verdá que me haces caso? ¿A qué irla con el cuento, verdá? Se reiría de mí, y con razón. Yo no tengo motivo ni por qué pa recelar, y... ¡No le digas na; yo te pido que no le digas na!... Me disgustaría muchísimo.

En la voz, un poco temblona, de Atienza no acertó a ver la muchacha nada en concreto. ¿Sufría aquel hombre, y por no saber la verdad prefería callar? ¿Era de ira su temblor? ¿De miedo a perderla, acaso?

Fenómeno es este que se repite con frecuencia en los hombres de edad, cuando un amor postrimero vive en sus corazones; hombre hay que sospecha y aun sabe el engaño, y no queriendo dar con el espadín de su amargura en la celada de sus ilusiones, se hace el tonto no siéndolo; tararea por los pasillos, para así avisar de un peligro, que es el primero en temer, y a veces, sin que quien le mire sepa la honda filosofía que ello encierra, cruza y recruza por junto a la casa que paga, esperando a que corra el tiempo y suene la hora que ella dijo, y a la que va, ¡la vejez es previsión!, unos minutos más tarde de lo anunciado.

Tomás era de ésos. Sorprendido en su cartujo vivir por la presencia de una compañera de decires amables, ya que nunca supo de otro amor que el frío del dinero, ni otra parla alegre que el tintinear de la plata y el oro, diose a aquella brava mujer, poseedora de frases que eran revulsivos, y caricias que producían deleites.

En sus soliloquios, frente a los números de su Mayor o Diario, que en formación correcta hablaban de disciplina y exactitud, sentíase "el Cartero" más dueño de sí, más dispuesto a reaccionar; pero bastaba que ella cantara por los pasillos, o mejor aún, se presentara ligerita de ropa, para que el calculador se arrojara en sus brazos, volviendo la espalda con inconsciente volubilidad a lo que significaba exactitud.

El cambio iniciado en su carácter fue creciendo; con los amigos era más cariñoso; más espléndido con las parroquianas, y esos milagros de amor hacían que las amistades y la parroquia le sonriesen.

—¡Si no es el mismo! ¡Si le han vuelto tal que del revés! ¡Si hasta corazón resulta que tiene!

Así dijeron todos.

Don Paco, que era de todos los concurrentes a sus tiendas al que más estimaba y admiraba, supo lo que no supo nadie; supo que Rita le gustaba como no sospechó jamás le gustase ninguna mujer, y supo que ella, asaz amorosa, le obligaba a ser lo que jamás había sido: derrochador.

Verdad es que el derroche no era de plata, y que para reponer el déficit contaba con don Paco, sabedor de las virtudes de la "melisa", que, disipando los vapores del cerebro—Tomás se lo creía lleno de humo—y reanimando las fuerzas vitales, no admitía competencia.

—Conque tome usté un par de tacitas al día, basta—recetó.

—¿Y si pregunta ella que para qué lo tomo?

—Le dice que para la bilis...

Así lo hizo, y ella no dudó de la veracidad del decir; por otra parte, Rita, deseosa de enamorar al viejo, hasta el punto de apoderarse de su voluntad con el cebo de su carne, fue en busca de una echadora de cartas, fabricante de bebedizos y de amuletos, y la pidió colaboración.

La vieja, a base de cantárida y coca, le hizo unos polvos oscuros.

—De esto—dijo—le pones un poco, lo que coja en un céntimo chico, en el chocolate...; no le pongas más, que si le pones más, vas a tener que encerrarte en un convento que tenga rejas.

Rio la mujer.

—No es cosa de reír, pues con decirte que con la coca se envenenan los peces, y con la cantárida se ponen sinapismos...

—¡Entonces...!—interrumpió, alarmada.

—No hay susto; esto va bien hecho pa lo que necesitas... ¿Dices que él tiene la mitá del siglo?

—Un poco más.

—Pues te aseguro que con esto puede que te parezca demasiao joven...

Cuando Rita se separó de la vieja, y, utilizando su preparado, advirtió que no había sido engañada, no se le vino a la mente más que esta idea:

—¡Lo estrujaré! ¡Lo explotaré!...

Y lo estrujaba como se estruja un limón, y lo explotaba, según decían elocuentemente los seis depósitos de la Caja de Ahorros, que cerca de dos mil pesetas iban sumando.

Ni de una cosa ni de otra se enteró "el Cartero"; sujeto a "la Condenada" por cadenas menos duras, sí, pero más fuertes que las de hierro, vivía feliz; verdad que algunas veces un molesto dolor de cabeza le asustaba; cierto también que el estómago no iba con regularidad; pero dejando, por consejo de "el Moro", la hierba, y suprimiendo ella los polvos, tornaba todo a su ser normal, y el gesto tranquilo a su boca.

Aquella noche, tardando tanto, era de tormento horrible.

—¿No te dijo—preguntó a Tonica, que por hacerse tarde hablaba de marcharse a su choza—a casa de quién iba a cobrar?

—No; nada me dijo.

—¡Pues es raro!

Otras campanadas que por el balcón abierto entraron, descarga fueron en los nervios de ambos. Tonica se puso en pie para salir. Atienza apretó los pasos y fue a asomarse al balcón.

La angustia de aquel hombre le dió lástima, y a punto estuvo de

confesarle toda la verdad; pero ¿para qué? Ciego y sordo a todo lo que no fuese su mirar y su decir, ¿se lo creería? ¿No pensaría otra cosa?

El que una mujer hable mal de otra mujer no tiene importancia entre mujeres; pero decírselo a un hombre, y a un hombre enamorado, se prestaba a una interpretación malévola, quién sabe si en desprestigio de la que hablara...

Esto pensó Tonica mirando al viejo, y replegándose en su honradez y orgullo, dijo:

—Yo no espero más; yo me voy...

Nada contestó; todo él estaba en sus ojos, muy abiertos, que registraban la calle por donde había de venir.

La moza insistió:

—¿Me ha oído, señor Tomás?... ¡Yo me largo!

Un grito alegre fue la respuesta:

—¡Ya viene! ¡Ya está ahí!... ¡Ya!

Así fue. Rita, con gesto fiero, con ademán airado que envidiaría, como cómica, la propia Xirgu, tiró sobre una silla un pequeño paquete y el bolso del dinero.

Fue tan violento el ademán, que duros y pesetas y monedas de cobre y un manojo de llaves fueron rodando por el suelo.

Antonia, de pie, ni se movió; Tomás, sí; Tomás, rápido, fue cogiendo lo que la ira de su socia sembrara.

—¡Maldita mi suerte!—dijo, dando en el suelo con el pie.

Y antes de que la preguntaran habló, sin olvidar ni un instante la actitud y el gesto:

—¡Si tenía que salirme mal todo! ¡Si la noticia de la muerte siempre es mala!...

Gesto de asombro puso Atienza, y de curiosidad la acompañante.

Tímidamente preguntó aquel:

—Pero ¿qué dices? ¿Qué es lo malo? ¿Quién es el muerto? ¿A qué viene la maldición?

Fría, calculadora, miró a los que escuchaban; su mirada era esa mirada que los viejos cómicos lanzan al público para saber su calidad, y conforme a ella portarse; y convencida de que tanto a uno como a la otra los tenía intrigados, continuó:

—Pues na, que al dejarte—miró a la joven—pa ir a cobrar a esa de la calle del Ventorrillo y salir luego por la Ribera para, pasando por Amazonas, que tengo una perra que no suelta los cuartos, ir a la Carrera de San Francisco, me encuentro, esquina a la plaza, con una camilla en la que llevaban a un herido grave; los camilleros se pararon a descansar, la gente se juntó pa ver al que iba dentro, y yo, al fin mujer, ¡maldita sea mi curiosidá!, me acerqué, como todos, y vi, en aquel momento agonizante, no podéis suponeros a quién.

La pregunta puso palideces en la cara de los que oían.

—Al "Acomodador".

—¿Al sepulturero?

—Al mismo. Según me dijo uno de los mozos que al hospital le llevaba y que al Depósito de cadáveres le tenían que llevar, porque en aquel momento expiró, ha muerto de una manera que pone el pelo de punta.

—¡Pobre!

—Dicen que al bajar él y otros un ataúd al fondo de una sepultura, parece que no pudo sostenerse y de cabeza fue sobre el muerto. La tapa de la caja, que dicen es de madera dura y herrajes de bronce, ha sío su desgracia, porque se dió en uno de ellos, y sin sentido, tuvieron que bajar y subirle amarrao y con los sesos fuera...

—¡Vaya un final de drama!

—Unos dicen que estaba bebido, y otros que no. Pero la verdá es que ya no volveremos a verle encendiendo la sangre de Carlitos con sus encogimientos de hombros, ni la ira del civil burlándose de su autoridá...

Dedicáronse unas pocas más palabras al parroquiano fallecido, y Rita continuó:

—Después de ese encuentro, ¿pa qué decir?, to se me puso mal: cobré, entre unas y otras, diez duros, y veinte del verdulero de esquina a Tabernillas, y ¡ojalá que no los hubiera cobrao!

Se miraron Antonia y Tomás.

—¿Dices que ojalá?...

—¡Sí, ojalá! Pues.... ¡mi mala suerte!, tomé un tranvía a Sol, para ver en el Monte a uno de la tasa, y como iba lleno, y como iba en la plataforma, vi, al ir a sacar pa el billete, que, ¡así me muera!, los veinte duros habían volao pa no volver...

Pálido, preguntó Tomás, que no vio, ciego por la emoción, la mentira del gesto de su amada.

—¿Robar? Pero... ¿no advertiste...?

—¡No!—repuso ella, bajando los ojos, no para decir sumisión o tristeza, sí para no ver a Tonica, que, indiferente y casi sonriente, la miraba.

—¿Y cómo ha sido?...—interrogó otra vez el hombre.

—Muy sencillo... El que fuese abrió el portamonedas, con dos dedos sacaría el billete y... ¿yo qué sé cómo ha sido?...

—Pero... ¿no te fijaste en quién llevabas al lao?

Como no esperaba Rita aquel interrogatorio, alejó de su pensamiento la figura del "Linares" y contestó:

—Era uno así.... bajito.... rubio.... creo que delgado.

—¡Le mandarías detener!

—¿Cómo? Si se bajó en marcha, antes de notar yo la cosa.

Anonadado quedó el comerciante; habló Antonia de su fracaso como cobradora; dijo luego de su deseo de dejar la colocación y, contra lo que esperaba, Rita dijo que no le parecía mal y que se fuese.

Iba a hacerlo, cuando "la Mondejana" entró, anunciando que la cena estaba servida.

—¡Quédate!—indicó la mujer.

—No tengo gana—contestó la muchacha.

—Si quieres tu cuenta...

—Volveré cualquier rato...; además que, como se debe algo de comestible...

Salió Antonia; Rita que, al verla marchar, respiró ancho, dijo un ¡gracias a Dios! alegre, abrazose al cuello del tendero, juntó su boca a su boca y, sentándole sobre sus rodillas, hizo que poco a poco los cálculos se embrollasen y los instintos apareciesen.

—No sufras tú, ¡mi rey! ¿Qué vale lo perdío? Na, si se compara con nuestra alegría... ¿Verdá que sí? Dímelo; pero boca con boca... ¡anda!

Y se lo dijo, y se lo repitió varias veces entre beso y beso.

Cuando Antonia, minutos después, entraba en su casa, vio, sorprendida, a su padre que, sentado junto a los pequeños, sonreía.

Después de saludar sentose ella también.

Nada la preguntó y nada le dijo; a su madre, sí; a su madre se lo dijo todo.

—Pero lo del robo, ¿tú crees que es verdá?

—¡Qué tié que serlo, madre! Eso es, como si lo viera, una combina de su chulo…

No fue invocación, casualidad fue.

En aquel instante, Paco, con la cabeza baja y la pupila clavada en una sota, decía en una casa de juego:

—¡¡Veinte duros a esa mala hembra!!

Y arrojaba un billete de cien pesetas sobre la carta.

10. EL TESORO DE HITA

—¿De manera que lo que digo es como si lo cantara un carro? ¡Que mis órdenes las habéis tirao por los suelos tal que si fuesen virutas!

Con la cabeza baja oía su mujer; pero Antonia, seria y mirándole frente a frente, aguardaba a que terminara para contestarle:

—Claro, como sus figurabais el que yo no saldría tan pronto, sus dijisteis: "¿S'ha dormío el pastor? Pues comamos cordero". Pero el pastor está aquí y arreglará el rebaño, pero que con honda...

Miró la asustada mujer a la decidida hija, y tembló azogada.

—Padre—díjole entonces Antonia—, no grite usté tanto, que asusta, y usté, madre, no sufra por eso, que no merece la pena. Lo que hemos hecho en su ausencia de casa no es pecao ninguno, que honrao ha síο y no hay por qué arrepentirse ni llorar.

—¿Honrao el servir a esa...?

—Por mi parte, sí... ¿Qué me importaba? Lo que me importaba es que mi madre tuviese tranquilidá y los chicos enseñanza.

Un puñetazo sobre una desvencijada mesa hizo perder el equilibrio a una sartén, que, cayendo, puso sobresalto en las mujeres, y lloro en Emilín, que desde un rincón oía.

—Esa es otra. ¿Quién ha dicho a vuestras conciencias, mujeres de mi familia, que yo miraría con buenos ojos el que los pequeños fuesen a los escolapios de la Corrala? ¿No sabéis mi credo? ¿Ignoráis en lo que comulgo?

—Para su bien lo hicimos, padre.

—Y para mi mal, que en el centro ya lo dijeron hace un rato... "Oye, "Rentista", me preguntó el de "la Coja"", ¿con que has puesto a tus chicos con los del babero por mor del cocido?" Claro que yo le refuté lo que vino al caso y echando sobre ti—iracundo miró a su

mujer—la mancha de esta traición a los ideales sacrosantos de mi conciencia ciudadana.

Tanto gritaba el hombre, y tan fuertes eran los lloros del muchacho que "el Apóstol", temiendo una bronca, y más aún sus consecuencias, introdújose en el hogar, dispuesto a servir de apaga-ímpetus.

—Si me das la venia—dijo—, te diré, respetivo al de "la Coja" que acabas de nombrar, que bien que pudo coserse los labios y guardarse la hebra y la aguja, pensando en que peor que esto; que al fin, y disimula; es istrutivo, resulta traer y llevar sillas en una iglesia, y con las sillas, cartas de las fieles de parte de los fieles, que eso lo hace su mujer, y él la ayuda, y el párroco, que es de su pueblo, se lo consiente.

—¡Mi madre, si conozco esa defecación, lo dilapido!

—Pues eso, que pues utilizarlo hasta en la tribuna pública, es más verdá que Romanones renquea.... y respetivo a lo otro, a esta tu distinguida familia, te digo; y si me dejas te lo prometo, ya que las ideas me prohíben jurar; que ha sío pura y decente como pocas.

—Lo de pura pase; pero lo de decente...

—¡Padre!—dijo, altanera, Tonica.

—¿Vas a decirme que es decente el ir a la vera de esa presidiaría que, por si fuera poco, to Dios sabe, menos el venao del "Cartero", que convive por horas, como los coches de punto, con el granuja de Paco? ¿Es pundonoroso, ni apostólico, ni caritativo, el ayudarla a estrujar a los pobres que tien que sudar pa su bolso ochenta por ca ocho que toman? ¿Es decente, di?

—¿Y el pensar—interrumpió la moza—en comida, ropa y tabaco pa usté, es decente? Porque sin lo que yo ganaba; ni hubiera fumao, ni hubiera tenío su coci a diario...

Pepe, no sabiendo qué contestar, mirábala fiero.

—Sí, padre, si; yo he trabajao pa vestir, pa comer, pa que mis hermanitos estuviesen recogíos y no en mitá de la calle, y, además,

pa que madre comprase y guardase algo, y usté no careciese de lo preciso... Me parece que si no es decente lo que he hecho, que venga Dios y sus doce apóstoles a decírselo.

La mirada del jefe de la familia perdió en dureza, y Tonica continuó:

—Cuando yo vi que la cosa estaba poniéndose mal, porque ella se descarrilaba demasiao, aquí me vine pa seguir la vida de antes.

—¡Que es la mejor vida, porque es la más libre!

—Pues a mí no me gusta...

—¡Ni a mí!—habló la esposa.

—Porque sois muy delicadísimas.

—La chica no gana na tirá por esas calles, Pepe.

—¿Que no gana?

En una carcajada grosera escondió aquel rufián lo que iba a decir.

Las mujeres estremeciéronse, y él, indiferente, seguido del viejo, fue a la calle.

Cuando la buena madre se dió cuenta de que Antonia lloraba, abrazola con fuerza.

—¡Ay, qué pena vivir!... ¡Si no fuera por usté, madre!...

—¡No digas eso!...—suplicó la mujer—. Hay que sufrirlo todo... ¡Por mí solo, no; por tus hermanos también!...

—¡Oh, si no fuera por eso!...

Y otra vez la pureza de su alma, azucena crecida entre cardos, asomose a lo azul de sus ojos.

Amaba a su madre, no solo por madre, sino también por desventurada.

Muy borroso, como una montaña lejana que nieblas azules arropasen, veía !a jovencita un vivir pasado mejor que el presente vivir; la madre era planchadora "con casa abierta" y el padre, que guiaba coches, ganaba dinero; pero un día vino herido, tardó en curarse y; como durante la cura de nada careció, aunque para tenerlo se vendiera todo; se hizo al no trabajar, al ir a la bodeguilla, a pronunciar discursos, y de ahí lo que, desaparecida la niebla con los años, veía ahora Antonia: una felicidad deshecha, un palabreo hermano de una holgazanería, y unos pobres niños que, sin ser culpables de nada, pagarían la culpa de todo.

—¡Y luego dice—comentó, airada, la moza—de igualdades y de amor de hermanos!...

Con dolor sonrió la mujer.

—Es su manía; ya ves si lo será, que una vez, siendo camarero, llegó el primero de Mayo y, claro, no fue a su café. Los amigos suyos, que le traían chiflao, quisieron que hablara en un mitin, y al mitin fue, y yo, pero sin él saberlo...

Intrigada escuchaba la joven.

—¡Qué cosas dijo!

—¿Bien?

—Sonaban bien: "Que ese día nadie debía trabajar", "que los de los trenes eran unos traidores por no pararse donde les cogiese", "que así como los católicos son tal que muertos porque no hacen nada útil el Viernes Santo, el pueblo trabajador debe hacer igual el día grande de su fiesta".

—¿Y le aplaudirían?

—Mucho; pero... oye y ríe, como entonces lloré yo...

—Diga...

—Por oírle, como te he dicho, volví un poco tarde a casa, y, claro, el cocido no salió como otras veces... ¿Crees que tuvo en cuenta la cosa? Pues no lo tuvo; me insultó, me amenazó, y porque le dije que

yo era tan trabajadora como él, y que aquel día era el primero de Mayo, me dió una bofetada que por poco me rompe las muelas...

—¿Y lo consintió usté, madre?—preguntó con ira la moza.

—¿Qué iba a hacer, hija mía, si erais ya tres los rapaces?

Después de aquello, nada más se habló; las palabras de Carlitos, oídas por ella al salir camino del Monte, volvieron a su recuerdo como si las oyese otra vez.

En silencio, madre e hija se miraron; luego, aquella, con resignación, dijo:

—¡Es la vida, Tonica! ¿Me quise ayuntar? Pues casco mi mal...

—¡Madre, cuánto ha sufrido usté!

—Más sufriré el día en que cansá de ver tanta miseria te marches, me abandones, porque me pienso que te marcharás...

Con angustia y firmeza la atajó:

—Eso no... Usté y los niños, primero que todo. Yo no me iré nunca... nunca. ¿Lo oye usté, madre?

En la parte de afuera daban voces; oíase la agria de "Doña Inclusa", la de "la Centimín", y más fuerte la de "el Rentista", que gritaba, y también "el Apóstol".

—¿Qué pasará?—interrogó asustada Antonia.

Rápida abrió la mujer la puerta.

En grupo, los miserables de las "chozas" discutían y movían los brazos tal que aspas.

—Pues sí, así ha pasao...

Quien habló era la vieja acomodadora de jóvenes y explotadora, como mendiga, de niños enfermos.

—Pues no puede consentirse; es necesario sentarle las costuras, ¿no

os parece?

A la idea de Pepe, "el Apóstol" opuso otra idea.

—¿Y si en comisión fuéramos tos los de este barrio y le dijésemos lo que fuera de ley?

—Na se conseguiría.

—Con probar...

—Por probao; el canalla, ya os lo dije antes de pasarme la primavera en la celular, es de los que tien por corazón un pedazo de adoquín.

—Sin embargo...

Un gesto de impaciencia advirtiose en el rostro de Pepe, que, mirando a la vieja, ordenó:

—Diga usté de nuevo y con to detalle lo acontecío; sea usté clara, pa que este buen anciano y los que piensen como él se convenzan de que llamar al sentimiento de ese hijo de su madre, que además es tendero, resulta más inocente que ser conservador y no tener nada que conservar.

"Doña Inclusa", al verse requerida de aquel modo, dijo así:

—Pus na, que na más levantarme me fui a casa del "Cartero", como todas las mañanas, y pedí, como siempre, un vasito de monóvar, con el que, si no matar, amordazar al gusanillo. El peque de la tasca iba a darme lo que pedía, cuando el medidor le coge del brazo y le dice, mirándome muy serio: "Pero ¿no te has enterao, so primo, de lo que anoche dijo el amo?" "¿Qué dijo el amo?", pregunté yo. "Pues dijo que, desde el punto, hora y minuto que amaneciese, que se derrocaban tos los créditos concedidos, y que el que quisiera comer, beber o arder, tenía que sudar". Me quedé tal que de corcho. "¿Y eso —dije—va con el total de la parroquia?" "Con cuasi toda". "¿Y yo estoy en el cuasi?" "No, usté está en el total, y con usté sus vecinos".

—¿Lo veis?

—Y no es eso sólo, que cuando bajó el amo, por cierto con más morro que un becerro, y le dije que aquello era una cosa muy mal hecha, me contestó que en lo suyo mandaba él, y que no daba fiao ni a Cristo que bajara en busca de dos onzas de queso.

—¡Pues yo le he pagao siempre con regularidá!—dijo el de los molinos.

—Y nosotras—habló "la Perragorda"—; anoche, sin ir más lejos, le dimos casi un duro.

—Si no se queja de los pagos; es que como dice que sabe que nos van a desmontar las chozas y que ca cual, y cuando eso sea, levantará el vuelo, él no quiere que pa pagarle—fueron sus palabras—tengamos que molestarnos haciendo caminatas de a kilómetro.

—¡Y con poca bilis que diría eso!

—Se reía como si viera romperse la crisma a cualquier semejante.

—A él sí que había que romperle... lo que yo... dijera...

—¡La cabezota!

—No puede ser; no toca en el suelo; las astas lo impiden.

Riéronse todos; solo Pepe no reía, juraba.

—Si fueseis de mi opinión—dijo—, era cosa de, en coleztividá, darle un recorrido; pero no sus creo capaces... ¡Sois flojos!

El viejo y las hembras se ofendieron.

—¡Eso de no ser capaces!

—Nosotros hacemos lo que sea menester.

—Vengan ya las órdenes de batalla...

Habló Pepe de ir todos a la taberna, a la hora justa de los trabajadores; pedir una conferencia con el enemigo; decirle lo que viniese al caso, dentro de lo más amablemente posible, y si se

negaba a ceder, armarle bronca, no pagarle y, como el chulo no estaba a mano, largarle unas chuletas de cuello vuelto como recuerdo de tal día y hora.

No pareció mal la serie de propósitos expuestos por el genitor de Tonica; solo "el Apóstol", disconforme con todo lo que fuese radicalismo, propuso que primero él tantearía el terreno, a fin de evitar lo desagradable.

Así se convino, y las mujeres, a sus chozas; Pepe y otros, a la sombra de un árbol para discutir de política y fútbol; y el viejo, a casa de Atienza, quedó casi en paz la barriada de las "latas viejas y esteras sucias".

Se ha dicho casi, y es cierto, pues el canto de un gallo, el lloro de un niño y el ladrar de un perro que perseguía a un gato quedaron como continuación de las voces, gritos y juramentos de las personas.

Caía el sol con fuerza; las chicharras comenzaban el ensayo de lo que, a hora más avanzada, sería monorrítmico concierto, y, haciendo coro, las voces agudas de los comerciantes callejeros, estridentes, machacones.

Una mujer, desde la carretera, tal que el Sinaí de la hondonada, gritó, desgañifándose:

—¡De Laredo sardinas! ¡A treinta, frescas!

Un hombre, de chulona traza, dijo tras ella:

—¡Requesón! ¡A veinte el molde!

Y una verdulera, después, ofreció lechugas y tomates; y el viejo de los ajos, y un rubio y despechugado sujeto que, arrastrando un carrito pintado de azul y lleno de metales brilladores, invitaba a aplacar la sed con "limón helao" u "horchata valenciana".

Las mujeres nada querían oír; los hombres, enfrascados en el arreglo de la Humanidad, a base del "once" más completo, nada oían, y "el Apóstol", buscando la sombra, caminaba estudiando el modo de decir lo que fuese de razón y de beneficio para todos.

—Mire usté...—monologaba—, señor Tomás, que el ser pobre no es grave delito, que es desgracia sólo.... y el acorralamiento de la desgracia... da el delito.... ¿sabe usté? Y por eso yo... le digo... que sea generoso.... pues.... de lo contrario.... la necesidá.... la sangre.... el crimen.... son los que quizá le acometan...

Manoteaba el anciano, sin advertir que alguien, al oírle, sonreía, burlón.

—¿Aónde irá el viejo hablando solo?...—preguntó un tratante.

—¿Que aónde? Pues a Leganés.

—De seguro que sí, porque, por lo que acciona, algo se trae entre manos...

—¡Como no sean moscas!

Sin advertir la "chufla", lleno de esperanza, convencido de que el discursito había de ablandar el corazón del comerciante, llegó a la tienda; pero, ¡ay!, Tomás no estaba.

Triste quedose el vendedor de molinos. ¿Qué hacer, pues, para guardar el fuego de su gesto y voz? De cuando fue carpintero de teatro, y luego de su época de cuartillero en los periódicos, yendo del Senado al Congreso y del Ayuntamiento a la "Dipu", sabía que el ponerse en situación es cosa importante para cómicos y oradores, y que igual que la gaseosa destapada que sin fuerza sabe a purga, es el discurso que no se dice a tiempo, o la declaración amorosa que se declama con empacho.

Y luego aquel ambiente sucio y grosero: albañiles que comían con las manos llenas de barro y la cara manchada de cal; carboneros de las "Pulgas", semejantes a igorrotes, que acercaban sus caras negras a su pan blanco; aquí, un trapero borrachón, que habla de toros con un mulero de Getafe; más allá, dos hembras de la fábrica de papel, acabando los contenidos de una tartera descascarijada y una botella de vidrio verdoso, y todos chillando, y todos con ademán de convencer, a fuerza de gritar, a sus compañeros de condumio, y el cántico de los vasos al verse limpios, y los gestos del dependiente solicitando copas que luego servir, y una copleja en voz baja, y un

juramento, y la banqueta que se arrastra, y el reloj que dice pausadamente que de nada vale el gritar, y que sus negras manecillas, al parecer tan febles, ahogarán, a la postre, a todos, lo mismo al que jura que al que reza, al que dice palabras de amor que al que predica odios, dicta leyes o dispara fusiles.

En un rincón de la taberna, el menos ocupado, sentose el viejo.

—¡Esperaré!—se dijo.

Y esperó, volviendo a repasar su discurso. ¿Cómo siendo la hora de más trajín no estaba "el Cartero" en el sitio de costumbre? Grave tenía que ser la cosa para tal ausencia.

En el velador de los carboneros se hablaba de Tomás.

"El Apóstol" oía.

—No sé qué le pasa, pero pa mí que debe de ser de cuidao, porque paece, con la cabeza baja, un fraile en las últimas.

—Eso es que la moza que dice que le cuida le va dejando sin zumo...

—¡Quizá los negocios no le marchan bien!

—¡Puede que esas prédicas de los bolcheviques le hagan temer por sus dineros!...

Como no le importaba aquello, dejó de prestar atención.

—¡Peque, tráete un diez de lo tinto!—dijo.

"Lirón" sirviole lo que pidiera, y de un trago dejó por la mitad el achatado vasuco.

Así pasó más tiempo: un cuarto de hora, media hora, cuarenta minutos...

"La Mondejana", que cruzaba por donde el anciano bebía, parose a saludarle.

—¿Y... ese?—la preguntó.

—De tormenta...; arriba está.

—¿Arriba? ¿Quiere usté decirle que necesito hablarle?

—¡Cualquiera! ¡No seré yo quien suba! ¡Como un tigre se pasea por tos los sitios; no habla con nadie!...

—¿Ni con ella?...

—Pero si ella no está.

—¿Cómo?

—¡Salió pa lo de siempre!...

Al guiño de la hembra contestó la sonrisa del anciano.

—Antes de salir no pasó lo que se dice na; pero na más desaparecer la gorda, se puso como loco, miró por los rincones; a mí, que estaba levantando la cama, me mandó pa la tienda, y s'ha encerrao por dentro, y Dios sabe lo que hará encerraíto.

—¡Pues eso algo de gravedá es!...

—No sé; quizá se escame... Por el ojo de la cerradura le he visto hacer eso... pasear y pasear...

No se equivocó "el Apóstol"; algo grave ocurría.

Desde la noche que Antonia se despidió, y aun antes, Atienza dudaba de la honradez, tanto amorosa como financiera, de Rita.

Hombre observador, cuando la carne no le dominaba, había advertido en las cuentas de lo prestado alguna irregularidad, y en las prendas o joyas adquiridas muestra de engaño manifiesto.

—Si en el Monte por lo que vale cien dan veinticinco—calculaba—, lo que ella trae ha de venir con ganancia...

Y, escamado, probó varias veces, valiéndose del relojero, a que tasasen, bien en joyerías, bien en casas de préstamos, las sortijas,

pendientes y relojes, o las mantillas, mantones y piezas de tejido.

Siempre, eso le hizo comprender el feo papel que estaba haciendo, no ofrecían por el género ni aun aquello que ella decía haber pagado en la subasta.

Grave era lo de las pesetas; pero... ¿y lo *otro?*

—Ese—la dijo—supongo que seguirá en ese pueblo de esa hermana que me dijiste...

Con flema respondió Rita que sí, que en el pueblo seguía.

En poco estuvo que Tomás la gritase: "¡Mientes!", pues la tarde anterior, y con motivo de ir a recoger una letra a un Banco, viole tomar, a la puerta de un café, su gran vaso de cerveza; pero esperó. Sujeto de mucho mundo, sabía que la precipitación para nada es buena, y aguardó, coleccionando convencimientos que en un momento dado le sirviesen para confundir a la engañadora.

Pero tales cosas eran grano de mijo comparado con lo de la noche pasada.

Después de un rato de cháchara, que duró lo que tardaron en contar la venta, en la cama se metieron. Fingió dormir, y ella, con gran cuidado, levantose camino del cuarto de los baúles.

Sombra de su cuerpo fue Tomás, que oyó manejar cerraduras, y ese ruido, bastante parecido al cuchichear de dos niñas, que hace el manejo de papeles.

Nervioso, intrigado y con impaciencia que le quitó el sueño, esperó el hombre al día, y, después, a que ella marchase.

Al fin, no tan pronto como deseara, amaneció. Alegre y fingidora, vistiose Rita; dijo de cobrar algo antes de ir a la subasta, y, besando a Tomás, que con el pensamiento en otra parte no sintió el calor del fuego, se fue.

—Oye—le dijo desde la calle, al notar que salía al balcón para despedirla—, si tardo no te asustes; ya sabes, las ventas no acaban hasta dada la una...

Tenía tiempo de sobra para todo: aún no habían sonado las nueve.

En un cestillo valenciano recogió "la primera venta"; la contó, la anotó, y, después de meter en los bolsillos de su chaqueta cuantas llaves pequeñas tenía, dijo a "la Mondejana" que se le dejara solo.

Y comenzó la lucha.

Tomás, que nunca tuvo reparo en robar en el peso y la medida, *cantar* diez kilos de menos si pesaba género de otro, y aun usar de más fucsina de la mandada en la colaboración del agua y vino de sus pellejos, dudó antes de decidirse a averiguar lo que con ardor quería saber.

Ese fue el momento sorprendido por "la Mondejana".

—¡Como un tigre se pasea!...

Y era verdad; tigre que no se lanzaba sobre la presa de su gusto por impedirlo algo que a él mismo le sorprendió: la dignidad.

Pero ¿qué vale la dignidad cuando es forzada por el deseo?

Aquel baúl, negro como una caja mortuoria, era, para el ansia de Tomás, un misterio imantado al que iba su voluntad curiosa.

Y fue a él, y probó una a una las llaves que en el fondo del bolsillo de su chaqueta se encerraban, pero no abría ninguna.

—¡Si sacara un molde con cera!

Pero desechó el pensamiento; era retardar, por lo menos un día, el sediento afán de saber lo que el baúl ocultaba.

Con ira golpeó su tapa, y el ruido risa fue que hirió al viejo en su corazón. Entonces, enloquecido, febril, ardoroso, forcejeó en la cerradura; quiso, con su navaja, hacerla saltar; trajo luego un martillo, y, al fin, la tapa cedió, y arrancado y roto, el macho de la llave era algo completamente inútil que brillaba.

Detúvose un momento: le temblaban las manos, le ardían las sienes; miró con ira las mantillas de seda que él... no la regaló; las piezas

de hilo, el mantón de negro y bordado. Bajo aquello que lucía tentaron sus dedos encajes, terciopelos, y más en la hondo, una cajita, y otra, y otra más pequeña.

A manotadas cambió de sitio las ricas ropas, y miró las cajas, y una contenía seis cubiertos de plata y unos servilleteros, y otra, polvos y frascos de esencia y un retrato, el retrato de Paco.

La otra caja tenía cerradura.

—¡Ah, zorra ladronaza!—dijo con rencor—. ¿Qué guardarás aquí? ¡Pronto lo veré!... ¡Pronto!

Hasta la mesa de sus contabilidades la llevó, y, despacio, con deleite de ladrón experimentado, saltó la cerradura.

—¡¡Cuánta cosa!!—dijo su codicia.

Así era. ¡Cuánta cosa!

En estuches de diverso color, sortijas de oro, pendientes finos, cadenas y medallones.

En una caja alargada, unos cuchillos con mango de plata, y un reloj de oro en otra, cuadrada y vestida de raso.

Más había: un alfiler de corbata y unos gemelos, y en un papel de seda, cuatro piedras de color.

Bajo aquello, que lucía en una formación incorrecta, tal que si se alinearan blancos y negros, amarillos y cobrizos, encontró Atienza unos papeles.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

La color de su rostro, casi siempre rosada, en pálida se trocó.

Los dedos, torpes, movían los papeles: papeletas de empeño compradas, billetes del Banco, más cartas, y con su cubierta gris una cartilla de la Caja de Ahorros que decía un nombre, el de ella.

—Pero ¿es posible?...

Abrió el librito, de rayadas casillas, y vio que la cantidad de dos mil y cien pesetas gritaba su valor en unos números negros, que valoraban un sello violeta y dos firmas ilegibles.

—¡Ladrona! ¡Más que ladrona!—rugió el engañado.

Iba a meter todo en la forzada caja, cuando una de aquellas cartas que en el fondo había mostrose insultadora. En las líneas negras de una letra mala y desigual vio su "nombre" y el adjetivo "viejo", y el nombre del otro, y...

Serenándose, queriendo bajar hasta lo más profundo de aquel pozo lleno de cieno, acercose al mismo balcón donde tres meses antes la esperaba lleno de deseo, y leyó, temblando también, pero esta vez lleno de ira:

"Bilbao, 13 Junio 19...

Querida Ritita de mi sangre: como te prometí te escribo para que sepas de mi vida, pues as de saber va de frente, pues tengo una casa super con cuatro niñas; el dinero me lo completó un concejal que es de los bizcaitarras, pero que se desace por las madrileñas. Tengo suerte, gracias a Dios, pues lo mejor de aquí biene a esta casa, y una francesita que trage de San Sebastián los trae de cabeza y me gana los duros; las de aquí no sirven pa esto. De lo que me dices de tu Paco me alegro, yo tengo otro que se llama Pepe y es chófer, por eso no te haraño; de lo del viejo Tomás aces bien, sácale lo que puedas y cuando te canses o te parezca hora, lo plantas y a divertirte que bastante tiempo nos tuvieron encerrás. Me traje a las que te dije que cumplían, pero una se me fue con un sacristán de Llodio y la otra, que estuvo condená por robo, con ropa hasta de las criadas. No quise que la metieran mano. No te digo más que recuerdos de Pepe para los dos, que ordeñes pronto al viejo y que os vengáis por aquí que es tierra de muchos cuartos y de gente que se los gasta. Oye, si te vienes y puedes engatusar a esa Tonica de que me dices y es tan guapa traétela aunque sea diciéndola que viene a casa de un marqués y pa cuidar niños, que luego a cuarenta y tantas leguas, con trages de seda y un buen plato puede que se anime. Te digo esto porque el enemigo del centralismo, como el dice, se va cansando de la que le tengo preparada y quiere cosa nueva pero de Madrí."

Tomás tenía corazón; aquel descubrimiento lo hizo leyendo las últimas líneas de aquella carta.

Dolor, más que dolor ira, advirtió al ver cómo era tratado; pero la canallada que en contra de Tonica tramaban era mucho peor, mil veces peor que el robo de alhajas y ropas, y peor también que eso de la cartilla de ahorros.

—¡Pobre niña! ¡Desgraciada joven!

El odiaba, puede que por vago más que por otro defecto, al padre; él no daría por él, o para él, el valor de un centimín; pero aquella moza tan buena, de franco mirar y tan firme gesto, merecía todo.

El era lujurioso: mil veces sintió por su carne cosquilleos delatores; pero ante Tonica jamás pensó en nada que no fuera limpio y puro, y es más, sin que ella lo advirtiese, vigilaría a fin de romper el lazo traidor que desde la ciudad naviera la tendían.

Releyó otra vez y otra aquella carta; guardó todo, excepto la cartilla y el escrito que pensaba pasar por los morros engañadores, y se dispuso a bajar a la tienda.

En ausencia suya, y mientras miraba los objetos y leía los escritos, toda la gente de las chozas, notando que "el Apóstol" no tornaba con la solución que ofreciera, en su busca fue.

Contrariedad sintió el viejo al mirarles.

—¿A qué habéis venido? De seguro que a chafármelo todo.

No le hicieron caso, y unos cerca, y otros lejos, sentáronse con algarabía.

Altivo, soberbio, insultador, "el Rentista" lo hizo en el centro de la tienda.

—¡A ver, chico, vino y pan, y también longaniza!... ¡Pronto, que tenemos canina atrasá!

La primer intención del dependiente fue negarse a servir lo que el bronquista solicitaba; pero viéndole con tal insolencia dijo al chico:

—¡Dale lo que pida, porque si no armará gresca!...

Avergonzada, a la vez que temerosa de lo que vendría después, la sufrida compañera sentose cerca de Pepe, y también Emilín, que gozó por anticipado la presencia del embutido.

La que no quiso quedarse, y más aún, la que salió del establecimiento para tornar a la choza, fue Tonica.

—¡Yo no sirvo pa esto!... ¡Tanta gente pa uno solo!

Y "la Centimín" replicó:

—¿Pa qué va él contra todos?

A la pregunta, que verdaderamente era respuesta, nada repuso la moza, y, sin fijarse ni dar oídos a los chicoleos de unos gitanos que por los andenes y bajo la sombra de las acacias llevaban el "ganao", fue hasta la casucha de sus padres.

En aquel momento Tomás entraba en la taberna.

Acudió "Lirón", no tan diligente como solía, y preguntole:

—¿Qué quiere usté, más vino?

—No; lo que quiero, niño explotado—su voz era tan fuerte, que la gente parose a oír—, es que le digas a tu amo que sí desea cobrarse lo que aquí se ha consumido le daré un par de talones pa que vaya al Banco o a la Bolsa.

Un revuelo, con ruido de toses y golpear de vasos, fue el prólogo de la trapisonda.

"El Cartero", pálido, pero firme, fue en busca del insultador.

—¿Dices—dijo—que no pagas lo que has gastao?

—No...

—¿Y por qué?

—Porque soy un libertario anti-comercial...

—¡Lo que tú eres es un sinvergüenza, al que voy a romper el alma, pero que ahora mismo!...

Con una banqueta en alto esperó "el Rentista".

Gritaron las mujeres; lloraron los críos, y los hombres limitáronse a terciar, apaciguadores.

—¡Canalla! ¡Ladrón!—rugió el propietario.

—To eso y más lo eres tú, ¡granuja!

—¡Dejarme!

—¡Dejarle!—rio cínicamente Pepe, que, tomando el mandil de su compañera a guisa de capote, dijo:—¡Ven ya, morucho, que tú eres de los que embisten!

—¿Yo?

—Tú; tú, que pagas y adornas mujer pa que la bailen otros...

Y ante el silencio general, ante la expectación de toda la parroquia, ahíta de vino, terminó:

—¿Quieres comprobarlo? ¿Sí? Pues pásate cualquier tarde por el "columpio" de la calle de Luciente, o el restaurant de Niza, y verás salir completamente desmadejados a "la Condená" y a su socio.

—¿Quién? ¿Quién es él, di?

—¿Quién va a ser?—contestó el hablador—. El chulapo que te explotaba: Paco "el Linares", ¿le conoces?

"El Sentao", que apareció de pronto, quiso intervenir, y, nerviosamente, inconscientemente, buscó en su cintura un sable imaginario.

—¡Alto a la Guardia civil!—dijo, colérico.

Y una carcajada azotó el rostro del ex tricorniado, que no cesaba de gritar y gritar...

11. EN MITAD DE LA ACERA

Cuando apareció Tonica en *su* esquina de la calle de Alcalá, un revuelo de inquietud apoderose de las hembras vendedoras.

—¡Bien que l'ha sentao el descansito!

—Está más gorda.

—¿Pues y la color?

—Tal que una rosa parece.

—Verdá, pero no perjudica. ¡Como no se decide a abrir su comercio!...

Así fué; las pocas que, como ella, vivían de la venta, acogiéronla cariñosas; las otras, de las que no escapaba, la trataron con sonrisas, que ella sabía devolver con bondades.

Una y otra noche paseó la acera de la calle de Sevilla, limpia a aquella hora de repugnantes y afeminados coletudos, de grasientos y embusterotes comediantes, y de mujeres más o menos descaradas, que, sabedoras de la inutilidad de sus ofrecimientos durante la digestión, aguardaban metidas en sus chamizos a que sonase la media noche para fabricar su tela de araña por junto a los teatros más serios.

Cosa es esta de los teatros que nadie conoce mejor que las trotadoras, y así, una de ellas, ex institutriz, ex pelotari y horizontal a la postre, me lo aclaró en un muy divertido razonamiento.

Si mi lector amable o mi lectora bella lo permiten, dejaría por poco el hilo de la trama para decir lo que aquí hay ocasión de decir, y quién sabe si pudiera explicar en otra ocasión.

Puede que lo que mi amiga dijo, y yo repetiré lo más fiel posible, no sea moral; quizá de ello nazca la insana curiosidad de comprobarlo; puede que, sin querer, sea culpable de algún recelo femenino, o de

algún odio masculino, al advertir que con unas pobres palabras destrozo un parapeto que el pecar consideraba inexpugnable; pero ¿qué hemos de hacerle? Yo ardo en deseo de relatar; tú, lector, o lectora, de saber una cosa que no dice ni el Catecismo ni el "Blanco y Negro", y como no quiero ser cual esos diputadillos parlanchines que todo lo ofrecen y no dan nada, dejo que Tonica pregone sus periódicos, para divagar sobre las busconas, su vicio y los teatros serios.

Decía que una amiguita—ya que amigas tengo para profesar, y amigas que cantan en el café de la Marina, así como libros de Santa Teresa y libros de Retana, y en igual tabla pongo a un rimador de cosas "ful" que a un Muñoz Seca, el de mayor trimestre—me dijo la ventaja de tos teatros de drama o comedia sobre los de vodevil o cuplés, para la conquista del primo que paga y trasnocha.

Y decía de este modo la "cocotte":

—La mayor parte de las mujeres casadas se asustan cada vez que sus maridos o sus hijos van, o saben que van, a ver, por ejemplo, "Las píldoras de Hércules" o "La pulga de la Chelito"...

—Y es natural—dije yo.

—Pues no lo es—replicó ella—, y no lo es por lo que ahora verás.

Como estábamos ante un velador con dos copitas de Benedictino y una caja de cigarros, tomamos las copas y nos dispusimos a encender los "Muratis".

—Con esto de los teatros ocurre—añadió la joven, que joven era y guapa—lo que con los perfumes: las mamás para sus pimpollos eligen, sí, eligen aquellas esencias menos llamativas, la violeta, por ejemplo; las rosas, las lilas, y huyen del nardo, que a mí me sabe a besos, o del clavel, que cosquillea en la nariz y acaba haciendo cosquillas en los ojos...; y se equivocan las mamás, pues los hombres, cada día más cansados de mujer, hartos por momentos de carne que así huele, buscan lo nuevo, lo difícil, lo que por haber dejado desde muy jóvenes casi olvidaron; buscan a la inocencia, y así se ve que cuando pasan cerca de nosotras y les decimos algo que incite, miran a otra parte, a otra parte que ocupan esas niñas que

con perfumes de lilas o rosas van; yo les he visto temblar como colegiales en día de examen, y no me reí, porque su deseo se explica como se explica el mirar con ansia no exenta de envidioso apetito a los albañiles que mascan su coci bajo las acacias de los paseos; como se oye reír y parlotear a las costureras a las salidas de los talleres, sin miedo a la seriedad de un apellido ilustre, o al adorno de un sombrero de más precio que elegancia.

—Puede que tengas razón...—dije, un poco desconcertado y aturdido.

—¿Cómo que puede?... La tengo; te aseguro que la tengo; la gente, y te lo dice quien vive de la gente, va, contra lo que muchos aseguran, a lo bueno, a lo tranquilo, a lo sencillo y limpio.

—¿Vas a negarme que hay muchos que cada día se encenagan más?

—No lo niego; pero sí digo que, felizmente, son pocos, y quien diga lo contrario miente; cada vez hay menos degenerados, créeme a mí; como cada vez hay menos aficionados a los platos de gran hotel. Lo natural se impone. Ya ves yo, si te has fijado, voy de lo más sencilla, me perfumo con lilas y paseo a la hora del "Angelus" entre las Calatravas y San José.

Reí la irreverencia de mi linda informadora; cogí otro pitillo; lo encendí luego; lo puse en sus labios, y hablé:

—En lo que de perfumes, comidas y paseos hablas, estamos casi de acuerdo, nena. ¿Quieres decirme lo que a teatros se refería?

—¿Cómo no?

Y la linda buscona; que luego me dijo, como confirmación de lo apuntado, que para algunos amigos se ponía trenza, y para otros se tenía que vestir de humilde criada, y no pocas veces de negro y con velillo; dijo:

—Fíjate, tú que eres una mijita observador, en que yo también observo y anoto. Te decía que el drama es para el pecado más incitivo que la zarzuela picante, y no reniego de mi afirmación. Claro es que para decirlo tenía y tengo en cuenta a la mayoría, al

hombre formal y racional, no a esos otros hombres que gustan de pinchazos y mordiscos, de cosquillas hasta en los dedos de los pies, y menos todavía a quienes hallan más belleza en un cabo de gastadores que en una mujercita que casi todo lo tenga. Tú, por ejemplo, que eres el tipo del hombre normal, si ves a la Chelito; que sin pasión, con la misma indiferencia que si moviera el chocolate mueve el vientre, o saca el pecho como pudiera sacar un céntimo para un pobre; te vas del teatrucho en que actúa más frío que un granizo. Yo sé que sí; como sé que tú, viendo los vodeviles de mujeres en camisa, hombres de culito redondo, o besos que sabes son de... cartón piedra, huyes en busca de una fuente pública para lavarte, como Pilatos se lavó, la mano que tuvo el billete del sucio teatro... ¡Qué asquito se siente viendo tan en público lo que debiera ser tan de privado! ¡Aquellas cómicas cochinas, que todo lo muestran!... ¡Aquellos hombres que por comer comienzan por fingir y terminan por ser lo que fingen!... ¿Quién de nosotras, di, es capaz de conquistar al hombre sano que sale de esos sitios? ¡Ninguna! Sabe que todo es sucio, porque tan asquerosamente sucio se lo han hecho ver, que huye de nosotras como se huye de la peste; le persigue como una sombra el pecho flácido de la aventadora de pechos; el vientre infecundo de la rotativa ventrosa; la boca pintada que ante la gente se junta con otra boca, pintada también, y para colmo, el trasero del invertido que se mueve cual si de gelatina estuviera hecho, y que para sentarlo en el pico de una veleta yo lo emplearía...

—¿Sabes, chica, que me vas convenciendo?...

—Claro que sí, y te convenzo porque la dignidad de tu hombría tiene hospedaje hasta en tu estómago.

—Gracias.

—Sin embargo—continuó sin hacer caso de mi decir—, de los teatros donde se hace drama o comedia no se sale de igual modo.

No adivinaba a qué intrincados vericuetos me conducía aquella muchacha, que, antes que se olvide, tocaba el piano muy bien y sabía cosas que estudió para poder ser institutriz. Acerquéme para escucharla.

—Escucha y haz por comprenderme—dijo otra vez—. Suponte que vas al Español; suponte que en el Español representan un drama o una comedia donde, ¡hay tantos y tantas en la vida!, un hombre deshonra, encenaga y, al fin, abandona a una mujer; puesto a seguir suponiendo, supón que son tantas las desdichas de aquella desventurada del querer, que te enterneces.... ¿verdad que así como al volver de mirar los pechos de la Chelito a todas las que te paramos nos desprecias, resulta ahora, al salir del teatro donde un mal hombre mancilló a una mujer, sientes por cuantas miras la misericordia de pensar que bien podemos ser tan desventuradas como la joven de la escena?

—Eso sí; pero eso no puede ser amor, y menos aún pecado.

—De lo uno nace lo otro; depende muchas veces de una minucia, de una frase dulce, de un mirar cariñoso, o de un suspiro casto...

—¿Has dicho casto?

—Claro; en la salida de los dramas no se emplea la táctica que a la salida de los vodeviles... La que no sepa de eso que deje el oficio...

—Sin embargo, no veo con claridad la relación de la tristeza con lo que vosotras hacéis... ¿Quieres aclarármela?

Riose mi amiga.

—Formalmente—repetí—: un drama tristón, acogotante, de negruras y lágrimas no invita a... eso.

—Parece mentira que tú digas tal cosa. No hay nada más vecino de la lujuria que las lágrimas.

—¿Sí?

—Sí. Hay mucha más relación de lo que muchos suponen entre el corazón sensible y el sensible deseo... Yo he visto a un hombre excitarse con el lloro de una mujer.

—¡Qué raro!

—Raro no, lógico. Lloraba y la abrazaba; gemía y la besaba, y

luego.... ¿qué podía ocurrir luego?; que, no sabré decirte si por el roce de la caricia, o por la caridad del roce, acabaron sonriendo, que es la más limpia manera de acabar esas cosas del amor...

—¡Pues no me convences!

—Pues yo no te digo más; si sabes inglés, y si no, yo te lo puedo traducir, busca a Shakespeare y lee donde dice "las lágrimas endurecen la lujuria, sin embargo de que el agua desgasta el mármol".

—¡Cuánto sabes, nena!

—¡Pues de nada me sirvió para vivir, ya que tuve que hacer lo que todas saben!...

Después de un silencio, dique de hondos sentires, hablamos más la ex institutriz y yo.

Lo que dijimos nada tiene que ver con lo que sirviome para divagar; así, pues, cojamos el hilo de nuestra historia de nuevo.

¿Decíamos?

¡Ah, sí! Decíamos que Tonica, la del pelo rubio, mejillas de rosa y cuerpecito de ángel, que supiera taconear y sonreír, volvió a vender periódicos.

—¡... raldo! ¡Informaciones! ¡Voz!—pregonaba, cantarína y alegre.

Y los hombres acercábanse a comprar con la intención de proponer; pero la mirada, que desconcertó al "Cartero" e hizo bajar los ojos a "la Condená", era baluarte en el que se quedaron sin punta las flechas envenenadas del deseo.

La aparición de la mocita fue saludada con un alza en las recaudaciones; los parroquianos volvieron a ella, deseosos de saber algo del "eclipse"; los no parroquianos, con intención de insistir en aquello que tiempo atrás no consiguieron, y los transeúntes, desconocidos y ocasionales, acercáronse a lo que limpieza y juventud pregonaba.

Una compañera vendedora, de su misma edad y de fondo semejante, era su confidente.

En la esquina de la Equitativa, bajo el reloj, vendía ella, y muchas veces se juntaban para comentar un sucedido.

Aquella noche, cuatro pollos de esos que sin cuajar quieren ser gallos, acercáronse a la muchacha, la rodearon, quisieron junto a la pared sobiquearla; pero la presencia de Antonia, que de dos brincos cruzó la calle y a gritar se puso y a dar puñadas también, puso a la pollada en vergonzosa fuga.

Los cocheros y chóferes de Bellas Artes y del Madrid aplaudieron a Tonica, que digna, como siempre, dijo a su compañera:

—Vamos pa la de San Jerónimo, que estos tien gana de guasa.

Obediente, fue donde la amiga dijo, viéndose a poco acompañadas de Lucio, que había oído decir lo de la bronca y llegaba rabioso.

—¿Qué se habrán figurao estos hijos de lacayo? ¡Con mujeres se atreverán los muy gorrinos!... ¡Si yo estoy cerca, floja se arma!...

Calmaron las jóvenes al nervioso e indignado limpiabotas, que, para festejar la valentía de su nenita, quiso que le acompañasen, y así fue hasta una taberna con visos de restaurant y adornos de pastelería, que en un rinconcito de la calle del Pozo es, a la manera de burladero, donde, para un cambio de impresiones o entrega de una carta u otro rápido servicio, sirve y se aprovecha.

—Saca—dijo a un mozo que acudió a su llamada—unos pasteles y Jerez.

Sentíase Lucio alegre, espléndido, generoso; no era para menos; amado por aquella criatura tan santa y bella y sabiendo "ganarse los duros como el mejor", ¿qué más podía ambicionar?

Dicharachero como nunca, charloteó; dijo de ocurrencias de su oficio; de tipos a los que tenía que servir, y eran, en lo decente, peores que el último pocero.

—Hay un señorito que vive en Ayala, al que tengo que lustrarle ca

tres días unos zapatitos Luis XV, que usa en sus reuniones particulares.

—¡Qué vergüenza! ¡Mira que usar un hombre calzado de señora!

—¡Anda!... Pues hay niño bien de esos que se compra camisas con lazos y matinés con puntillas...

—Pues, por mi parte y sin dolor de conciencia—dijo la hija de Pepe—, les echaba el lazo al cuello y tiraba hasta ahogarles.

—Y yo—terminó su amiga—les daba un puntillazo de los certeros.

No era figuración de la muchacha, pues puso gran cuidado al fijarse, pero cuando Tonica abría la boca, él la abría también, como un bobo, o mejor aún como un niño ante el juguete de su gusto.

Lucio, confirmando el pensar del amable filósofo, sintió junto a la belleza de su novia la voluptuosidad de notarse feo y sentirse amado; por eso, sin advertir la sonrisa de ella, ni la de su amiga, siguió mirando a sus ojos, a su boca, a su frente, olvidando que a su alcance blanqueaba el chantilly de un pastelillo y brillaba el rico vino andaluz.

—¡Cuánto te quiero, mi rubiales!—dijo en un momento de sinceridad irrespetuosa para la que sin importarle le oía.

—¡Que no estamos solos, Lucio!—replicó, tinta de pudor, Antonia.

La amiga, sintiendo el desasosiego de quien está donde no debe, levantarse quiso.

—Pero ¿adónde vas tú?

—Mujer, no es por na—respondió a su compañera—, pero como podíais necesitar deciros algo...

—¿Lo ves? No hagas caso, chica, es que este no repara y se dispara sin razón.

—Como que mirándote, no te rías aunque te dé la gana, desaparece tó y no veo más que mi Tonica, que lo ocupa tó... ¿Chifladuras?

Puede, pero déjame con mis chifladuras, que me ponen feliz.

—Querer de ese modo—dijo la otra, con un tonillo molesto—tié sus inconvenientes.

—¿Inconvenientes?

—Sí; que a lo mejor la fiebre pasa...

—¡En mí, no!—gritó él.

—No puedes decir tal cosa; pero dando porque sea así, ¿ella no puede cambiar?

Como un muerto quedó el muchacho.

—¿Qué dices? ¿Qué has dicho? ¿Dejarme Antonia? No, no; me moriría.

—¿Morir?

—O me volvería loco...

—¿Hasta matarla?

—No; hasta matarme...

Una mirada dulce puso fin a la angustia de Lucio, que pagó y salió camino de Fornos.

—Bien mirao—habló de nuevo la amiga cuando él se alejaba—, orgullosa pués sentirte de cómo te quiere; paeces talmente la virgen, y él de rodillas un pobrecillo hombre.

—Es verdad—respondió suave la muchacha—. Como me adora no es fácil que ame nadie en el mundo.

—Y bien mirao, te lo mereces...

Nada dijo Tonica, pero la otra, con ese adarme de maldad que hasta en el hígado de los más piadosos existe, continuó:

—Verdá también que si tú eres guapa y de lo decente, él tié

simpatía y se saca un jornalazo.

—Pero ¿es que tú crees—gritó la ex ayudante de Rita—que lo que gane o no gane me interesa a mí pa ná? Pues no me interesa, ¿sabes? Si él me quiere y yo le quiero, es por distinta cosa; el dinero me da asco; no te rías, me da asco desde que sé que pa tantas cosas cochinas sirve...

Excusose la muchacha:

—No es que yo piense—tornó a decir—en que tú seas interesada, pero como él se saca sus dos y hasta tres duros, y la gente dice...

—¿Qué dice la gente?

—Hombre.... dice, pero no hagas caso, hay tanta mala lengua.

—Demasiado lo sé; pero quiero que lo digas.

—¿Y pa qué decirlo?

No quería la vendedora hablar, pero tanto insistió Antonia, suplicando primero y ordenando al fin, que no tuvo otro remedio.

—Yo, la verdá sea dicha, no lo he creído, pero pa que sepas que hay personas que no te quieren bien, bueno es que anotes que en la temporá que has estao sin pisar por esta calle se ha dicho mucho, regular, bueno, menos que bueno...; en fin, cosas...

—¿Y qué cosas?

—Pus verás: se dijo que cuando lo de tu padre, él os pasaba pa que comiérais, y a él le pagaba el tabaco y no sé cuánto en el Economato de la Modelo.

—¡Mentira!

—También se habló de que puso a tus hermanos, por empeños que tié entre el señorío que da lustre, en no sé qué escuelas, que comen y les dan libros y están tó el día.

—Eso no lo hizo él; sigue.

—No sé aónde oí que tu madre te había exigió, aunque a ti te repugnaba Lucio, el que le aguantases como novio.

—¿Cómo? ¿Qué? Aclara eso...

—Que te repugna Lucio y que tu madre, no dijeron si pa casorio u pa pasar el tiempo, te obligaba a quererle, porque os favorecía en grande.

Vencida, acongojada, llorosa y triste, sobre todo muy triste, quedó Tonica; su energía habitual desapareció para dar paso a un lamentar sordo, hondísimo, desgarrante.

—¡Cuánta infamia!—dijo al fin, notándose consolada por su compañero—. Nada de eso es cierto. Ni una perra chica, lo que se dice ni una perra, nos ha dado; yo no lo hubiera permitido; mi padre, que no sabe o no quiere saber de estas relaciones, jamás vio ni tomó nada del muchacho; lo de mis hermanos y lo de su colegio lo arregló la del "Cartero"; mi pobre madre en nada se mete, ni nada dice, y yo...

Secas las lágrimas, firme la voz y suelto el ademán, dijo con un gesto decisivo:

—Yo, pa que lo sepas, soy solita la que en estos amores ha hecho lo que debía de hacer. Lucio es un ángel...

—¡Si es caso—sonrió la amiga—será un ángel, pero bastante feo!

—De su corazón hablo...

—¡Ah!

—Lucio, no lo conocéis, es un niño, y, luego, que el pobre no tiene a nadie; vive en una casa como huéspede; pa otros, el dinero lo es todo; pa él, todo es el cariño; darle cariño resulta la mejor obra que puede hacérsele... En busca de cariño vino a mi, y yo, claro, ¿qué iba a hacer, si es tan noble y honrao?...

—Pues por ahí dicen que...

—¿Qué dicen?

—Que metió en juerga...

—No sé de eso que hablas; pero conmigo se ha portado mejor que un santo, que de santos he oído yo que por soñar solo con mujeres, pecaron...

—Y él...

—Él, a mi lao, muy cerca de mí, ni tuvo un atrevimiento, ni una palabra que manchase... Tal que un santo es el pobrecillo.

—¿Has dicho pobrecillo? Eso es que le tienes lástima...

—¡Pobrecillo!—repitió sin darse cuenta la moza.

—¡Y que no le quieres!...

—¿Que no le quiero?

—Como quererle, sí le quieres; pero pa mí que más como hermana de caridad que como novia.

Tenía razón la muchacha; ella quería, no amaba; una piedad habíala llevado a mostrar un afecto insincero.

Pensando así, cruzaron por su memoria la escena del merendero toledano, el instante en que él, loco de furor al saber que había sido insultada por su padre, la dijo lo de morir por ella; el momento grave de la muerte de su hermanito, en que supo ser espléndido, a la vez que consolador...

—Sí—dijo de pronto, como si arrojase de su corazón un peso o de su conciencia un pecado—, tienes razón en lo que dices; no le amo como debe de amarse; mi cariño es otro, puede que mayor que ese, porque Lucio es mi hermano, quizá el más querido de los hermanos, pero como novio...

—¿Y como marido?

A la pregunta hecha con curiosidad, que mucho tenía de mala intención, repuso Antonia estremeciéndose:

—Como marido, no; no será nunca mi marido.

—Pues él lo espera...

—¡Ah! ¿Lo dice?

—A voces, y yo no le contradigo; pero algunas, como "la Claveles", le lleva la contra, y él se pone rabioso y luego muy triste...

—¡Pobre! No le digáis nada; dejarle que espere... que espere...

—¡Por mi, hasta sentao!

A continuación, y queriendo justificarse, dijo Antonia:

—Bien sé que es pecado grave la mentira, sobre todo cuando, como en este caso, puede traer dolor...; pero ¿qué puedo hacer sino mentir? He tenido necesidá de pecar para que él no sufra. ¡Lo que daría yo por que Lucio dejara de quererme de pronto, como por milagro!...

—Es difícil. ¡Cómo te recuerda!... Ya nadie le gasta bromas, pues se ponía como un loco... A un camarero del Lyon, que le dijo que no te peinabas pa su chepa, le cantó las cuarenta y le tiró un bote de crema que le puso como nuevo...

—¿Ves? ¡Cualquiera le dice que tenía razón el camarero; que todo lo que piensa es mentira!...

—¡Eso, no; moriría del disgusto!

—¿Lo ves? Hay necesidá de seguir mintiendo; de seguir pecando.

Era cerca de la media noche; vino "el Chepa", y con él fue Antonia hasta la Puerta del Sol, donde, juntándose con su madre y Emilín, seguirían Mesón de Paredes abajo, hasta la Ronda, y luego el Portillo.

A la amiga y compañera de los novios, viéndoles marchar, faltole tiempo para ir en busca de "la Claveles" y de la de "el Botones", para contar lo oído.

¿Maldad? No; deseo de decir, de mover la lengua; de mostrarse la descubridora de aquel secreto que a poco hizo reír a las tres y que acabaría por hacer llorar a quien en tan feo estuche como el de su cuerpo guardaba un bello corazón.

Ajenos por completo a la femenil conjura, iban los muchachos, cuando al entrar en la Plaza del Progreso encontráronse con Anita "la Cómica", que de un tupi salía.

—¡Buenas noches!—dijo alegre y risueña.

—¡Hola!—respondió la madre—. ¿Cómo tú por aquí? ¿No estabas en el Hospital?

Dijo que del Hospital había salido precisamente aquella mañana, y al preguntarle qué era lo que había tenido, Ana contestó:

—Pus tó lo contrario de lo que deseaba.

No entendiendo aquel responder, pidieron que lo aclarase, y "la Cómica" dijo:

—Pus eso, que yo me creí embarazada, y ya me relamía al verme de ama, que dicen que comen y beben como obispos, cuando me dio un mareo, un dolor, y me parece que frío también.

—Eso es—dijo una—que se deshace todo.

—Eso es—dijo otra—que el crío ha buscado su postura.

—Y... no tenían razón, porque no fue ná.

—¿Qué no fue ná?

—Ná de lo pensao, sino una bolsa de agua que se me formó y que han tenido que desocupar a la vez que mi sueño de magras, delantales blancos, trajes negros y collarones de duros y pesetas...

Solo a sonreír atreviose la compañera de "el Rentista"; pero Anita, que lo advirtió y tenía ganas de palique, habló quedo:

—Oye, Antonia—dijo—, ¿es verdá que liquidaste ya con "la

Condená"?

—Completamente.

—Pues te doy la enhorabuena, chica, porque si no, puede que te trajeran de coronilla.

—¿A mi?

—Digo, como que puede que intervenga el Juzgao en el lío.

Paráronse todas como por resorte.

—¿El Juzgado, dices?

—¿Qué pasa, pues?

—¡Di lo que es ello!

—¡Cuenta, pronto...!

Las tres preguntas salidas a un tiempo de las bocas de Antonia, su madre y Lucio, consiguieron que Anita dijera a seguido:

—El asunto se pone de color de chocolate malo; dicen que Tomás ha dao parte a la Justicia; que ella piensa suicidarse antes de volver a chirona, y que el otro jura rebanar la cabeza del tendero, pero que de un tajo.

Como nada sabían de cuanto escuchaban, contó "la Cómica" lo del encuentro de joyas, billetes, cartas, retratos, y, sobre todo, lo que ella denominó "el cuerpo presente del delito": la cartilla de la Caja de Ahorros; dijo también que "el Cartero", para evitarse acogotar a la ladrona, había encargado del despido al hombre que ha sido civil.

—Según parece—continuó la servidora de Paco "el Moro", y de quien la pagara—, al llegar ella y verse de que, en lugar de permitirla subir a la casa, la cogió ese hombre de un brazo y se la llevó por la Ronda, camino de Atocha, dicen los que la vieron, que yo no lo vi, que perdió la color... Según cuentan, tuvo que oírse de *pe* a *pa* el proceso de tó; ella, asustá, parece que no dijo ni aquello

de "esta boca es mía"... El civil pretendió de que fuesen al Monte, pa pedir que liquidasen la cartilla, que unos dicen que es de dos mil duros y otros de cien pesetas; pero no era hora, y entonces dijo él que irían al Juzgao pa justificar de qué la venía aquel dinero... Tanta maña supo darse el tío aquel con la amenaza de años de presidio, que serían más por haber estao ya otra vez, que la puso carne de gallina.

Como callara la habladora, Tonica, que esperaba saber más cosas, interrogó:

—¿Y se sabe cómo acabó eso?

—Yo no lo sé; pero como dicen que el dinero lo dan a los ocho días de pedido, ella se ha vuelto atrás y ha solicitado a su nombre otra libreta...

—Pero si no justifica lo del dinero...

—Eso ya lo trae entre manos un amigo de Atienza, que es curial.

—Pues, si la aprietan, la fastidian.

—Claro, pero pa mí que el fastidiao será el amo...

—¿Por qué, si es suya la pasta?—preguntó Lucio.

—Por eso precisamente; los tíos que viven entre papeles de oficio son tal que moscas pa eso de molestar y sacar dinero, y como el tenderillo lo tiene...

—Eso sí...; pero ella lo pasará mal.

—Eso también.

—A la postre—dijo la madre, acariciando a Emilín, que se dormía—que tos pagarán, y con razón; una, por falsa; otro, por atontao y creerse que los piñones pueden partirse con las encías, y el chulo y vago, porque así verá que no se puede vivir, sin arrimar el hombro.

—Por eso, como dije al principio, el asunto es de cuidado; Tomás, si pierde, bien perdío queda; ella, ¿qué va a hacer ella si vienen mal

dás? Achantarse; pero el otro, el otro ya veréis ustedes cómo o le dan algo pa que se conforme, o mete garata...

—¡Dos tiros le daba yo!

—Tú, sí, Lucio—dijo "la Cómica"—; pero Tomás no puede; no ves que le comerían en las Salesas hasta las pesas de a gramo...

Agotado el tema, callaron todos; solo el joven, mirando a su Tonica, rezó amoroso:

—¡Cuánto te quiero! ¡Con qué alegría te miro!... ¡Esto es amor; esto es felicidad, no lo de esos, que era sucia mentira! ¿Verdad, mi nena?

No contestó la moza.

Por un momento sintiose tan despreciable como "la Condenada"

12. EN LO QUE ACABARON UNOS AMORES

Indudablemente, "el Rentista" no había nacido para trabajar; deseoso de ser útil a su gente, aunque solo fuera con el ejemplo, intentó vender libros pornográficos, y por poco lo encierran; quiso ser croupier, a la segunda noche tuvieron que arrojarle de la timba en que actuaba, dudando si habían sido dos o tres las veces que había hecho trampa y, por último, con la ayuda de "Doña Inclusa", "el Apóstol", "la Centimín" y su esposa, plantose como rifador público en las calles y plazas más concurridas.

De no haberles fallado, aquel sí que era un gran negocio, pero una pareja sorprendioles cuando con la ganancia de cuatro pesetas, hecha en menos de quince minutos, iban a retirarse en busca de otros transeúntes a quienes hacer comprender que por una perra gorda toca una peseta... a cualquiera menos al que de verdad la aventura.

La operación era sencilla:

—¡Señores!—declamaba el que, siendo enemigo del capital, dedicábase a extraerlo de quien lo tenia—, ¡Por diez céntimos tocan cien céntimos; esto es legal; esto es limpio; esto es decente!... ¡Vean, señores! ¡Servidor, que solo gana una perra gorda, pues diez suertes juegan, y al poseedor de aquella a quien le favorece la fortuna es su ganancia, va ahora mismo a proceder a la rifa!...

Unos cartones, en los que se leían las diez primeras decenas, danzaban en sus manos.

—¡Deme usted uno!—reclamaba "el Apóstol".

—¡Yo juego otro!—decía "Doña Inclusa"

—¡Venga ese que tié usté ahí!...—pedía riendo "la Perragorda".

Y otro, y luego otro, hasta cinco eran los que entregaban a "la

Centimín" y Anita, que también jugaban algunas veces; los otros cinco eran para las criadas, soldados, paletos y gente de tanta candidez como avaricia.

Vendidas todas las suertes, las buenas y las malas, procediose a lo supremo, a lo magno, a lo definitivo y transcendental, a la extracción de una bola que con otras, presa estaba en un taleguillo que Pepe no dejaba de la mano ni aun para sonarse.

—¡Atención, señores! ¡Ha llegao el momento de la emoción! ¡Va a procederse a sacar el número afortunao!...

Para dar más seriedad al momento, y demostrar a los cándidos que le oían la nobleza y honradez de la maniobra, invitaba al primer niño que pasase a que "su mano inocente" fuera quien sacara el numero de la fortuna.

Y ocurría siempre que la fortuna era para uno de sus amigos, y nunca, ni por casualidad, para los desconocidos que se acercaban.

—¡A esta joven le ha correspondido la peseta!—gritaba, recogiendo los números y preparándose a otra venta—. ¡Del anciano son las diez gordas!—decía luego, o bien—: ¡La señora—la señora era la vieja "Doña Inclusa"—percibe el producto de su suerte!

Así, repetíase por quinta o sexta vez la operación, comenzaban a cuchichear los perdularios, y, entonces Pepe recogía "su mesa", que eran unos listones sin cepillar, y desaparecía por una calle excusada.

Los amigos, como traidores de melodrama, disgregábanse para unirse a poco en torno de "el Rentista", que operaba con igual soltura, seriedad y empaque que los que hacen la rifa del Estado en la Casa de la Moneda.

El que *tocara* siempre a sus camaradas, ya lo habrás comprendido, lector, obedecía a que solo los números de los cartones que a sus camaradas iban eran los que guardaba la bolsa, resultando que en cada rifa apoderábase de dos realitos, resultando al final de la tarde un promedio de cien rifas, que significaba diez duros a repartir entre los comanditarios.

El negocio, a lo que se advierte, no tenía quiebra, resultando "el Rentista", según su leal saber y entender, un gerente frustrado, un recaudador de contribuciones incomprendido, y quién sabe si un nonato ministro de Hacienda capaz de dar ciento y raya a muchos que suman y sustraen y aún dividen en el caserón de la antigua Aduana.

Como en su tercera salida fracasó, aún con más ruido que en las primeras, dedicose Pepe a lo que siempre se había dedicado, a ver si la bola del Ministerio caía a punto, a revistar las fuerzas de la guarnición en la Parada y a recorrer el distrito, viendo si los adoquinadores trabajaban bien, para luego clamar contra los adoquinadores que "sólo setenta y ocho adoquines habían puesto".

Verdad es que, cuando esto no ocurría, lanzábase al campo y veía crecer las cebadas o madurar los frutos y a veces segar la hierba bajo un sol fuerte que le servía de pretexto para en el Casino lanzarse a consideraciones agrarias, en las que los latifundios, que era palabra bonita, salían tantas o más veces que los "predios", los "terrazgos", o las "tierras del pro-común", no menos bellas y epatantes.

Claro que Pepe no sabía el significado de todo aquello; pero ¿qué más daba?

Desde que a Eza—¡oh, aquellos tiempos!—se le hizo militar, y al médico Gimeno marino, y a Prado Palacios ministro de Instrucción Pública, cualquiera puede decir y ser lo más raro.

No hay que escandalizarse por eso.

En casa, tanto Antonia como su madre, nada decían de aquel cómodo vivir, y ya fuese por el temor a complicar su libertad, que no recordamos si dijimos preventiva, o por lo pensado durante las horas negras de la cárcel, la verdad es que "el Rentista" era muy otro.

—Mejor es así, madre—dijo la moza—. Nos deja hacer lo que queramos con tal de no molestarle, y se vive...

—¿De lo de los Escolapios nada ha vuelto a graznarte?

—Perdería el tiempo. Los chicos están más gordos y más listos...

—Y hasta más finos.

—Y más ilustraos.

—¡Isidro ya casi pone su nombre!

Así, en paz, fueron corriendo días; pero uno de ellos, coincidente con algo anormal ocurrido la noche anterior, puso tristeza en el ánimo de Tonica.

—¿Sabes que "el Chepa"—le dijeron—bebe, y cuando habla de ti jura como un loco?...

Noches antes, acompañándola como otras noches, la dijo algo transcendental que la preocupó.

—He pensao hablar mañana a tu padre de nuestros amores...

A la alarma de la muchacha, que observaba a Lucio con fijeza, añadió:

—¡Es que quiero que nos casemos, Antonia!

De momento no pudo la joven ni articular sílaba.

—Lo de casar—dijo al fin—no es que no quiera, ¿sabes?; pero como los chicos son tan pequeños... y mi madre está delicada...

—No es motivo; yo gano pa echarles una mano...

—Sí, pero... mi padre... La causa no ha salió, y si hay condena... ¡Ya verás, ya verás cómo no quiere!

Una pausa, una laguna de silencio se hizo entonces; de pronto, él, sin ira, sin odio, sin alterar la voz, dijo:

—¿A qué mentir más...?

—¿Cómo?

—Sí, nena; no es tu padre, eres tú la que no quieres...

—¡Lucio!

—Más que eso, la que no me quieres...

Haciendo un esfuerzo doloroso, que merece llamarse de sacrificio, sonrió ella.

—¿Qué no te quiero, dices?

—Eso digo.

—Pues te engañas.

—Sí; sí me quieres, lo sé; pero de un modo.. ¡No; así no quiero tu cariño; yo quiero pagar el querer con locura, con besos, con la muerte si es caso, pero pagarlo con un "Dios te lo pague", no; eso, no; no!...

Antes de que pudiera reponerse y decir algo que aplacara la desilusión y la pena de Lucio, este desapareció como una sombra en la sombra de una calleja cercana al Portillo.

Al día siguiente no se vieron; al otro, tampoco, ni al otro, ni al otro...

El corazón de la moza brincaba acusador.

—¿Qué será de él?—y con inquietud encaminose a la portería de la que Lucio era huésped.

—Pues no sé ná—dijo la portera—; se fue de aquí hace como tres noches; mandó a por su baúl, y hasta nunca...

—¿Usté se ha fijao, por casual, en si estaba enfermo?

—La verdá no; cá uno está a su trajín, y como cuando él venía yo dormía, y cuando se marchaba estaba cuasi siempre en la compra, pues, claro, no sé ná...

Con angustia, que llenó sus ojos de agua, tornaba a su vivienda cuando la llamaron desde un tupi.

Era la de "el Botones", que alternaba con su novio.

Alegrose de encontrarla; ella podía decirla; pero antes de que preguntase lo que apetecía saber; y que la portera hospedera de la calle de Provisiones, o no quiso o no supo decir; la moza habló:

—Pero ¿qué has hecho con ese?...

—¿Yo?

—Tú, sí, tú. ¡Pobrecito! Está como pa que le aten... El no bebía, ya lo sabes, pero ahora empalma una borrachera con otra...

Aterrada, escuchaba Antonia.

—Y se emborracha de lo más malo: de aguardiente y de coñac también; te digo que es una lástima... En la taberna de la calle de la Aduana, es su punto... "Una Antoñita", dice, recordándote por lo rubia, y el del mostrador, que ya sabe el porqué del bautismo, le pone en un vaso grande chinchón y coñac, que parece tal que jerez, y se lo traga, y sale a la calle sin meterse con nadie, pero diciendo, en voz baja: "Mueran las mujeres!..."

—¿Dice eso?

—Eso dice... y eso siente, ya ves, quisimos anoche otra y yo quitarle de beber el cuarto vaso que tenía servido, y por poco nos pega...¡Se puso como loco!...

—¡Infeliz!

—¡Largo de aquí, golfas—nos dijo—, que parecéis dulces y sois peor que el aguarrás!

—No bebas—le dije yo.

—¿Y a ti qué? Bebo porque quiero, porque lo pago, y porque...

—Y sin decir el otro porqué, pidió "otra Antoñita" y otra.... y no sé si más, porque como era tarde, me fui y allí se quedó.

Muda y pálida miraba la moza. Algo quiso decir...; pero ¿qué iba a

decir?

La desventura de Lucio la hizo llorar.

—Verdaderamente, tú no tienes la culpa de eso—dijo "la Botones" mirándola—; no se va a querer porque sí. El supo que no le querías, y así como otros matan, él quiso matarse.

Una idea que fue luz la dijo el misterio de la acusación del no querer.

—¿Dices que él supo que no le quería?

—Pa novio.

—Bien, y eso, ¿por quién lo ha sabido? Yo, en un momento de ciega amistad, se lo conté a Rafaela la de la Equitativa, luego ella... debe habérselo contao.

—No lo creo; yo, eso sí, lo supe porque ella, en confianza, me lo contó, y también a "la Claveles".

—Y vosotras a otras, y las otras... a otras y... ¡Ya veo!... Habéis hecho un mal; pero ¿qué habéis ganao con hacerlo? Yo no le quería, pero me dio tanta lástima de su pasión que le dejaba soñar, y me dejé querer...

—Eso estuvo mal hecho.

—¡Pero le hacía feliz! Ahora, con lo bien hecho, le habéis matao... ¡Dios os lo pague!... ¡Ha sido una buena obra la vuestra, una buenísima obra! ¡Adiós!

Y calle abajo fue, dolido el corazón, irritados los ojos, seca la lengua.

Por la noche, sin importarle nada la venta de sus papeles, a la busca de Lucio fue.

—Hace como una hora estuvo...—le dijeron en la taberna de la calle de la Aduana.

—¿Y sabe usted si volverá?

—Según; unas veces vuelve y otras no; no es seguro.

Dijéronle que también frecuentaba una aguardentería de la calle de San Marcos, pero tampoco le halló en la aguardentería; fue luego a otra, famosa entre los mozos de cuerda, que son los más entendidos en alcoholes, de la calle de la Gorguera.

—No hace ni cinco minutos que salió...—la dijeron allí.

—¡Y que iba cargao de firme!—creyose en el caso de aclarar uno que casi estaba "cargao".

—Por la calle de la Cruz se fue; si corre usté un poquito puede que lo alcance.

Corrió; pero no le vio en la calle de la Cruz.

Iba ya desalentada a quedarse en su esquina, cuando un griterío que llegaba de por la calle del Príncipe hizo que mirase en su dirección.

¡Qué escena más triste! ¡Qué dolor aquel, su hondo dolor!

Seguido de la chiquillería grosera y mala, apareció Lucio dando traspiés.

No fue cosa pensada, ni sentida; como un rayo fue en su busca, dispuesta a ampararle y defenderle; pero él, plantándose ante ella, que gemía, gritó agresivamente colérico:

—¡¡Vete, que no te necesito!! ¡¡Vete, porque ya tengo otra más guapa que tú, mejor que tú, porque no me engaña!!... ¿Lo dudas? Pues no lo dudes... ¡¡Mírala!!

Y sacando de uno de sus bolsillos una botella de alcohol, la puso en sus labios, bebió largamente, y seguido de la chiquillería huyó por la Carrera de San Jerónimo, dando voces...

Y derramando lágrimas...

13. ¡TODO ARDE!

Durmió desasosegada y nerviosa; la escena de la calle del Príncipe, descarga fue que hirió su corazón y su cerebro.

¿Era ella, precisamente, la culpable de que Lucio hubiese buscado en la bebida el amor que no supo encontrar en la mujer?

De una parte, sentíase reo del delito de mentir, y de otra, su cerebro la declamaba limpia de todo pecado, ya que virtud fue consolar al que jamás supo de consuelos.

—Claro—razonaba somnolienta—que es doloroso ofrecer la gloria y luego no darla, como inhumano dejar sorber un poco de agua a quien se abrasa de sed, arrancándole de pronto el vaso de los labios; pero... ¿mientras espera y mientras humedece su lengua y sabe del frescor? Peor sería haberle negado todo, desesperanzarle de todo, decir a su fealdad: "No sueñes con flores, que las flores no nacieron para ti"; "no ames, que amor, que es bello, no puede prendarse de quien es la fealdad, en persona..."

A ratos dormida, y despierta a ratos, soñó y pensó por igual; una vez, como retazo de sueño, vio la botella que mostrara el mozo, y dentro de su claro vidrio, su hermoso cuerpecito convertido en un líquido que igual podía ser lágrimas salobres que agua cristalina, que alcohol asesino...

En su deseo de huir de tal cárcel, pugnaba por evaporarse, pero la mano de Lucio, duro y fuerte tapón era en la boca estrecha del frasco, y allí, prisionera de la voluntad del engañado, retorcíase y clamaba en ondulaciones y chillidos que nadie oía, pero una vez respiró contenta; la mano se separó de la boca; iba a volar o a verterse; pero, ¡ay, que no pudo; de prisión la cambiaron; de aquella clara y transparente, a través de cuyos muros veía el sol, fue a otra oscura y sucia, donde partes de su ser, ya en descomposición, la aguardaban para decirla que allí, en la mazmorra repugnante y hedionda, era tan fea como Lucio "el Chepa", y que no la carne, sino el espíritu, es bello.

La angustia despertola.

Sus padres, acostados también, hablaban; iba a taponar sus oídos con los dedos y cubrir la cara con la palma de sus manos, cuando una palabra suelta, que nada tenía que ver con lo que sospechara, la puso con el oído atento y la curiosidad en guardia.

No es que fuese curiosa hasta el punto de espiar; era que deseando huir del recuerdo que la atenazaba, agarrose al conversar de sus mayores como a una tabla de salvación.

—Paece que ella—decía él—se ha negao a confesar que el dinero era de "el Cartero".

—Dificilillo va a serle probarlo.

—No; pues se dice que una amiga suya, a la que por lo visto l'ha telegrafiao, pues vive afuera, ha dicho que esas pesetas son suyas y que estas las tenía mandás pa gastarlas cuando y en lo que ella la diga.

—De todos modos no podrá sacarlas ahora.

—Claro que no; el tendero que, con su mala sangre, quiere echarla otra vez a la "galera", ha puesto causa, y mientras se ve o no se ve, pasan los meses y el dinero sigue con candaos.

—Mal negocio es ese...

—¡Acabará mal!.

—¡El ser malo, Pepe, no es negocio nunca!

—Según y cómo... "El Sentao", que, cuando era civil, dicen que hizo bueno al aguarrás, no solo vivía, sino que cuando dejó de apretar las esposas le dieron como retiro no sé cuánto, y, ahora...

—¿Ahora le dan más?

—Ahora, quizás que pa mayor premio, se topa con la viuda de un teniente coronel que cobra de clases pasivas un puñao de duros, y... se entienden...

—¡Bien mirao, él, salvo las canas, es un buen mozo!

—Igual debe de pensarlo la señora tenienta coronela, por lo que dicen...

—¿Qué dicen?

—Que desde anteanoche viven juntitos...

—¿Sin casarse?

—¿Pa qué?

—¡Siendo una señora...!

—Claro que lo será, por lo menos así se lo dirían cuando lució a su difunto, pero ¿ahora?, ahora una más de la colección. ¿Casarse? Puede que ella lo pidiese, pero él, que no tié pelo de tonto, se habrá dicho, ¿pa qué dar ganancia al clero? Y sobre tó, que si me caso, ella pierde, o, mejor dicho, los dos pierden los duros que da la Patria por las heroicidades del muerto.

—Pero ¿eso puede ser así, Pepe?

—Claro que pué ser... ¿Se casa, que es lo moral?, pues adiós pesetas. ¿No se casa y sigue siendo al mismo tiempo que la del civil la del cadáver que lucía dos estrellas en lo encarnao? Pues sigue el cobro...

Más hablaron, pero Antonia, rendida, durmiose sin sobresalto, sin zozobra, pero de pronto, al notar que la zarandeaban, abrió los ojos con susto.

Rayos de luz, semejantes a hilos de oro, metíanse por varias grietas de la choza.

—Qué, ¿es tarde?—preguntó, aún dormida.

Y la respuesta fueron los lloros desgarradores de sus hermanitos, el clamar angustioso de su madre, el jurar ronco de su genitor que entraba y salía de la vivienda llevándose las sillas, la mesa, los colchones...

¿Qué era aquello?

Vistiose rápida, y asomose al campo.

Como los de su casa, todos desalojaban sus guaridas, llevando hasta el alto paseo lo que un día llamara muebles su primer tenedor.

—¡Nos echan, hija!—suspiraba la infeliz mujer—. ¡Queman tó esto!...

El padre entró dando voces, escupiendo blasfemias.

—¡Aprisa!—dijo cargando con un barreño y un anafre—. ¡Dentro de una hora comienzan los artificiales...! Tú, coge esa jaula; tú, sube las cazuelas, y esos que se vengan conmigo...

Sumisos, todos los de la mísera barriada hacían lo que "el Rentista" y su gente.

No se podía protestar; para impedirlo estaban allí los civiles y los municipales con sus caras foscas, sus fusiles recios y sus sables brilladores.

—¡¡Que se hace tarde!! ¡¡Acaben pronto!!—gritó no se sabe quién.

Y como mansos corderos obedecían los hombres.

Y como asustadas ovejas escapaban las mujeres, transportando los ajuares...

Los bomberos iban registrando una y otra choza, y luego de sacar a una vieja, que fue llevada al hospital, donde no obstante esperarle curación y limpieza, protestaba, una cerilla ardió, luego un tejadillo y, más tarde, penachos de rojas llamas subían a lo azul.

Una gallina, olvidada, voló con las plumas ardiendo, para caer en el brasero de su corralillo; las latas viejas que de techo servían a muchas chozas, dieron, al chocar, ruidos semejantes a rotura de cristales, y las esteras, en ascua, desprendieron como de un rosal azotado por la ventisca pedacitos de luz semejantes a pétalos de flores, hojas doradas por lo marchitas...

Crujían las maderas, negras de humo o de oro, por prestancia efímera de las llamas. Las paredes de adobe, marco de un lienzo de brillo tal que ni el sol podía fingir agrietábanse muy aprisa. Y un olor infecto de estiércol resecado, de pinturas viejas, de miseria, de cochambre y podre, elevábase en espirales de manchadizo humo, a lo impasiblemente azul. Era aquel un espectáculo angustioso y pintoresco.

Desde el paseo de las Acacias contemplaban la "expropiación forzosa" buen número de curiosos: albañiles que volvían al tajo; obreras de la fábrica de papel y obreros de la de alquitrán y también pastores que conducían al mercado vacas y terneros; gente, en fin, de toda clase y oficio, que miraba, un poco ceñuda, a un señor gordo, de bastón emborlado, que parecía el Nerón de aquella miserable tragedia.

En un grupo, los nómadas, rencorosos, vigilando el ir y venir de los obreros destructores, que ayudaban—derribando a martillazos algunos muros—a la acción del fuego.

Al fin, las llamas fueron achicándose, la gente se retiró, y, sobre el escampío, quedaron los rescoldos de tantas hogueras como chozas hubo.

—¿Es esto cristiano?—preguntó llorosa "doña Inclusa" que; sobre un viejo baúl, todo su ajuar; se sentaba.

Nadie contestó a su pregunta.

Todas las miradas buscaron el inmenso brasero.

—¡Por fin—dijo "el Apóstol", con risa feroz—vino el desahucio!

—Era seguro—añadió Pepe—. ¡No ve usté que lo anunció el canalla del tendero!...

El recuerdo de Tomás hizo que todos miraran con rencor a quien recordaba.

—¿Veis—tornó a decir—cómo eso del fiao duraría poco?

Estalló la bomba.

—¡Por tu culpa, morral!—gritó "la Centimín"—. ¿Quién te mandó decir lo que dijiste? Así salió tó.

—Tienes razón, chica—intervino la vieja pordiosera—. ¿A ti qué si le engañaban? Y como vio que nadie salía a defenderle cuando le faltaste...

—Y como muchos se rieron...

En ira montó el acusado, que dijo:

—Y como sois unos gallinas toos, pues por eso... Nos queman las casas, y a pesar de lo que muchas veces os he dicho, lo dejáis; os quitan el pan diario, que tal cosa significa el fiao, y os contentáis con lloriquear. Y eso es una cobardía.

—¿Cobardía?—preguntó ceñudo "el Apóstol".

—Si; cobardía; que si no lo fuese iríais todos conmigo a imponernos al que nos roba.

—Sí; y los civiles luego...

—¿Lo veis?—gritó enloquecido el joven.

—¡La vida es muy rica!—cuchicheó la vieja.

—¿A sus años? ¿Pidiendo limosna?

Y rio escandalosamente Pepe.

En derredor de los desgraciados pululaban, como bandadas de cuervos, varios traperos que, no obstante ver tanta miseria, ofrecíanse a comprar lo que les vendiesen.

Algunos tratos que comenzaron a iniciarse quedaron en suspenso con la llegada de Anita "la Cómica".

—¡Venir, que hay novedades!—dijo.

Los miserables se agruparon.

—Pues casi ná, que como el civil s’ha echao pa fuera por mor de su

nuevo estao, y como los dependientes, que desde que la Rita se marchó comen mal, se despiden, he oído que Tomás traspasará tó, hasta la taberna, aunque la tenga que dar a cualquier precio.

—¡Que se jo... robe!—gritó la vieja.

—¡Que se muera!

—O que le maten.... que tó pué ser—dijo en voz baja Anita—, pues el otro, "el Linares", acabo de verle con ella; m'ha dicho que el tendero ha faltao a lo paztao con Rita, y que pué que al mediodía, cuando esté lleno de gente, vaya a que su enemigo reztifique, o a partirle el corazón.

—¡"El Linares" es malo, y es de los que mojan!

—¿Habrá sangre?—dijo asustada la anciana.

—¡Que arda todo!—gritó encolerizado Pepe—. Si ese chulo mata al granuja que tanto nos ha robado, mejor... Yo lo veré, y vosotros conmigo, ¿no?

Y terminó gritando.

—¡Ya era hora de darse un gustito en esta vida!

Una pareja de civiles ordenó, ásperamente, desalojar el paseo.

Mirándoles con ojos de ira, se fueron separando poco a poco los miserables; unos, camino del Puente, para guarecerse bajo sus arcos; otros, en busca de los tapiales de los cementerios, donde harían cabañas con viejas telas hasta tanto encontraran un sitio más confortable.

Antonia, asustada, miró aquel desfile siniestro, y por un instante, arrepintiose de su bondad y de su pureza.

Pero fue solo un instante; al advertir que su madre la miraba y que sus hermanitos la sonreían, sonrió también y con firme paso siguió por la soleada carretera.

Un espejo, mejor aún, un resto de espejo que llevaba en la mano, y

al que furtivamente se miró, a la hondonada fue.

Y en su revolear, prestole el sol rafagazos de luz.

Parecía una estrella pronta a hacerse añicos.

14. ¡VIVA LA «IGUALDÁ»!

Ocurrió como se esperaba.

"El Linares" fue hasta Tomás, que, haciendo de tripas corazón, le esperó sonriendo.

Nadie oyó el diálogo que sostuvieran, pero sí una sonora bofetada.

¿El tendero había pegado al chulo?

¿Qué era aquello?

¿Se estropeaba lo proyectado?

No; que Paco, con un cuchillo de afilada punta y mango de cuerna, buscó el cuerpo del industrial, que se hurtó al acero con los ojos desorbitados y la faz terrosa.

El silencio fue trágico.

Por entre las mesas de inquietos ocupantes, de sucios cacharros y botellas vacías, corrió alocado Tomás, y tras él, en carrera desenfrenada y loca, "el Linares", con su afilado cuchillo, menos reluciente que sus ojos.

La chusma, primero aterrada, y luego riendo, vio la persecución con regocijo.

Alguien quiso sujetar a Paco y rodó por tierra.

Un grito suplicador del que huía, y un mirar de reproche, fue la respuesta del hombre que ansiaba matar.

Aquello, de puro escalofriante y macabro, resultaba grotesco.

En una revuelta pretendió Tomás ganar la entrada a la trastienda, pero "el Linares" cortole el paso.

—¡Toma!—gritó ronco a la vez que cabrilleó la luz de acero.

Un alarido salió de la boca de Atienza, y de un corte en su cara, sangre a borbotones.

Todo callaba menos el jadear de los dos enemigos.

Luego, el vino, subiendo a la cabeza de los mirones, se hizo grito y blasfemia y risa.

—¡Anda con él!—dijo uno, que apuró luego el contenido de una copa.

—¡Cobarde!—voceó "el Apóstol", al ver cruzar por su lado "al Tomás".

—¡Hijo de la...!—escupió colérico una mujer.

Y la carrera continuó, y la sangre fue ensuciando la camisa del herido que, con gesto de súplica, quiso guarecerse tras "el Rentista", que de pie estaba.

Y "el Rentista" le empujó bestialmente.

—¡Anda y que te mate!—le dijo.

Entonces "el Cartero", en las ansias de salvar su vida, dió un salto de tigre y ganó la calle.

Tras él fue el amante de "la Condená".

A la puerta se agolparon los trabajadores, y los vagos, y las golfas, y los pordioseros, para gozar viendo aquella humana cacería.

Y ocurrió que el comerciante fue hasta la tienda de Carlitos, que estaba cerrada, y luego hasta el Portillo, donde don Paco "el Moro" ofrecía sus productos medicinales.

Escabullirse quiso entre la gente que escuchaba al hombre, pero antes tropezó y cayó en tierra.

Y allí mismo el cuchillo de acerada hoja y mango de cuerna, hundido fue una, dos, muchas veces en la carne gozadora del odiado.

Después...

Un inútil caminar hacia la Casa de Socorro, una carrera tras el asesino que, ágil, huía Ronda adelante.

La tienda, en tanto, fue asaltada, saqueada, con el goce infinito de un odio ancestral.

Los dependientes, aterrados, huían.

Quiso la guisandera imponerse con la autoridad del criado servil, y fue arrollada por los asaltadores.

Los pellejos de vino fueron acuchillados, corriendo el mosto en arroyitos de sangre; las espitas de las lucientes zafras de aceite, abiertas, viéndose en el piso lucidos charcos de verdoso cristal, y los sacos de azúcar, rotos, mostraban sus entrañas blancas y dulces con algo que brillaba como nieve besada por el sol.

—¡Viva la igualdá!—gritaba "el Rentista", jefe de los vengadores.

—¡Viva!—respondieron los ya borrachos de vino, de ira y de inconsciencia.

—¡Hambrientos, comed!

—¡Miserables, hartarse!

Y al decirlo arrojaba desde el mostrador, su tribuna, manojos de chorizos, pedazos de queso, restos de dulce.

En un rincón, "la Centimín" y "la Perragorda", bebían con ansia vasos hondos de manzanilla.

—¡De esto me emborracharon cuando me perdieron!—dijo la "peque".

Con las manos dentro del frasco de miel blanca estaba "doña Inclusa", sonriendo, con sonrisa de niña, y a su lado, "el Apóstol", llorando de dolor, mascaba el rojo embuchado.

—¡Todo es vuestro!—ronco de goce decía Pepe—. ¡Coger cuanto

podáis!

Y él cogió cuanto pudo.

—Toma—gritaba a su mujer y a sus hijos—jamón, chocolate, langosta...

Un beodo, subido en una mesa, derramaba sobre los saqueadores el contenido de una botella de Jerez; otro escapaba con un jamón, y un tercero, descolgaba, para llevárselo, el reloj de esfera azul y horas plateadas.

—¡Ciudadanos—gritó el derramador de vino andaluz—, viva la libertá...!

En tanto "el Rentista", ordenaba a su mujer con ceño duro y voz amenazadora:

—¡Toma esto y guárdalo, que es champán, y es pa mí...!

Y volviéndose al público, harto, por dentro y fuera, de sangre y vino, gritó estentóreamente, entusiásticamente:

—¡¡Viva la igualdá...!!

Y le aplaudieron.

FIN

Madrid-Santander, 1925.

Extras

Sobre el autor

- **Nacido en**: Puente de Vallecas (Madrid), 15 de junio de 1878.
- **Fallecido en**: Zaragoza, 24 de noviembre de 1936.
- **Profesión**: Novelista, periodista.

Revoloteos biográficos

Fernando Mora, escritor hoy en día no solo desconocido sino también extraviado de ese listado de escritores coetáneos suyos que se dedicaron a novelar la ciudad de Madrid, es padre de un buen número de novelas largas pero también de una abundante cantidad de novelas cortas de esas que durante muchos años empapelaron los quioscos y puestos callejeros y que tienen, hablando en términos generales, un marcado matiz realista costumbrista.

Dicho en palabras de Javier Barreiro, "fue el escritor madrileñista por antonomasia de las décadas segunda y tercera de nuestro agonizante siglo".

Realizó sus estudios en el Colegio del Santo Ángel, donde fue internado tras la muerte de su padre, y los continuó matriculándose en la carrera de Comercio, en la que nunca pasó del segundo curso. Sus estudios, sin embargo, le permitieron trabajar durante toda su vida como contable, en una librería primero, después en el Banco Español del Río de la Plata, y años más tarde en un almacén de granos y una fábrica de conservas.

Casado con Leonor Díez de la Torre, profesora de la Escuela Normal de Magisterio con la que tuvo cuatro hijos, de los cuales el único varón murió, los diversos destinos académicos de su esposa les hicieron instalarse sucesivamente en Tarragona, Gijón, Córdoba y Santander.

La carrera literaria de Mora comenzó en 1909 con la novela *Venus rebelde*, escrita, como su libro de relatos *Nieve* (1910), bajo el influjo de Émile Zola, y que ganó la atención de la prensa de la época y de

algunos escritores como Felipe Trigo, con el que compartía prosa de cierto erotismo.

Fernando Mora alcanzó su verdadera personalidad literaria dentro del género madrileñista castizo. Tanto sus colaboraciones en algunos de los periódicos y revistas más populares de la época, como *La Voz, El Liberal, La Esfera, Nuevo Mundo* o *Mundo Gráfico*, como sus numerosas colaboraciones en distintas colecciones de novela corta, básicamente en *Los Contemporáneos*, *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, se mueven en el ámbito del Madrid popular y de clases medias, ámbito en el que fue un especialista.

La nota distintiva de Fernando Mora en el género fue el enfoque social con el que abordaba ese Madrid, como en *El patio de Monipodio* (1912). Este era el resultado de unas firmes convicciones republicanas, que le llevaron a militar primero junto a Alejandro Lerroux y luego en la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, y a colaborar en diversos periódicos republicanos, como *El Radical*, *El País* y *España Nueva*.

Su crítica social también alcanzó a los trabajadores “de cuello duro”, entre los que él mismo se contaba, en su novela *Los hombres de presa*, basada en su experiencia de trabajo en la banca.

En 1935 pudo viajar a su admirada Francia, cuna del republicanismo, y visitar en París la tumba de Zola. La fidelidad a sus ideas le costó la vida pocos meses después: fue fusilado en noviembre de 1936 durante la dura represión a que fue sometida por los sublevados de Zaragoza, donde se encontraba destinada su mujer.

El diario republicano *El País*, que difundiría como adelanto de publicaciones recientes un fragmento de su novela *Los vecinos del héroe*, le llama correligionario. De hecho, el 25 de julio de 1931 se anuncian como grandes en el semanario republicano de Zaragoza *República* varias de sus novelas, en concreto *Los hijos de nadie*, *La necesidad de pecar*, *El otro barrio*, *Los cuervos manchan la nieve*, *Los hombres de presa*, *La Magdalena en el Colonial*, con el siguiente reclamo: “Correligionarios: Estas rebeldes obras del no menos rebelde FERNANDO MORA, debéis adquirirlas para vuestras Bibliotecas”.

Apenas pasado un mes, el 22 de agosto, este mismo semanario avisaba a sus lectores en primera plana que “dentro de breves días comenzaremos la publicación, en forma encuadernable, de una novela de nuestro Fernando Mora, que galantemente ha cedido sus derechos de autor y nos ha permitido que, como regalo a nuestros lectores, sea publicada. La obra se titula *Los hijos de nadie*”, rótulo tan obvio que hace innecesario colocar entre paréntesis “novela de un hospiciano” y que el propio escritor calificaría de “novela de dolor y miseria”.

Esa cesión de derechos es un ejemplo del desprendimiento de la que hizo gala a lo largo de su vida, y ese aviso a los lectores se acompañaba de la siguiente revelación: “se le rindió un homenaje a su autor, ofreciéndole un banquete de más de quinientos comensales, donde se hallaba representado el «todo Madrid». Escritores, poetas, escultores, abogados, médicos y obreros, todos quisieron testimoniar al gran escritor Fernando Mora su simpatía. El hoy Ministro de Estado y Jefe del Partido Radical, le envió una efusiva felicitación”.

Los ideales políticos de Fernando Mora le llevarían a ser vilmente asesinado en Zaragoza el 24 de noviembre de 1936, pocos meses después de comenzada la Guerra Civil. Para él, según afirmó públicamente en una conferencia dada en el Circulo Radical de Zaragoza, “la política es una novia a la que quiero santamente, y la República el régimen que condensa todos mis anhelos, todas mis ilusiones”.

Sus obras costumbristas

Muchas veces en decorados de marginalidad social, pródigos en trasiegos emocionales, da buena cuenta en esas novelas de historias truculentas en las que tanto protagonismo cobran las prostitutas, musas del arroyo en las que no son infrecuentes las sevicias a ellas infligidas por chulos, seres canallas e inmisericordes, de gestos indolentes, los niños incluseros y las madres solteras, los abortos clandestinos, los trabajadores sin empleo, los sátiros, los hampones y golfos de todo pelaje.

Aunque en otras novelas, como en *La Peliculera*, quiso hacer un

libro alegre y divertido, abundante en personajes más conocidos por sus motes, alusivos a andanzas, profesiones, topónimos o comportamientos, que por sus nombres verdaderos.

De entre su variada producción literaria, hay espacio también para algunas tragicomedias, como *La noche de Juan José* (1915).

El ánsia de ver mundo (Pintorescas andanzas de un monaguillo patriota), publicado en 1921, bien puede ser considerado como un libro de iniciación en la estela de los libros de aventuras protagonizados por menores de edad. El protagonista, en un arranque de furor patriótico y amor a la bandera, se escapa de Madrid a Melilla, adonde nunca llegará, para combatir a los moros, que están diezmando a los soldados españoles. Siempre viajando de polizón y sin apenas recursos, su periplo le lleva a un buen número de ciudades: Córdoba, Sevilla, Cádiz, donde erróneamente embarcará hasta Vigo y no a Melilla, y Santiago de Compostela. Desde La Coruña emprenderá el regreso a la Villa y Corte, retornará a lo cotidiano, reencontrándose con su hermana y su madre, callejera vendedora de periódicos. La obra sería laureada con el Premio Marquesa de Villafuerte.

Su novela *Los hombres de presa* es una feroz crítica, con memorable venganza incluida en su final, de los “tiburones financieros”.

En algunas de las novelas citadas, el autor tiende a adscribirse al género erótico o sicalíptico, como se decía entonces y, llegado el caso, no escamotea asuntos escabrosos para la moral imperante. Su novela *Venus rebelde*, adscrita claramente a la pauta naturalista, con gráficas descripciones escrupulosamente minuciosas, la dedica a Emilio Zola. Un crítico auguraba que serían muchas las ediciones que tendría este libro que, sin embargo, no pasaría de esta primera.

En otra de sus obras, *Los vecinos del héroe*, su motivo central o leitmotiv será el adulterio, que se repite en *El otro barrio*, que alude al Cementerio del Este donde se desarrolla fundamentalmente toda su acción, trágico final incluido.

Pero la producción literaria de Fernando Mora fue mucho más amplia, es obvio, incluyendo no solo artículos y cuentos cortos en la prensa diaria y semanal, sino también pequeñas novelas pasionales

en esas colecciones literarias de frecuencia semanal o quincenal. Una de estas era *La Novela de Hoy*; que presumía de no dar refritos y de publicar exclusivamente originales inéditos, pues tenía contratos exclusivos con algunos escritores como Fernando Mora.

Se encuentran artículos suyos en el semanario republicano independiente *República*, del que era redactor.

Además de ser masón, su filiación política se correspondía con el Partido Republicano Radical, teniendo amistad personal con Diego Martínez Barrios.

Residió a lo largo de su vida en muchas ciudades españolas: en Santander (1924); también en Tarragona, donde situó su novela *La mujer que se sintió águila*, y en Zaragoza (1929 hasta su fallecimiento).

Se conocen las razones por las que dedicó su vida a la escritura, al ser expuestas y razonadas por él mismo en un artículo titulado *Intoxicación literaria. Lo que piensa mi Fígaro y los consejos que le doy*, publicado en la colección de novela corta *Los Contemporáneos* (Madrid, núm. 422, 26 enero 1917).

Dirigiéndose a su barbero le dice en un momento determinado: "… ¿Qué por qué escribo yo, entonces? Pues porque desoí los consejos desinteresados de un buen hombre que me apreciaba tanto como te aprecio y sobre todo porque ya metido en esa batalla de odios, me avergüenza el huir… ¡Oh si no fuera por eso! Si no fuera por eso, ten por cierto que, como el místico, huiría del mundanal ruido y escondería mi persona en lo alto de la sierra. Allí anidan las águilas; aquí se arrastran las víboras y los sapejos. ¡Y da un asco…!".

Fernando Mora se presentó en 1912 al Concurso de cuentos, iniciativa de *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado (Joaquín Dicenta, Manuel Linares Rivas y Ramón Pérez de Ayala) le envían una carta al Sr. D. Francisco Gómez Hidalgo, a la sazón director de la publicación, en la que dan cuenta de la resolución del concurso. Informaciones y datos sobre este concurso así como el contenido íntegro de esa carta se pueden consultar en el libro de la profesora Amelina Correa Ramón, que publicó en su día un libro monográfico sobre *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado afirmaban que "nos

ha parecido también que revelan brillantes cualidades literarias y que, por tanto, son dignos de elogio y publicación los trabajos que llevan los rótulos siguientes …”. Entre ellos se mencionaba *El misterio de la Encarna* de Fernando.

Años más tarde, Fernando llegaría a formar parte de algún Jurado, en concreto en el Concurso abierto por la Sociedad Cultural Deportiva. Los miembros del Jurado calificador que le acompañaban eran los también escritores José Francés y J. Ortiz de Pinedo.

Alrededor de 1915, se vio envuelto, a causa de un pleito literario, en una demanda judicial, de la que finalmente sería absuelto. La querella había sido presentada por supuesto delito de usurpación literaria por don Ricardo García Prieto. La noticia fue recogida por *España Nueva* (Madrid, 19 enero 1916). El diario, que casualmente recogía en ese mismo número y en página diferente la fotografía de Mora con motivo del gran éxito obtenido por su libro *El misterio de la Encarna*, se congratulaba de la solución dada al asunto y felicitaba al escritor “que no precisa beber en fuentes ajenas, ya que en toda su obra palpita un realismo que solo viviéndole puede expresarse”.

Lista de novelas destacadas

Nota: las marcadas con (*) pueden encontrarse gratis en formato ePub en la Biblioteca Digital Hispánica (https://bdh.bne.es).

____oOo____

- 1909, *Venus Rebelde*
- 1910, *Nieve*
- 1911, *Los vecinos del héroe*
- 1912, *El patio de Monipodio* (*)
- 1912, *El misterio de la Encarna*
- 1919, *Los hijos de nadie*
- 1919, *El otro barrio* (*)
- 1919, *La Peliculera* (*)
- 1921, *Los hombres de presa* (*)
- 1922, *La Magdalena en el Colonial*

- 1924, *La necesidad de pecar* (*)
- 1925, *Los cuervos manchan la nieve* (*)

Fuentes:

- Real Academia de la Historia
- Blog La Cueva de Zaratustra: artículo *Fernando Mora (1878-1936) o el olvido de una libre silueta* de Miguel Ángel Buil Pueyo, publicado el 3 de julio de 2012.

Notas

Capítulo 1

[1] **Candelas**: Luis Candelas Cajigal, bandolero madrileño que, a pesar de su carrera criminal, se jactaba de no tener delitos de sangre, lo que no evitó que fuese condenado a garrote vil y ejecutado tras pedir clemencia a María Cristina de Borbón y serle denegada.

[2] **¡Pa chasco!**: (coloquial) ¡Por supuesto!. ¡Claro!

[3] **velay**: (interjección) claro.

[4] **dominó**: (coloquial) dentadura.

[5] **gachó**: (del caló) hombre.

Capítulo 3

[6] **coci**: (coloquial, de cocido) comida.